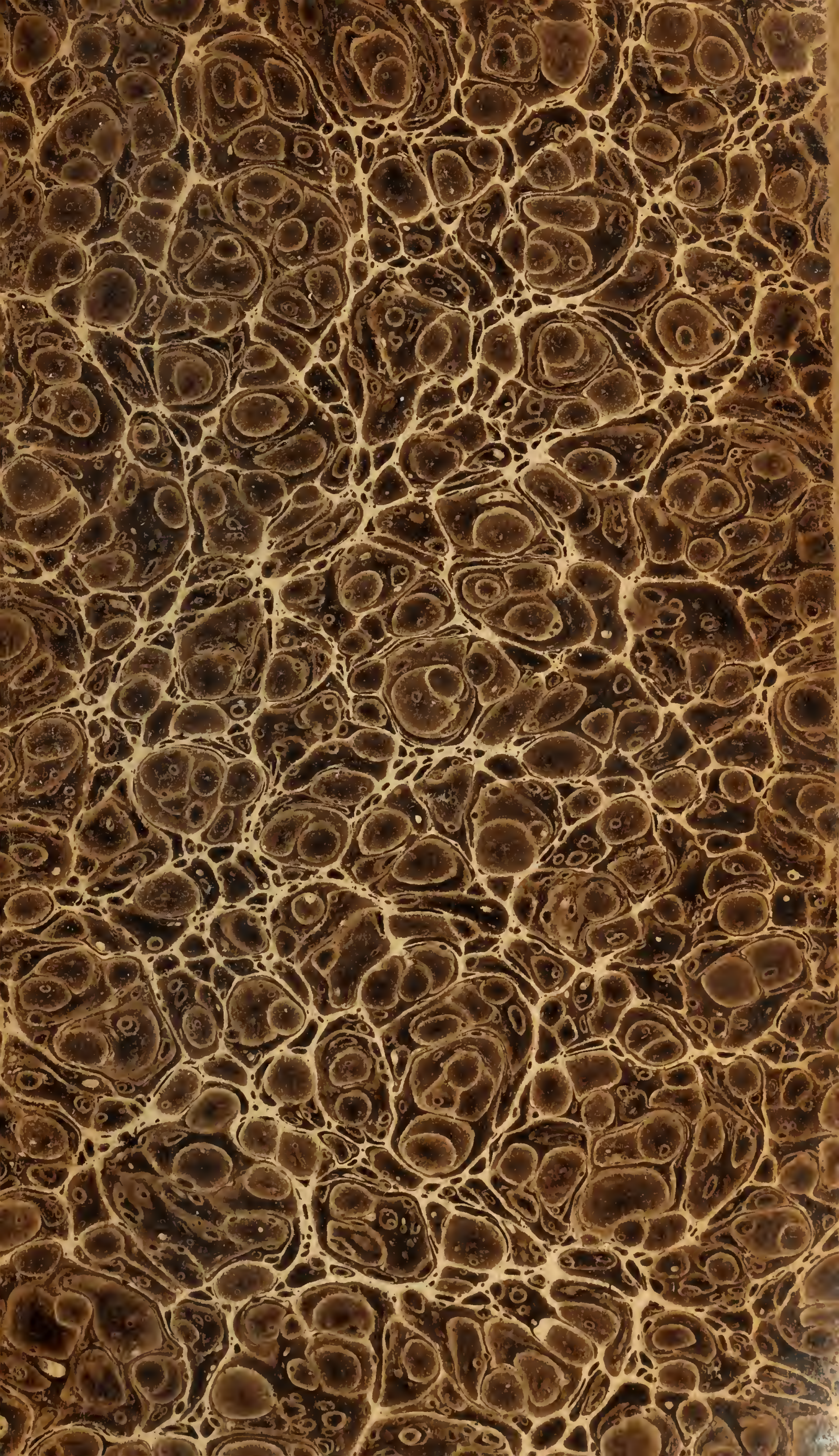

3 1761 08695599 4





COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS


EX-LIBRIS

OBRAS

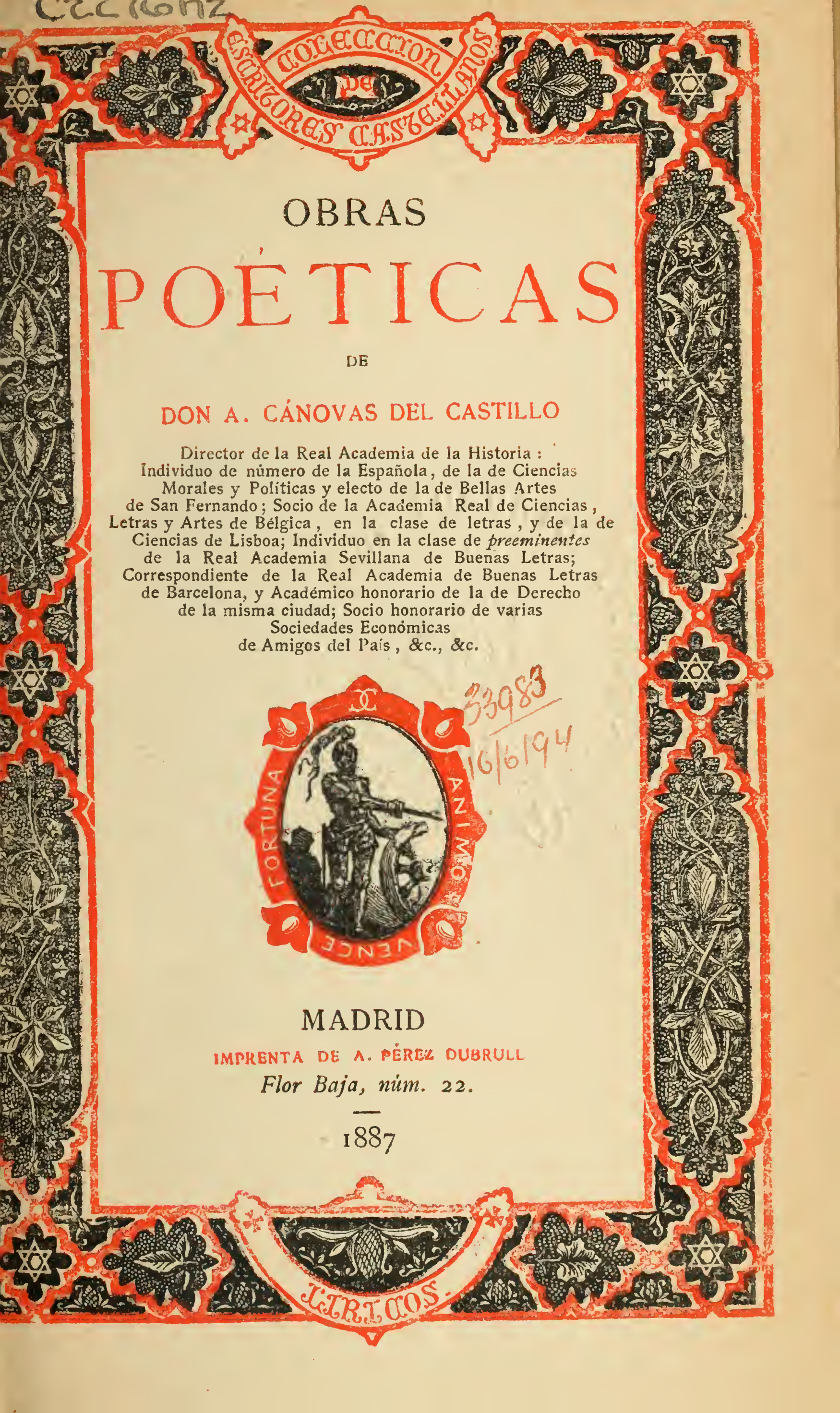
DE

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

OBRAS POÉTICAS

TIRADAS ESPECIALES

25 ejemplares	en papel China..........	*I* á *XXV*
25 »	en papel Japón..........	*XXVI* á *L*
100 »	en papel de hilo........	*1* á *100*



OBRAS POÉTICAS

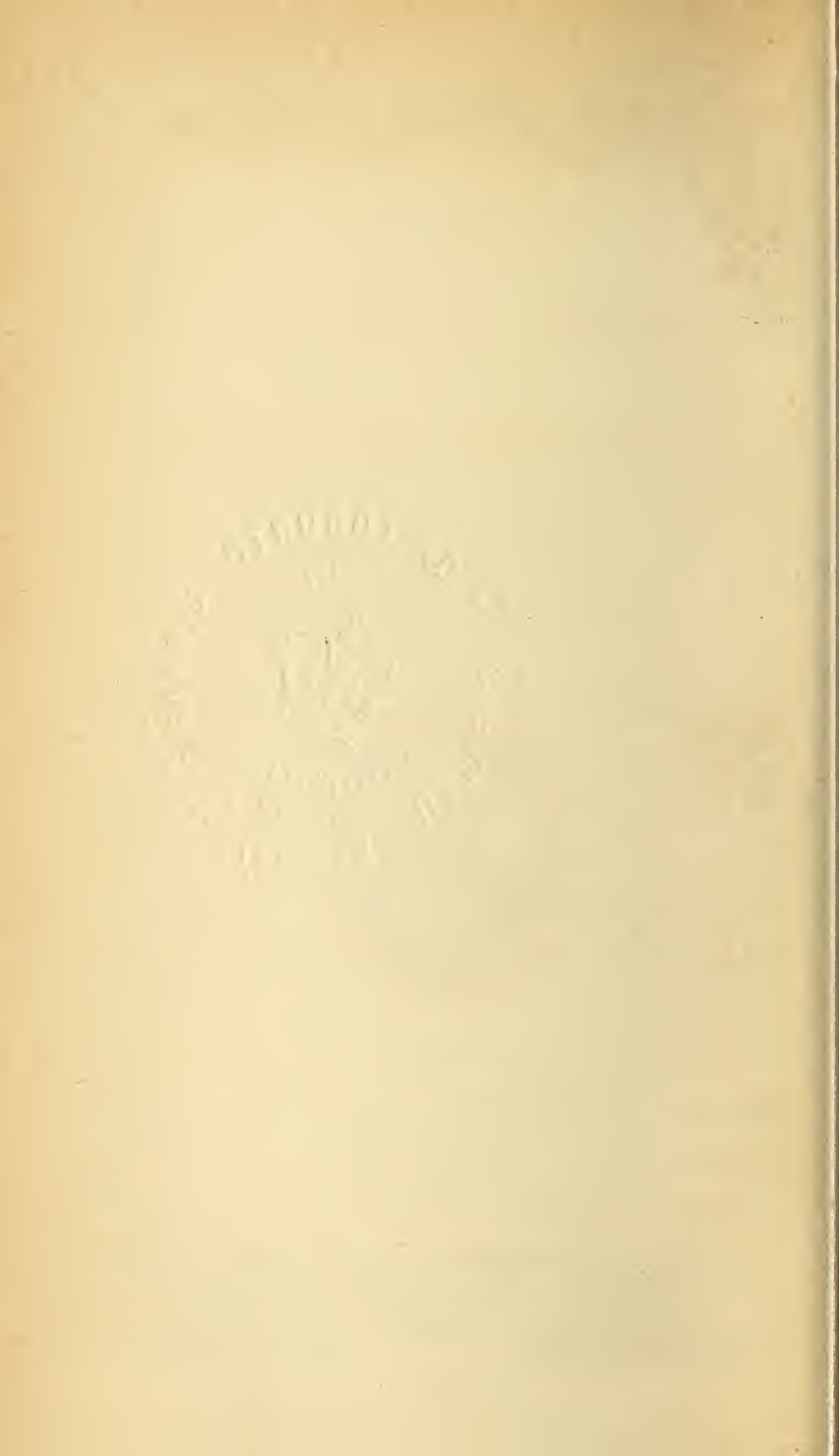
DE

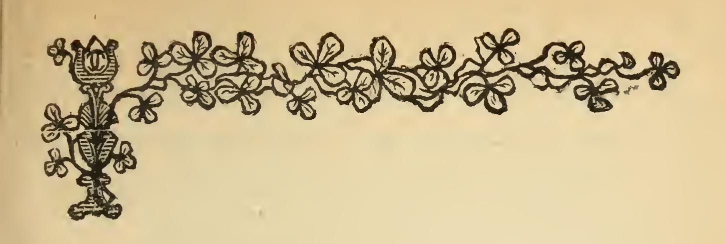
DON A. CÁNOVAS DEL CASTILLO

Director de la Real Academia de la Historia:
Individuo de número de la Española, de la de Ciencias
Morales y Políticas y electo de la de Bellas Artes
de San Fernando; Socio de la Academia Real de Ciencias,
Letras y Artes de Bélgica, en la clase de letras, y de la de
Ciencias de Lisboa; Individuo en la clase de *preeminentes*
de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras;
Correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras
de Barcelona, y Académico honorario de la de Derecho
de la misma ciudad; Socio honorario de varias
Sociedades Económicas
de Amigos del País, &c., &c.

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22.

1887





HISTORIA DE ESTE LIBRO

Publicados ya en la *Colección de Escritores castellanos* cuatro interesantes volúmenes de las obras del insigne estadista y cultivador infatigable y conspicuo de las letras y de la historia patrias, D. Antonio Cánovas del Castillo, parecíanos que había llegado el caso de recoger sus escritos poéticos, diseminados en periódicos y revistas de épocas distintas ó guardados en poder de tal cual persona amiga á quien los había dedicado en diferentes ocasiones, dándolos á luz y aprovechando así el tiempo, en tanto que el autor

acaba de convertir su ya rarísimo y renombrado *Bosquejo histórico de la casa de Austria,* en *Historia* sintética de este período, tal vez el más interesante y menos imparcialmente estudiado de nuestra vida nacional.

No era seguramente empresa difícil coleccionar y ordenar poesías del Sr. Cánovas; pero sí era dificilísimo, y punto menos que imposible, á nuestro juicio, conseguir su autorización para publicarlas, y, sobre todo, adquirir completos los que pudiéramos llamar sus solaces poéticos posteriores al año de 1868, en que vieron la luz pública los *Estudios literarios.* Fundábanse nuestros primeros temores de que no se prestara á lo que deseábamos, no sólo en el carácter de obras generalmente subjetivas con que él, en diversas ocasiones, había calificado sus versos, sino en el mismo *Prólogo* de los referidos *Estudios,* donde se propuso justificar su publicación con estas palabras:

«El título que llevan estos volúmenes deja entender desde luego la escasa importancia que da su autor á los trabajos que contienen. Fru-

tos los más de su primera juventud, y cultivados generalmente en las pocas horas de ocio que ocupaciones de mayor urgencia le han consentido, ni merecían al nacer, ni podrán gozar nunca otro concepto, que el de ensayos ó estudios de un aficionado á las buenas letras. Exactamente corresponde, por tanto, su título á la índole de la colección de escritos que ofrece hoy al público.

»No se dan á luz, por desgracia, ni tantos ni tan acabados libros castellanos ahora, que la publicación de uno de esta clase merezca severa censura. Por si hacen falta, no obstante, de buen grado se adelanta á exponer el autor las razones que disculpan su propósito.

. . . .

. . . .

»Rara vez la confianza impaciente de los juveniles años permite á los principiantes que para sí solos guarden los frutos de su ingenio, siquiera hasta que la tinta con que los conserva el papel esté bien enjuta. Nada tan difícil como el que se sometan ellos en algo á aquel pre-

cepto prudentísimo del poeta, que no menos que por nueve años quería que se mantuviesen inéditas las propias obras, á fin de que, meditadas y corregidas despacio, jamás hubiera que recoger palabra alguna que se hubiese entregado ya al dominio público. Pagando como quien más tributo al error contrario, ha solido estampar antes de tiempo el que esto escribe sus composiciones en prosa ó verso; y hoy se halla obligado, por lo mismo, no ya á recoger ó reformar algunas, sino muchas palabras, y aun frases y páginas enteras, so pena de dejar unido su nombre á obras que de él propio pudieran tenerse por indignas.

»No sería ciertamente el mal tan grande si en el punto de ser éstas concebidas y ejecutadas hubiera observado el autor siempre, ya que no las rigurosas reglas de Boileau ó de Horacio, los oportunos consejos, al menos, que de sus propios maestros había recibido. No olvidará nunca, por ejemplo, que el insigne D. Manuel José Quintana, con quien tuvo la fortuna de consultar sus primeros ensayos, más de una

vez le dijo, á este propósito, que ni en una redondilla pusiera mano siquiera, sin formar primero el plan á que debía ajustarla. No una vez sola oyó asimismo de los discretos labios de D. Joaquín Francisco Pacheco la advertencia saludable, aunque frívola acaso en la apariencia, de que por sí propio pusiera en limpio todos sus escritos, antes de darlos al público, á fin de que más fácilmente notara y evitase las incorrecciones; método por él ya seguido, y que el ilustre Gioberti también empleó siempre. Por largo espacio de años, en el entretanto, la suerte y el parentesco le pusieron á la par en el caso de escuchar de continuo las lecciones de Don Serafín Estébanez Calderón, uno de los más grandes y doctos ingenios de la época, el cual no perdonó esfuerzo alguno para aficionarle á sus eruditos trabajos é infundirle su propio y feliz amor á la lengua castellana, que es sólo empleada con verdadera gloria por los que la aprenden á costa de inteligentes y tenaces estudios. Pero á pesar de la doctrina y ejemplo de unos maestros, que con más respeto que nunca

nombra ahora, precisamente porque ya no existen, dejóse llevar el autor de las presentes páginas de los vanos atractivos de la improvisación, al mismo tiempo que de los de la publicidad, con sobrada frecuencia.

»Ni lo uno ni lo otro debe parecer cosa extraña. Hace quince ó veinte años, cuando lo más de esto se dió á luz, ni para él ni para otros jóvenes solía ser tan digno de aplauso el producir bien como producir prontamente; prefiriendo sin ningún rebozo el mayor número de lo imperfecto, con tal que se ostentase por espontáneo, á lo que crean y perfeccionan de consuno la razón y la fantasía con el trabajo y estudio. ¿Cómo había de resultar ninguna obra, bajo el imperio de esta preocupación formada, sin incorrecciones de aquellas que voluntaria y fácilmente pueden excusarse? Pocos escritores, á la verdad, hay que dejen de cometer algunas, bien que sean de los de mayor ingenio, y de los que dedican más tiempo á la composición de sus obras; é imposible es, por lo tanto, que autores, como el que ofrece al

público estos volúmenes, se salven de caer en muchas y muy grandes. Pero si proponiéndose poner algo de su parte para impedirlo no lo consigue con todo el que habla ahora, ¿cuántos errores no ha de haber él mismo cometido otras veces, trabajando ordinariamente de prisa, y sin leer por lo común siquiera la cuartilla de papel después de escrita? Lo malo ó mediano en el fondo, jamás será bueno en las letras porque se cuide con más ó menos esmero de su forma; pero lo mediano puede parar por falta de esmero en malo, y lo malo mismo en peor sin duda alguna. Esto ha querido evitar el autor, hasta donde le sea posible, al someter á alguna corrección los trabajos que da de nuevo á la estampa.

»Mal podría satisfacer ya al presente su amor propio la facilidad de improvisarlos. Obligado por su deber no pocas veces; por el natural deseo de mantener con oportunidad sus opiniones otras; siempre, en suma, por las circunstancias, que suelen disponer arbitrariamente del empleo que hacen del tiempo los hombres pú-

blicos, sobrado ha tenido que improvisar ya el autor de estas líneas, para que no fuera inexcusable en él, y extraño, que persistiese todavía en estimar con exceso los frutos repentinos de la inteligencia. Tienen estos á su juicio un valor real, y acaso preferible á cualquiera otro, en la oratoria parlamentaria; merecen también aprecio frecuente en materias y asuntos de diversa índole que los literarios; y aun cabe que en estos mismos alcancen feliz sazón algunas veces. Nada de esto niega el autor, ni quizá le cumpliera el negarlo tampoco. Pero no por eso es menos cierto, en tesis general, que la obra literaria, como todas las de arte, debe ser siempre ofrecida al público con la mayor perfección posible en su forma, por aquellos autores sobre todo á quienes no asiste la más remota esperanza de que ni sus contemporáneos ni la posteridad miren sus faltas, con la justa indulgencia con que todo el mundo disculpa al presente la afectación y flojedad de algunos de los versos inmortales de Calderón, ó las incorrecciones de dibujo que fácilmente pueden

señalarse en tal ó cuál lienzo del divino Murillo.»

. . . .

. . . .

«Hoy que motivos diversos han abierto un paréntesis en ella (su carrera pública), en nada empleara tan á gusto su tiempo el que esto dice, como en renovar y ampliar sus *Estudios Literarios*. La naturaleza de sus ocupaciones anteriores y la edad de pura razón á que ya toca, parece como que reclaman de él otro género de escritos que los que en estos volúmenes da hoy al público. Nadie piense que por amor excesivo á los escasos y enfermizos hijos de su ingenio lo desconozca ó lo olvide. Buenos ó malos, procurará, en cuanto le sea posible, llevar pronto á cabo trabajos de índole más grave que los presentes. Entretanto, sea esta publicación, por sí propia, una verdadera despedida de las amenas ocupaciones de otro tiempo. A los verdaderos poetas y novelistas puede serles dado aspirar al eterno verdor de la fantasía. Á los hombres que consumen en la aridez de los ne-

gocios lo mejor de su vida, y que nunca han pasado de ser meros aprendices de las letras, semejante pretensión les vendría muy grande. Déjala, pues, á un lado sin esfuerzo el autor de estos volúmenes; que ni á esperar siquiera se atreve el que sean muchos los que después de leídos piensen, ó digan, que recoge á buen vivir sobrado pronto su ingenio.»

Después de estas modestas consideraciones, expuestas por el Sr. Cánovas en 1868, y de sus propósitos de no volver á publicar versos, claro es que fuera terco empeño por nuestra parte intentar que desistiera de ellos, si no hubiéramos tenido muchas y buenas razones que lo justificaran, y, sobre todo, si no hubiéramos contado con la cariñosa amistad con que nos honra y su natural generoso y complaciente para con aquellos que solicitan de él algún favor que de su voluntad dependa. De todo tuvimos necesidad para vencer sus afectuosas negativas; pero al cabo y al fin conseguimos, como esperábamos, la deseada autorización. No cumpliríamos honradamente nuestro oficio de meros narrado-

res de la historia de este libro, si no consignáramos aquí todas las razones que su autor ha tenido para que permaneciera este libro hasta aquí inédito, y las que al fin le decidieran á dar el permiso para su publicación.

—«Si en 1868 (nos ha dicho en distintas ocasiones, ya de palabra, ya por escrito) pensaba como V. sabe, ¿qué he de hacer ahora que no sea esforzar los argumentos que por entonces tuve para decir que no me pesaría estar á tiempo de negar ó conceder los honores de la publicación á mis obras poéticas? No he cumplido mi promesa de dejar en adelante de escribir versos, porque desde luego semejante propósito era temerario, habiéndolo formado en edad poco avanzada todavía; y además, porque la revolución que estalló aquel año abrió tal paréntesis en mi carrera política, que para todo género de trabajos me dejó tiempo sobrado. Las ocasiones poco frecuentes en que dirigí mi voz á las Asambleas de aquella época, no bastaban á consumir mi actividad, y de nuevo di libre curso á mis aficiones literarias.

He escrito, pues, nuevos versos, á los cuales es aplicable de todo punto cuanto dije de los publicados en mis *Estudios Literarios:* y aun no miento, si aseguro que tendría buenas razones para ampliar y fortalecer más lo que entonces escribí.

»Si mis nuevos versos no anduvieran ya impresos como los antiguos, hoy menos que nunca me costaría sacrificio alguno imitar vivo y sano á los autores gravès, de quienes se cuenta que á la hora de la muerte mandaron quemar los suyos inéditos. Nunca he hecho profesión de poeta; y la poesía, aunque otra cosa piensen los profanos, es arte que debe cultivarse formal y casi exclusivamente, si ha de dar sazonado fruto. Otras ocupaciones notorias y de muy distinta índole han sido las mías, salvo breves espacios de tiempo; y todas, más bien que compatibles, han solido ser enemigas de la poesía. Por virtud de ellas, no de mis trabajos poéticos, he alcanzado la poca ó mucha estimación que en este mundo merezca: nada, pues, más prudente y hacedero para mí, que

condenar á absoluto olvido unos trabajos que tan dudoso es que realcen mi nombre.

»Por otra parte, mis poesías, y especialmente las escritas después de publicados los *Estudios Literarios*, están hechas, como de las suyas decía el insigne Ayala, para el *gasto de casa*, es decir, para expresar las emociones íntimas de la vida más ó menos exagerada ó exactamente, y con más ó menos verdad, según las circunstancias. No hay que buscar, por tanto, en ellas inspiraciones objetivas provocadas por los espectáculos desinteresados de la naturaleza, que son las que el arte prefiere y con que llega á la mayor excelsitud y belleza, sino motivos puramente particulares las más veces, que les dan el carácter de versos hasta cierto punto *vívidos*. Esta condición por sí sola bastaría para que resueltamente me negase á coleccionar mis versos, si, como V. dice muy bien, confirmando lo que ya le tenía yo dicho en diversas ocasiones, estuviese hoy en mi mano lo que ni en la de Dios está, que es hacer que lo que fué, deje de haber sido.

»Es indudable que estas poesías personales, y aun subjetivas, salvo rarísimas excepciones, como obras de ocasión y no trabajadas precisamente para dar gusto á la generalidad del público, sino á personas mejor prevenidas y menos exigentes, tienen mucho adelantado para no ser buenas. Ofrecen además el gran inconveniente de constituir, ya que no una exacta autobiografía, ni mucho menos, un análisis psicológico de mano propia, por el cual se entrega á la indiferente ó poco indulgente crítica de los demás el modo de sentir del escritor ó poeta, cosa que en raro caso puede ser útil á los hombres á quienes el mérito, ó la casualidad, que lo uno y lo otro cabe, colocan en preeminente posición entre sus conciudadanos. Naciones hay sin duda, pero España no es de ellas, donde los hombres más grandes presentan desnudos al público sus sentimientos y afectos particulares, y hasta los hechos más íntimos de la vida privada, sin el menor riesgo, por llenos de flaquezas y extravagancias que hayan estado ó estén, atrayendo, por el contrario, mayor interés hacia sus perso-

nas que si las encerrasen en los estrechos espacios de la solemnidad oficial. En nuestro país, tengo yo para mí que la mera expresión de emociones particulares, aunque se presenten fuera de toda relación con personas, lugares ó épocas determinadas, ofrecerá siempre, en casos iguales ó parecidos, no escasos inconvenientes.

»Dadas estas ideas, debería yo tal vez insistir en no autorizarle para publicar mis *Obras poéticas;* pero sobre que no me sería grato negar á V. el favor que me pide, en nombre de la colección completa de mis escritos, confieso que, además de las muchas razones que ha acumulado V. para convencerme, tengo yo, por mi parte, alguna que otra de peso, que no le ocultaré, para acceder á sus deseos, justificando mi resolución. Ella es realmente posible que sea el menor mal para mí, porque asistiendo yo mismo á la recopilación de mis versos, evito que otros, tarde ó temprano, los coleccionen. No soy tan obscuro que no tenga el derecho de recelar que me pase lo que á otros hombres públicos, con quienes no trato

de compararme, pero que se hallaban notoriamente en condiciones ó circunstancias semejantes; y si esta colección se había de hacer algún día, recogiendo en los periódicos, ó sacando de entre mis papeles, todos los versos que no están publicados en mis *Estudios Literarios*, sin duda es preferible que V. en vida me dispense semejante favor.

»No dudo que cualquier mano piadosa de amigo ó deudo lo haría mejor que yo en todo tiempo, si otro que su autor osase castigar las obras destinadas á la imprenta con todo el rigor merecido, porque, sin duda, juzgarían ellos las mías con mayor frialdad; pero en cuanto al rigor para conmigo mismo, creo que nadie pueda igualarme. No falta quien juzgue grandísima falta en mí la impiedad acerba con que trato mis trabajos, ninguno de los cuales he podido ver pasar por delante de mis ojos nunca sin que lo haya alterado y hasta destrozado. Nada hay tan raro, por lo mismo, como que haya yo vuelto á leer un discurso después de pronunciado en las Cortes, entre otras causas

graves, porque me afligiría en extremo el no poderlo escribir de nuevo, y haberlo de dejar, con modificaciones levísimas, tal cual salió espontáneamente de mis labios. El ser yo naturalmente improvisador, excita después más mi conciencia crítica, empujándome á la corrección meditada en que, con efecto, suelo llegar al exceso. Y siendo tal mi propensión, ¿cómo he de asentir de buen grado á que manos más respetuosas ó caritativas conmigo propio, saquen del olvido de los periódicos y traigan á la notoriedad, siempre mayor, de una colección especial de versos, los que en estado de borrador ó meras improvisaciones he dado con tanta frecuencia á luz? Bien sabido es cuán amablemente suelen importunar los periódicos literarios á las personas algún tanto conocidas del público, para que les envíen trabajos en que figuren sus firmas. La imposibilidad de resistir á tales peticiones las más veces, ha continuado obligándome con frecuencia, desde que se imprimieron mis *Estudios Literarios,* á buscar entre mis abandonados papeles, y dar á copiar

é imprimir versos que para mí no estaban en disposición de merecer tamaña honra. Ha pasado el tiempo, y cada vez que por acaso hojeo ahora, en demanda de otras cosas, ciertos periódicos, y hallo aquellos versos por limar, y aun por acabar, mi sed de eterna corrección me atormenta á un punto que á los indiferentes parecería ridículo, y no sin razón. ¿Y no es natural, dado este modo especial de pensar, que, partiendo del supuesto de que mis versos pudieran ser de todas suertes coleccionados algún día, me incline hoy, al fin, á ser yo mismo quien se los dé á V. reunidos para la *Colección completa* de mis obras? Ya que no deba acaso pasar por poeta, cosa que de mi voluntad no depende, lograré al menos que se me conozca tal como soy, cuando en mis versos pongo la atención y el esmero que las obras literarias y artísticas siempre han exigido y exigen. Tiene V., pues, la autorización que desea, y ya sabe por qué me he decidido á otorgársela; pero quiero que al par no ignore el por qué de mi preferencia á algunos géneros de

versos, y la razón del método con que voy á enviárselos coleccionados.

»Las más de mis composiciones son amorosas y responden á emociones reales, aunque transfiguradas, de la vida, no á la pura invención poética; pero algunas hay, casi todas por cierto de mis primeros años, que pertenecen á otros géneros más impersonales y graves. Que no haya vuelto á escribir yo desde la primera juventud en adelante más versos que los de amor, parece á primera vista cosa incongruente y extravagante, siendo, sin embargo, bastante fácil de explicar, y, á mi juicio, lógica. Sin duda que los grandes sucesos y las altas ideas han producido en mí tantas y más emociones que en la juventud, en la edad madura; pero durante esta última, la tribuna política y las Academias y Corporaciones literarias han dado á mi actividad intelectual constante y vivo empleo, por razón de las graves cuestiones y los difíciles deberes con que he tropezado en mi carrera. Raro será el asunto elevado, digno de la poesía filosófica ó política, que no me haya visto obliga-

do á tratar desde poco después de cumplir los veinticinco años, delante de grandes concursos de espectadores, con todo el fuego que puede prestar á la palabra la sinceridad inequívoca de las emociones. Satisfecho con esto, y no necesitando del artificio de la rima para exponer mis sentimientos é ideas, renuncié en la poesía á los asuntos patrióticos y otros semejantes á poco de ser diputado, del modo más insensible y espontáneo. La poesía no me sirvió de allí adelante sino para dar suelta á aquellas particulares expansiones del alma, que en ninguna de sus formas está destinada la oratoria á expresar. Mis opiniones, como todos mis sentimientos, por lo que toca á la religión, á la moral, á la patria, á la ciencia, á la historia, á las artes, donde quiera se pueden buscar, por eso mismo, menos en mis composiciones poéticas, desde que entré en la vida pública. En cambio, mis deseos, mis dolores, las esperanzas, los desengaños de mi vida particular, suelen encontrarse expuestos en mis versos tal y como mi capacidad literaria lo ha permitido. No he tenido, no,

el loco intento de ponerme en contradicción con el orden natural de las cosas, como aparentemente resulta de haber escrito casi todos mis versos sobre temas serios, exceptuando algunos principalmente elegíacos, en años juveniles, y generalmente sobre asuntos amorosos después.

»Excusado parece decirle á V., porque otra cosa no podría ser, que ni la clasificación de estas poesías, divididas en partes diversas, ni sus títulos, ni los nombres imaginarios que en ellas figuran, tienen valor ninguno biográfico. Para dividir en secciones distintas estos versos, no me ha asistido otra razón que la de agrupar los que por su tono y carácter tienen entre sí mayor relación. No están ya de moda las antiguas denominaciones de los géneros poéticos, y aunque pudiera mezclar los más distintos tomando ejemplo de autores modernos, prefiero por mi parte presentar por separado lo que entre sí difiere notablemente. Á tal regla someto las poesías amorosas de varia índole, y las que pueden llamarse serias, distinguiendo y apartando las elegíacas de las polí-

ticas, ó con algún sabor religioso ó filosófico. En cuanto á los títulos y nombres, todos son caprichosos, repito, y meramente imaginarios, dándose el caso de designar con varios de ellos á unas mismas personas entre las que más ó menos de veras han inspirado muchos de estos versos.

»Con lo que le dejo manifestado basta y sobra para que pueda V. contar, si, como me dice, intenta la historia de este libro, al que por mi parte daré siempre, como les dí á los *Estudios Literarios,* muy escasa importancia. La única que pudieran tener algunas de sus composiciones, para mí la tienen exclusivamente. Por eso mismo quiero repetir á V. ahora lo que más de una vez tengo ya dicho, y es que nada me hubiera costado echar mis versos al fuego, á no estar ya publicados; pues si sólo para mí tienen algún valor, los que aun ese tienen, ¿qué falta hacen todos en la biblioteca de nadie? Á nadie, verdaderamente, le importa saber lo que en esta vida ha sentido, bien ó mal, un hombre como otro cualquiera, aunque haya tenido la ocu-

rrencia de decirlo en verso y sea por otros títulos bastante conocido de sus contemporáneos.»

Tales son las ideas del Sr. Cánovas del Castillo respecto de sus obras poéticas; ideas expresadas con frecuencia, recogidas en más de una ocasión de sus propios labios, durante el curso de nuestras gestiones, y que resumió y explanó por fin en una carta escrita desde el extranjero, de la cual hemos tomado íntegros los principales párrafos. Sería la presente ocasión la más oportuna para ejercer nuestro honroso cargo de prologuistas, analizando las composiciones diversas de este libro, y llamando la atención del lector sobre el mérito incontestable y las cualidades relevantes que avaloran muchas de las poesías que contiene, si no hubiera otras razones de importancia que, haciéndonos faltar á lo acostumbrado y debido en quien se encarga de poner introducción á un libro, no nos privasen también de otorgar los elogios que merece el hombre eminente, cuya prodigiosa actividad intelectual se extiende desde los problemas filosóficos ó sociológicos más abstrusos y las más recónditas

cuestiones históricas, hasta el cultivo de la poesía en casi todos sus géneros, poniendo igualmente en todo una fe, un calor de alma, una energía que causan admiración y asombro. Razones son estas imposibles de atender en absoluto, como todos comprenderán, pero que tampoco pueden ser desatendidas porque se fundan en la delicadeza extremada del autor del libro, con quien nos ligan íntimos lazos de gratitud, cariño y respeto, y en la poca ó ninguna autoridad literaria del que esto escribe. No son tales, sin embargo, nuestros escrúpulos, que nos obliguen á omitir que muchos de los versos hoy reimpresos han sido ampliamente elogiados ya fuera de España, y aun bien traducidos por un distinguido escritor francés.

Ya se ha visto que estas poesías, como las de Donoso Cortés, Balmes, Alcalá Galiano, Ríos Rosas, Aparisi, Pacheco y otros oradores y publicistas conspicuos, han estado para permanecer sin coleccionar durante la vida de su autor. Por si alguien las publicaba, después de su muerte, comenzó á corregirlas, sin duda, su

autor, en los breves ratos de ocio que ha alcanzado. Cediendo, en suma, á exigencias parecidas á las que le obligaron en otras ocasiones á dar muchas de ellas á los periódicos literarios para su publicación, se ha decidido ahora á dárnoslas todas, para que formen parte de sus obras completas que en breve plazo se acabarán de imprimir, dando á la estampa las históricas, en que con preferencia trabaja al presente el insigne escritor.

Antes de terminar, y aunque nos esté vedado emitir nuestro juicio sobre las cualidades literarias de este libro, no dejaremos de consignar que, á nuestro entender, las poesías que contiene igualan, por lo menos, en la dicción y superan en originalidad y brío á las de los ilustres escritores y hombres públicos antes mencionados.

Mariano Catalina.

Madrid 6 de Abril de 1887.



PRIMERA PARTE

AMORES



EN GUIPÚZCOA

Cuando al caer de la tarde
Te hallé en estos montes verdes,
Cuyas cúspides habita
La niebla negruzca y leve,
Iba yo echando de menos,
Por aquel sendero agreste,
La luz que, si allí faltaba,
De sobra tus ojos tienen;

Y viendo de peña en peña
Tus plantas volar tan breves,
Pensé que, en humano rostro,
Puro rayo de sol fueses
Que furtivo descendía
Desde su disco esplendente,
Á hacer burlas con la niebla,
Ó robar perlas al césped.

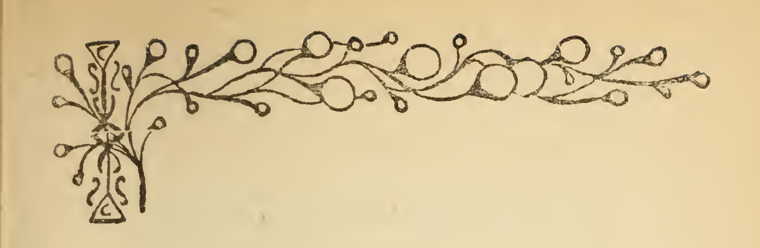
«Bendita seas, te dije,
»Cándida luz de Occidente,
»Pues de improviso mi gozo
»Colmas tan sólo con verte.
»Aquí es el querer más dulce,
»No hay duelo, sino placeres,
»Y los cuidados mayores
»Sus agudas puntas pierden;
»Mas aun con eso, en los ojos

»Mucho me faltaba siempre,
»Que ellos son del sol amigos,
»Y él está á menudo ausente.
»De hoy más este cielo turbio,
»Por ti será cielo alegre,
»Que no ha de haber falta alguna,
»Mientras de aquí no te alejes.»

No temas, niña, que ahora,
Bien que sepa ya quién eres,
Lo que, iluso, imaginaba,
Si no es en el nombre altere.
¿Qué importa, pues llamas luces
Por la mirada inocente
De las que el sol nos envía
Y Dios en el sol enciende,
Llamarte mujer ó rayo,
Que habites ó no en el éter,

Y bajes del cielo ó vengas
De otros lugares terrestres?
Yo sé que tus ojos claros
También alumbran mi frente,
Que las flores en tu pelo
Luces del alba parecen,
Y sé que, al mirarte, el alma
Calor apacible siente....
Conque, si no eres el sol,
Por las obras, lo pareces.





DONCELLA SIN AMOR

CANTAR.

I.

¡Ay de la fuente sin agua!
¡Ay de la noche sin luna!
¡Ay de la planta importuna,
Que no da fruto ni olor!
¡Ay de la hermosa doncella,
Que, veinte abriles contando,
Á solas está llorando,
Porque se ve sin amor!

II.

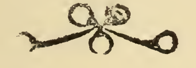
No es fuente, fuente sin agua,
Ni noche, noche sin luna,
Ni planta la, sin fortuna,
Que no da fruto ni olor;
Ni ha de ser doncella hermosa,
La que edad breve contando,
Está á sus solas llorando,
Porque aún no tiene amor.

III.

¡Quién agua diera á la fuente!
¡Quién diera luna á la noche!
¡Quién de la flor en el broche,
Fruto pusiera y olor!
¡Quién de la hermosa doncella,
Que á solas está llorando,
Pudiera en el pecho blando,
Clavar un dardo de amor!

IV.

Mas lentas pasan las horas,
Y de ellas no viene alguna,
Ni con agua, ni con luna,
Con fruto, ni con olor;
¡Ay de la hermosa doncella,
Que, veinte abriles contando,
Todavía está llorando,
Todavía, y sin amor!





MAÑANA DE ABRIL

Demasiado pronto, niña,
La almohada tibia dejas,
Sacudiendo de los ojos
La dulcísima pereza.

Tras de las persianas, luego
Sutil tu cabello ondea
Del aire fresco movido,
Que al par que tú se despierta;

Á veces, por breve espacio,
Sobre el balcón mismo enseña
Sus lindísimos perfiles
Tu mal peinada cabeza;

Y en él asomada miras,
Ya de adentro, ya de afuera,
Sin que los aires te espanten
Que helados manda la sierra.

¿Qué es esto? No me lo niegues;
De alguno estás á la espera;
Ni dudo que bien querido,
Ni que el quererle te vedan.

Por fin las persianas verdes,
Entornas con mano presta,
Cual pajarillo en el árbol
Que sintiendo pasos vuela.

Y sin ver, te vas de prisa,
Al que aguardabas y llega,
Porque más lo eches de menos
Y más el partir te duela.

¡Qué quieres que más indague,
Madrugadora doncella,
Si negándomelo sigues,
Para afirmar mi sospecha!....

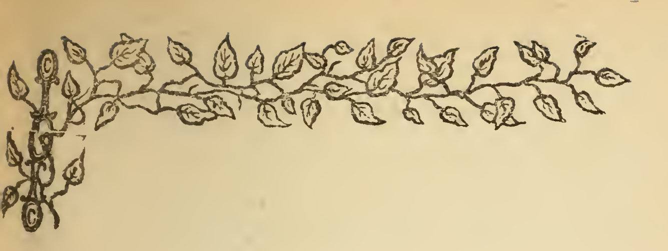
¿Ves allá los altos pinos,
De perenne copa austera,
Cómo la nieve que cäe,
Indiferentes contemplan?

¿Qué les importa que en sitios
Donde temprano el sol quema,
Del almendro presuroso
Yertas hoy las flores mueran?

Pues ellos padres parecen,
Y flor tú de almendro tierna;
Bien el secreto que guardas,
Lo puede acertar cualquiera.

Tristes viejos son, que, á burlas
Tomando, niña, tu pena,
Lo que en olvido se tienen,
No quieren que tú lo sepas.





DESPEDIDA DE VALENCIA

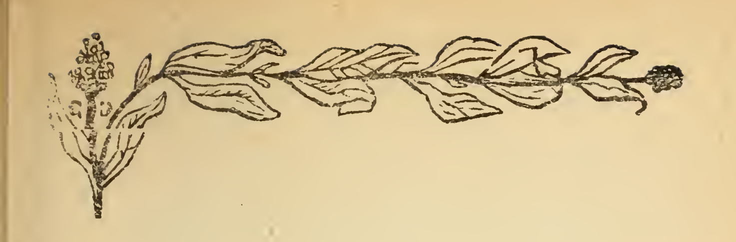
Cándidas olas de la mar serena,
Brisa eterna, feliz huerta florida,
Ciudad de antigua historia esclarecida,
Que el Turia aduerme en la sedienta arena;

Con Dios quedad, que en esa estancia amena
Por donde todo á reposar convida,
En vez de paz, mi procelosa vida,
Por artes del amor, halló más pena.

Las olas, y las brisas, y las flores,
Y de pasadas glorias los destellos,
Por breve tiempo diéronme alegría;

Mas la luz de unos ojos seductores
Hirió mi corazón: ojos de aquellos
Que tu cielo y no más, Valencia, cría.





NOCHE DE ESTÍO

Ni hojas ni flores, en el valle herido
De Agosto, hallaba la mirada mía;
Ni entre sus vientos cálidos venía
Risa ó lamento á estremecer mi oído.

Sólo cuando inundaba el adormido
Cielo, la luna en tímida alegría,
Al puro rayo de su luz abría
El pecho lleno de quietud y olvido.

Mas, por acaso, al brillo de la luna,
Te vi, y, volando de tus dulces ojos,
No sé qué penetró en mi abierto pecho;

Pues de pronto, trocada mi fortuna,
Pisando donde quiera estoy abrojos,
Y oigo venir el huracán deshecho.





ILUSIONES PRIMERAS

Cual Mayo puebla con su tibio ambiente
De alegres florecillas la maleza,
Pobló mi corazón indiferente
De amantes ilusiones tu belleza.

Mirabas, de unas rocas en la cumbre,
Á las aves del mar batir las plumas,
Cuando te vi más bella que la lumbre
Que el sol naciente presta á las espumas.

Y desde entonces, cuanto más te adoro,
Más burlas tú mi enamorado anhelo,
Sin ver que de tus gracias el tesoro,
No debiólo de dar por pena el cielo.

¡Ay del jazmín que exhala su perfume
Por donde el viento en remolinos truena!
¡Ay del agua que en vano se consume
Del yermo campo en la implacable arena!

Tal es el esperar sin esperanza
Para el alma en amor enardecida;
¿Por qué dichas así la mente alcanza,
Si ha de negarles realidad la vida?

Quiéreme al fin, y la escondida fuente,
Y el trinar de los pájaros cantores,
Y de las olas mansas la rompiente,
Notas darán á mi canción de amores.

Los labios tiernos en mis labios posa,
Como la casta luna en el estío
Callada besa la encendida rosa,
Ó el inquieto cristal del claro río.

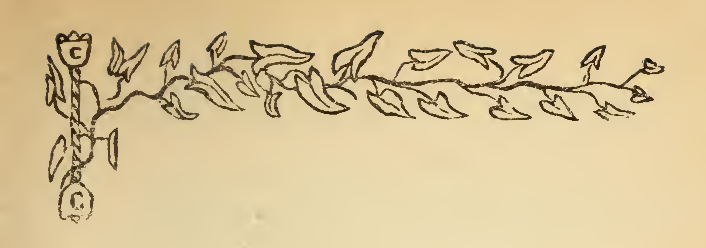
Que aquí en mi corazón está tu nido,
Tu espejo acá en mis ojos, y, en mis brazos,
Te tiene blando asiento prevenido
Mi puro amor, con perdurables lazos.

Ven, que no más que tu belleza quiere
Poseer mi corazón, cantar mi lira;
Y si muere su voz, de cierto muere
Cuanto ilusiones y placer me inspira.





A ELISA



I.

¿Quieres, Elisa mía,
Quieres que entone el apacible canto
Que allá decir solía,
Cuando esperaba de tus ojos tanto,
Y no su ingrato desamor temía?

Pon la mano en mi mano,
Suelto el cabello, la mirada ardiente,
Trémulo el pecho, de la tierra el vano

Tumulto por mi amor trueca impaciente;
Y cuando el viento, aroma
Lleve á las nubes en sutil murmullo,
Junte á la par, blanquísima paloma,
Con tu arrullo mi arrullo.
Ámame y dilo. La veloz pupila
Que brilla y salta y se revuelve inquieta,
Fíjala un punto sobre mí tranquila
Y á mi sedienta voluntad sujeta.
¡Que tu cándida voz traiga á mi oído
Con esperanzas nuevas la ventura!
¡Que tu vista del pecho dolorido
Reanime el fuego que en cenizas dura!

Mira, que al tronco yerto
Si al sol oculto, al vendaval abierto,
No acuden, no, las aves á porfía;
Ni á las peñas del páramo desierto
El jazmín su oloroso aliento fía.
Desecha los rigores,

Que eso mi voz espera
Para cantar de amores;
Y si te muestras enojada ó fría,
En vez, paloma mía,
De dulces dichas, te diré dolores.

De la vida en el áspero sendero
Te hallé, y al punto floreciente llano
Sentí bajo mis pies; y manso río
Fué luego el gran torrente
Que sierra y valle quebrantó altanero;
Y el ancho cielo umbrío
Luz de la aurora desgarró naciente;
Y perfumado viento de verano
Tras sí las nubes arrastró ligero.
¿Será que mi camino
De nuevo cierre la erial maleza
Y el río cristalino

Rompa en ronco torrente la aspereza,
Y otro negruzco velo
De nubes, quite de mi vista el cielo?

¡Oh, no, á tus ojos, del azul del día,
Siempre el bien acompañe,
Y niebla de fatal melancolía
Nunca la luz de tu sonrisa empañe!
¡Sonrisa venturosa
Que mi alma bebe con mirada ansiosa!
¡Angélica sonrisa!
Cándida espuma, que en las mansas olas
Del mar levanta silenciosa brisa,
Y llega, rompe, espárcese en la arena
De la desnuda playa,
Y el sol en ella cual en iris raya,
Y triste el mar, porque la pierde, suena.

No tardes, ven: la luna
Su luz está en los árboles meciendo,
Y si despierta el ruiseñor, á una
Nos ha de hallar gimiendo
El Alba á entrambos mi infeliz fortuna.

Ven donde á solas tus hechizos mire,
Y á solas con tu amor de amor delire,
Porque el aura sutil que leve aroma
Levanta al cielo en plácido murmullo,
Junte á la par, blanquísima paloma,
Con tu arrullo mi arrullo.

II.

¿Por qué en carmín bañada,
Dulcísima doncella,
La faz ocultas bella,
Y en el tímido seno
Doblas la frente, hurtando la mirada?
Tal huye la paloma
Y escóndese cobarde cuando asoma
La parda nube donde vive el trueno.

¡Ay! No, no temas: fría

Mi frente está; la inquieta pesadumbre
Ríndeme ya del tedio,
Y nunca, Elisa mía,
Tendrá este mal remedio,
Hasta que el fuego de tu amor me alumbre
Y el ámbar guste que tu labio cría.

Ven, pues, y la arboleda
Dejemos ya, y su sombra y los verdores
Del tronco pardo en que el jazmín se enreda
Y se anidan los pájaros cantores.

Tal vez, con ocio insano,
Allá la torpe muchedumbre ondea,
La vista hartando en fútiles antojos:
Mas, comprimido el corazón, desea,
Y amor buscan en vano
Los labios que la brisa perfumea,
Y amor en vano lánguidos los ojos.

Dejemos la ignorada
Húmeda gruta en su verdor sombría,
Donde nunca tocaron de pasada
Ave, aroma de flor, ni luz del día;
Donde trémulo acude,
Porque la negra soledad le escude,
El infeliz adúltero que corre
Tras una dicha que lograda espanta,
Y en cobarde misterio se quebranta,
Ya que, al pasar, del alma no se borre.

Libres somos tú y yo, como la hoja
Que salta leve del robusto tronco,
Y ya camina por el aire ronco
De las nubes en pos, ó ya se arroja
Detrás de la corriente
Que arranca lenta del peñón la fuente.
Libres somos, mi bien, y ni engañado
Esposo en torvo ceño,
Ni padre esquivo, ni galán burlado,

Nuestro retiro turbarán risueño
Á silenciosas dichas consagrado.

Yo sé dónde no agita
La selva el soplo de los vientos mansos,
Y sé dónde, en remansos
Tajo se duerme, y sin querer palpita
De amor el pecho que el amor desdeña.
Ni el rayo de la luna,
Meciéndose en las ramas cimbradoras,
Llama á cantar al ruiseñor que sueña;
Ni turba allí importuna
El largo paso de las dulces horas
Tórtola, ó fuente, ó desgajada peña.
Y nadie, si por dicha tus cabellos
Riza el aura inconstante,
Ha de advertir que amante
La sed que me devora apago en ellos.
Nadie, tímida Elisa,
Te oirá si, cuando en éxtasis te miro,

Tu boca de coral estalla en risa,
Ó brota de tu pecho algún suspiro.

¿Y aún te ocultas? ¿Y velas el semblante,
Y al pecho palpitante
La frente inclinas, ó en matices rojos
Tu rostro arde encendido,
Y en amargo licor hierven tus ojos?
¿Hieren quizá tu oído
Las tiernas voces que el amor me arranca?
¿La luz te ofenderá á que te convido,
Rayo de luna silenciosa y blanca?
¡Ah! Di, mi bien: ¿qué tienes?
Porque en tus ojos mi destino leo,
Y si á mi voz no vienes,
Con lento afán me matará el deseo.

Mas ya, Elisa, la pena
De tu inocente corazón entiendo:
Es que el rubor tirano te encadena,

Y con mi exceso de pasión te ofendo.
¿Que calle quieres? Á callar me obligo
Por ver la luz de tu beldad serena,
Con tal, casta azucena,
Con tal que sientas lo que no te digo.

III.

Aquellas mismas tórtolas cantaban;
Pero tú ya no estabas, dueño mío,
Y ni ellas te arrullaban,
Ni en tus ojos mis ojos penetraban
Como en el agua clara el sol de Estío.

Hora tras hora en la campiña verde,
Buscándote iba en vano,
Ya por la margen del avaro río,
Ya en el perenne robledal austero

Que corona allá al fin un monte cano,
Á cuya sombra pierde
Su móvil llama el aire del verano,
Menos, acaso, que tu pie ligero.
Te buscaba, y cual nunca apetecía
Tu mano, y de tu boca
La dulce voz, que al cabo me decía:
«También te quiero yo», mientras ardía,
Cual arden los volcanes, mi alma loca.

Ya cuando no te veo, donde quiera,
Desde entonces, Elisa, te persigo,
Que sin tu aliento amigo
En mí no hay vida entera;
Y hoy que te he hallado, de tus trenzas blondas
Suelto otra vez quisiera el gran tesoro
Que injusta oprimes en la blanca frente,
Con tal de que en sus ondas
De espesa lluvia de oro,
Aquél otro no escondas,

Puro jazmín viviente
Que en tu seno rebosa ya impaciente.

No, Elisa, no la espiga
Con su maduro grano,
Ni el rubio sol que á veces la fatiga
Con las caricias de su ardiente mano,
Los vivos resplandores
De tu cabello igualan,
Ni tiene el campo flores
Que exhalen el olor que ellos exhalan.
Ven presto, pues, y que el amor la venda,
Con que al pudor le oculta sus favores,
De oro y azul sobre tus ojos tienda.

Y, pues ya te he encontrado,

¿Qué más he de pedir á la fortuna?
¿No ves ya, desde el cielo despejado,
Cuánto nos mira la apacible luna?
Á su luz, que penetra los cristales,
Hechizos tuyos veo,
Que ni ella con sus ojos inmortales
Jamás contempló tales,
Ni imaginaba tantos mi deseo.
Mas no por eso olvido
Aquella nuestra cálida ribera,
Ni de las tiernas tórtolas de entonces
El canto de gemido;
Que del feliz amor la hora primera
Guarda recuerdo en bronces,
El alma que tal bien ha conseguido.



Á LAURA



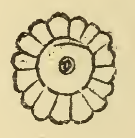
I.

Callando está mi corazón sus quejas
Por no agitar el tuyo venturoso;
Ni turbo de tus salas el reposo,
Ni el sosiego quebranto de tus rejas.

De mí la planta indiferente alejas,
Y yo te sigo lento, silencioso,
Ó beso, Laura, cuando más dichoso,
La huella que en el polvo al paso dejas.

Saltar del corazón y herir tu oído
Pretende acaso mi fatal secreto
En los pliegues del céfiro escondido.

Mas al tender las alas, indiscreto,
Como pájaro en lazos oprimido,
Párase encadenado á tu respeto.





II.

No pretendo que paguen el desvelo
Que tu infausta belleza en mí provoca,
Ni con besos dulcísimos tu boca,
Ni tus miradas con su luz de cielo;

Ni causarte en ausencias desconsuelo,
Ni que sueñes conmigo en ansia loca,
Ni que te muestres á los otros roca
Cual eres, Laura, para mí de hielo.

Pero á la luz del moribundo día,
Cuando la brisa leve de la tarde
Riza feliz tu negra cabellera,

¿Por qué no has de ofrecer, ingrata mía,
Al loco amor que en mis sentidos arde
Un recuerdo benévolo siquiera?





EN EL MAR

¿Te acuerdas? El relámpago encendía
Tu frente en roja lumbre,
Y el viento entre los árboles gemía,
Porque del monte en la nevada cumbre
Su luz entonces apagaba el día.

Laura, ¿te acuerdas?.... Horas
De cándido placer, ¿dónde sois idas?
¿Y adónde seductoras
Risas de amor ó lágrimas queridas?

Pasadas sois en suma,
Como del mar bravío
Que azota mi navío,
Hirviendo pasa la flotante espuma.

Rasga la nube, y vuela
El rayo luego. Alrededor medrosa
Zumba la brisa, y cruje la ancha vela,
Y en sus senos el mar hondo rebosa.
La chusma clamorosa
Tal vez prorrumpe en duelo;
Y, ¡ay!, en tanto mi voz, por ti anhelosa,
Pregunta á los relámpagos del cielo.

¿Los ves? Si alguno, al desgarrar luciente
Del ancho espacio la apiñada sombra,
Alumbra ahora también, Laura, tu frente,
¿Recordarás mi amor? Ó si te nombra

Mi flaca voz, cuando su voz inmensa
Al aire impone el temporal deshecho,
¿Pensar podré que tras la sombra densa,
El eco aguarde de mi voz tu pecho?

¡Quién sabe! Todo muere,
Mientras en mí tu amor se aviva y arde.
El sol las sombras victorioso hiere
Al alba, y cede á las que trae la tarde;
Y aun este mar undoso
Que, al cielo alzando en líquida montaña
Sus aguas, temeroso
El mástil recio de la nave hería,
Depone al fin la saña,
Y, vuelta ya la noche en claro día,
Á la orilla que baña,
Fácil espuma murmurando envía.

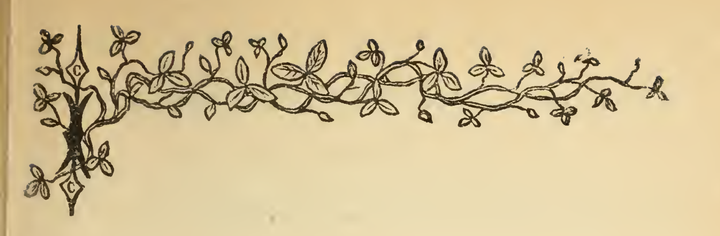
- LIII -

Pasa el mal como el bien. Si peregrino
Por tierra vago y mar hoy anheloso,
Presto volverme á ti puede el destino
Y á tu seno amoroso,
Donde logre de nuevo mi agitada
Frente en la tuya reclinar serena,
Y oir tu regalada
Voz, de suspiros y de dichas llena.
Puede.... ¡quién sabe!.... Mientras duerme en calma
El mar, vela en mi alma
Aquella que me trajo la tormenta,
Memoria de tu amor, que dulce miro,
Y en sueños me sustenta,
Ó despierto me alienta,
El aire embalsamando que respiro.

Mas siempre en turbulenta incertidumbre,
No, mi amada, te asombre

Que al pensar en tu nombre,
Tal vez amargas lágrimas derrame.
Y cuando del relámpago la lumbre
Las nubes del ocaso rauda inflame,
Si ves sus rayos rojos,
Sabe que acaso lloraran mis ojos
Entonces, Laura bella,
La cara imagen de la tarde aquella,
También ¡ay! transitoria,
Que su esplendor despierta en mi memoria.





LA POETISA EN EL CAMPO

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.)

Viñas, oteros de perfil blando,
Gratos frescores
De banco ó senda, que estáis hablando
De mis amores;

¡Ah! Cuando al nuevo Mayo florido
Tan esperado
El césped pise mi bien querido,
Del muelle prado;

Cuando á la sombra miréis creciente
De esta arboleda,
Sus ojos negros, su clara frente,
Su risa leda,

Los puros senos de tantas flores
Ábranse en uno,
Porque á su rostro todas olores
Den de consuno.

Gotas del agua, que en perlecillas
Sacude el viento,
En su cabello y en sus mejillas,
Tomad asiento;

Doblad jazmines hacia su frente
Las ramas bellas;
Tendedle al paso tapiz luciente,
Hierbas-doncellas;

Cantad, palomas, y alegres aves
La melodía
Con que seguisteis nuestras süaves
voces un día;

Y para hablarle tomad prestado
Mi ser entero,
Con tal que sepa por vuestro lado
¡Cuánto le quiero!





LUNA Y AMOR

Aquella noche, de la luna un rayo
Por tus balcones penetró indiscreto,
Y observó mi locura y tu desmayo,
Hurtando así nuestro primer secreto.
¿No te acuerdas, mi gloria?
De luna y de verano
La noche fué de que sin par memoria
Guardar siempre confío,
En que, mi dicha retardando en vano
Ya el llanto, ya el desvío,
Comienzo tuvo nuestra amante historia.

¿Por qué esquiva pareces
Hacia el astro de tanto bien testigo,
Y al mirarlo enmudeces,
Si nos visita cuando estoy contigo?
¿Temes, por ser la luna
La misma ahora, y despertar suave
De amor la sed, que alguna
Memoria inoportuna,
De otras me traiga que te cause pena?
Si tal te ocurre, sabe
Que no hay sino la tuya, por serena,
Que juntar á la luz quepa que envía
La luna al aire azul y al alma mía;
Y aun sé yo que, á pensar, cuando está llena,
Con tu propia dulzura pensaría.

Desecha, pues, los celos,
Que no hallarás rivales

En rostros terrenales,
Y la luna no más, desde los cielos,
Tiene miradas á la tuya iguales.
Por eso mi amor vive
Contigo y con la luna á un tiempo unido,
Y ella, por eso, el culto,
Faltando tú, recibe,
Que, de hados perseguido,
Aquí en mi corazón te rindo oculto.

Pálido como el suyo tu semblante,
La noche estuvo de mi amor triunfante;
Y cuando á la partida,
Jamás ¡ay! se me olvida,
Ni sé si alegre ó triste,
Por verme ir, á tu balcón saliste,
Mirando la blancura
De tu frente y tu suelta vestidura,

Y el azul de por medio de tus ojos,
Imaginé un instante,
Que otra luna encontraba aun más brillante
Y os adoré á las dos puesto de hinojos.

Desde aquel punto ya, por donde quiera
Que en silencio la luna resplandece,
Pensando en ti suspiro;
Y juzgo que, mirándola, te miro,
Cuando del tardo ocaso está en espera,
Cuando del sol vencida desparece,
Si sus rayos argentan la pradera,
Ó si el mar que, sin tregua, mengua y crece
Cual menudo cristal rota la mece.

Ver en tierra lejana,

También no pocas veces imagino,
Que, desnuda, te baña la corriente
De un río que interrumpe mi camino:
Besarte quiero, y corro, y transparente
Recibe mi caricia el agua fría,
La sed burlando que á mi boca vino
Tras de tan falsa idea;
Porque es que juguetea
La luna allí, cuando se aleja el día,
Posando ó sacudiendo su alba frente
En las ondas que el viento fresco orea.

Y horas hay en que observo embebecido
Cómo la luna llena, cobijando
Bajo las plumas de sus amplias alas
Va el flamígero bando,
Por el espacio cándido esparcido,
De innúmeras estrellas,

Altiva haciendo de señora de ellas.
Si entonces no la igualas,
Ni dura ya mi engaño,
Tampoco es en tu daño,
Que su esplendor magnífico no vale
La más tenue palabra de terneza
Que de tus labios como néctar sale.
No le otorgó á ella, no, naturaleza,
Tu mente soberana,
Que en raudales que nunca el gusto agota
Calladamente brota
Riquísima poesía;
Ni tampoco aunque en ambos hemisferios
Sumo encanto derramen sus misterios,
Compensan la ambrosía,
Que en todo instante emana,
Teniéndote cercana,
De algo celeste que tu cuerpo cría.

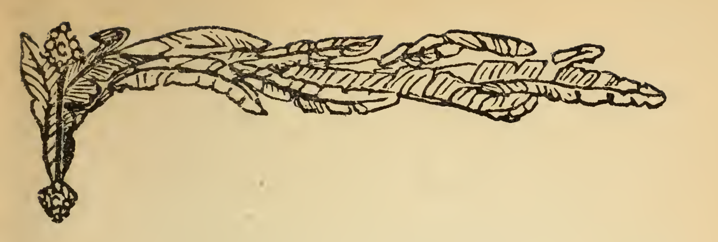
No la envidies, y dame,
Mujer, astro viviente,
Luz de tu alma y de tus ojos claros,
Con que apacible inflame
Los míos tan avaros
De la inefable paz que en ti convida
Con dicha eterna en la mudable vida;
La cara paz que ahora
Tu corazón, al resto indiferente,
Por mí sólo atesora;
Sin duda en él nacida
Del blando goce que en querer se siente,
Y que, en reposo frío,
Aun en las noches cándidas de estío
Tu nocturna rival mísera ignora.

¡Oh! ¿qué me importa el mar, ni qué la tierra?
¿Qué ya las tempestades?

Bástasme tú para vivir tranquilo;
Que nada me acobarda,
Con saber, si mi nave el puerto yerra,
Que no me falta en tu regazo asilo.

Y cuando allá en la soledad que guarda
Las tumbas, algún día
La luna, como aquí, se me avecine,
Viéndoos posadas en la losa austera,
Donde nada se espera,
Por una he de tomaros todavía.
Que no cabe dudar que tu mirada
La primera ha de ser y la postrera
Que tierna á mí se incline,
Hasta en noches tan otras, dulce amada,
De aquella, según ves, nunca olvidada!





IDEAL DE MUJER

No sé si eres mujer ó primavera,
Que tu verdor florido no fenece,
Ni en tu rostro jamás la luz primera
Que tanta paz me dió, desaparece.

Pasar he visto junto á ti los años,
Sin que detrás quedase huella alguna
De aquellos imprevistos desengaños
Que esconde á veces la mejor fortuna.

Así, descanso tal goza en tu seno
Aqueste corazón inquieto mío,
De dudas largas y secretos lleno,
Que, no siendo de ti, de nadie fío.

Hoja de rosa pálida, suave,
Das tan modesta, cuando das tu aroma,
Que ni aun el mismo que lo aspira sabe
Si nace en él, ó si de ti lo toma.

Cielo sin nubes, campo sin ruido,
Llanto del Alba que invisible riega,
Ruiseñor por el sueño enmudecido,
Lejos tu amor de perturbar, sosiega.

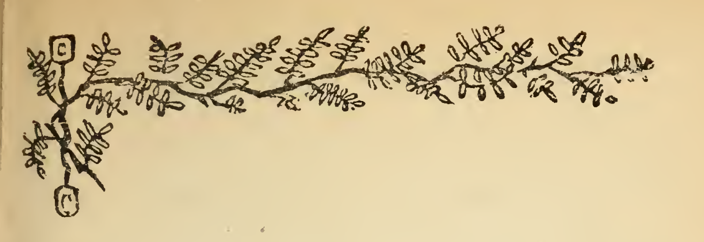
Sigue indulgente de tus blandas alas
Batiendo sobre mí el callado vuelo,
Sin que nadie sospeche así las galas
Con que á solas, en luz brillas de cielo.

Fiel no te he sido por mi mal, con todo:
¡Misterio del obscuro abismo humano,
Donde tropieza á lo mejor beodo,
En vil festín el ánimo liviano!

Mas aunque no he pagado tu constancia,
Ciego al bien singular que hube por suerte,
No ignoro, no, que media gran distancia
De conocer tu sexo, á conocerte.



REMINISCENCIAS



I.

Quizá me engañe, pero pienso á veces,
Pienso que me recuerdas,
Cuando á la noche, en el virgíneo lecho,
Sola y sin luz te dejan.

Bien podrá ser engaño, pues que suelen
Mentir mis pensamientos,
Y cuanto más me contentaron antes,
Salir más falsos luego.

¿Y lo creerás? Como de errores vivo
Desde que abrí los ojos,
Ya los prefiero á la verdad amarga,
Que por acaso toco.

Si quisieras mentirme, satisfecho
Quizá anduviera á ratos;
Mas no querrás, que, por mi mala suerte,
Cuentas muy pocos años.

Tan sólo tus cabellos y tus ojos
Negros son todavía,
Tus pensamientos no, porque los dora
El alba de la vida.

Y acaso ni por sueños imagines
Cuán locamente anhelo,
Que hasta al blando calor de tu almohada
Te siga mi recuerdo.

Pero la culpa, sin querer, es tuya,
Porque eres bella y buena,
Y de bondad y de belleza vivo,
Vivo con sed intensa.

Pronto debes poner, pues que lo hiciste,
Á tanto mal remedio;
Si con amor no quieres, por ser mucho,
Con amistad al menos.

Pero si es amistad, no me la niegues
Ó bien fingida ó cierta,
Que aun siendo cosa de las de este mundo,
Me la imagino eterna.

Pues, donde quiera que los ojos vuelvo,
Mudanzas hallo tales,
Que apenas gozo ya de bien alguno,
Por miedo de que pase.

Del mundo, en tanto, la comedia es larga,
Sabiendo que es comedia,
Y muy duro, que solo abra la muerte
Al que se va, la puerta.

Por eso todos en la fiesta andamos,
Donde mintiendo bullen,
Amor los unos y dolor los otros,
Cuál vicios, quién virtudes.

Si dices tú verdad, seguramente
Vendrás de mejor mundo;
Pero si ella ha de ser amarga, mira,
Mira, que la renuncio.

No me la digas, pues al fin, tan poco
De ti en resumen quiero:
No más sino que entorne, recordándome,
Tus párpados el sueño.

Debes de ser tú aquella que de niño
Con alas vi yo de ángel;
Dichoso encuentro, mas acaso inútil,
Porque has llegado tarde.

Pero, aun con eso, como tú quisieras,
Diérate yo ternura
Tal y tan grande, que, tamaña, pienso
No te la ofrezcan nunca.

¡Qué sabe el que en la mar tempestuosa
Jamás tendió las velas,
Cuán dulce puede ser la luz que envía
El faro desde tierra!

¡Qué sabe quien de Tajo el curso ocioso
Contempla indiferente,
Lo que el árabe goza cuando mira
De lejos palmas verdes!

No fuera, no, de algún otro nacido
Tu corazón tan dueño;
Y si está el nido antiguo, es que hace mucho
Que en él, niña, te espero.

Ni por extraño juzgo que te acuerdes
De mí cuanto imagino,
Pues dentro de ti tengo, aunque lo ignores,
Todo bien escondido.

Y pensar, no te asuste, en mí á las horas
De tus devotos rezos,
Que no pecas así, porque es limosna
Al cabo dada á un ciego.

Que ciego he de estar yo que no percibo
Sino estas ilusiones,
Y para lo demás que el mundo goza
Ando en lóbrega noche.

Si son falaces como deben serlo,
Por ser dulces y mías,
Bien haya, bien, la ausencia que me estorba,
Saberlo por ti misma.

Y si mi anhelo por estar contigo,
Constante el tiempo burla,
Te seguiré hasta allá donde se acaba....
¡Que se acaba en la tumba!

II.

Sin duda no quería
Que yo advirtiera su postrer mirada
Cuando partió aquel día....
¡Melancólica luz y regalada
Que de sol que se pone parecía!

Y porque el dulce arcano
Mi atenta vista penetró imprudente,
La de ella busqué en vano,
Al sentir resbalarse indiferente
Por mi mano después su blanca mano.

Su mano, cuando esquiva,
Del témpano rival de duro hielo
Que el padecer aviva
De aquel pobre mortal que labra el suelo
Á la luz del invierno fugitiva.

Pero si amiga toca,
Más grata que la fuente es en estío
Bajo la corva roca,
Para quien logra su raudal umbrío
Parar un punto en la sedienta boca.

¡Oh noche dolorida,
Pasa y vuélveme ya mi sol sereno!
La que al amor convida
Con los misterios de su casto seno,
Ó de sus ojos con la intensa vida.

Y haga Dios que, si mueve
Ella de hoy más bajo la falda avara
El pie medroso y breve,
No sea ya, no, porque su imagen cara
Otra vez lejos de mi vista lleve.

Antes tráigala aprisa,
Tráigame ahora á la gentil doncella
Que más vuela que pisa,
Estampando en el suelo á cada huella
Algo como si fuera una sonrisa.

El aura á quien dichosa
Tu nombre ha de decir siempre el suspiro
Que en mi pecho rebosa,
La luz radiante con que acá te miro,
¿En qué otro sitio encontrarás, hermosa?

¿Ni adónde ya te guarda
Igual dicha el amor que entre mis brazos?
Pero ¡ay! ¡cuán y cuán tarda,
Por más que su alma esté rota en pedazos,
La dicha llega al que la dicha aguarda!

Llégueme entera al menos;
Presa tu mano ya quede en la mía,
Y, al disimulo ajenos,
Tus ojos de mis ojos la alegría
Copien, á un tiempo de ternura llenos.

La ausencia punzadora,
Rompiendo del rubor las nubes, tanto
Lograr suele á deshora;
Y bien pudiera ser á mi quebranto
Como tormenta al campo bienhechora.

Así suelta la sierra
Cual corceles belígeros, cascadas,
Y del iris encierra
El arco entre sus crines argentadas,
Ofreciendo á la vez paz á la tierra.

Tente, pues, todavía,
¡Oh tú, leve esperanza! que á mi pecho,
Piadoso el cielo envía,
Mientras insomne en el desierto lecho
Las horas cuento de la noche fría.

III.

La hallé en la orilla de la mar á tiempo
Que, sin querer pensar, pensaba en ella;
Pálida siempre, y el cabello entonces
Mal ajustado á la gentil cabeza.

Volvióla, no sé yo si por acaso;
Mas fué lo cierto, que al pasar ligera,
Vacilaron sus pies, que blanqueaban
De trecho en trecho la caliente arena.

Y, al verme, cual relámpago en la noche
Brilló fugaz de sus pupilas negras
Penetrante mirada y fugitiva,
Entre el placer errante y la tristeza.

Mis ojos, entretanto deslumbrados,
No encontraban ya al mar ni al mundo apenas,
Sino á ella y no más, cual brilla á veces
En cielo obscuro solitaria estrella.

¡Quién le dijera al vasto mar sonoro,
Perenne encanto de mi edad primera,
Que hubiera de olvidarle hasta aquel punto,
Sin verle, y sin oir su voz tremenda!

Si burlarse supiera, se burlara
Del extraño poder de la doncella,
Que, al pie de sus peñascos, parecía
De rota concha desprendida perla.

Mas ¡ah! ¿Qué entiende el mar de lo que pasa
En los antros del ser que siente y piensa,
Si percibir no sabe la hermosura
Ni de amor son, al cabo, sus tormentas?

Feliz acaso, ó desdichado, ignora
Qué cosa el alma es, y cuánto excedan
Á sus simas profundas, los abismos
En que el misterio del amor se engendra.

Llegó la hermosa, en fin, del hombro ebúrneo
La túnica flotando larga y densa,
Y al punto que á la mar cayó, del fondo
Surgió otra vez entre la espuma envuelta.

Espuma que sus pies mansa lamía
Ó su espalda azotaba turbulenta,
Mientras el seno virginal flotando,
Doquier dejaba fugitivas huellas.

Nunca las ninfas que criara un día
La mar de Venus en las islas griegas,
Descubrieron, sin duda, al agua hechizo
Que con los suyos competir pudiera.

Y de ella celos y del aire tuve,
Que libres disfrutaba de sus trenzas,
Y de las olas más, porque en su cuerpo
Se apresuraban á morir deshechas.

Celos dichosos, y feliz instante
Que hoy á mis ojos la memoria acerca,
¿Por qué así con imágenes queridas
Turbáis la paz de mi esperanza muerta?

¿Cómo ha de ser que un sueño envejecido,
Que tanta realidad desmintió acerba,
Me cure ya de las heridas hondas
Del tiempo largo y la fortuna adversa?

¡Ay! Ya sé yo que el mal dormido afecto
Que tan sólo al mirarla se despierta,
Fin no habrá de tener, bien que me pese,
Mientras á mí me dure la existencia.

Que si es verdad que de este al otro mundo
El alma humana sus recuerdos lleva,
Posible es que aun allá me siga eterno
El de esta dulce aunque fatal quimera.

Tú, en tanto, niña, á quien amé á deshora,
Mujer ya y entre bellas la más bella,
Dime: ¿no es cierto que en las horas tristes,
También á solas de mi amor te acuerdas?

Bien puede ser que en el respeto mudo
Pienses que un tiempo te llevé en ofrenda,
Allá cuando tan sólo parecía
Buscar en ti el olor de la pureza.

Tal vez no olvides tu virtud temprana
Para trocar en júbilo mis penas,
Mayor aún que la que al sol asiste
Para romper la matutina niebla.

Ni mi primer palabra balbuciente,
Ni, aunque furtiva, la mirada aquella
Que debió de decirte que anhelaba
Lo que al cabo y al fin amor anhela.

Si algún cariño entonces me tenías,
Adorábate yo con tales veras,
Que otra cualquier memoria me estorbaba,
Como al árbol de otoño la hoja seca.

Mas de repente la falaz fortuna
Nos apartó, ni sé si sabia ó necia,
Que tu dicha quizá estaba conmigo,
Y acaso estaba tu desdicha cierta.

¿Quién sabe de las almas el destino?
¿Quién lo que arcano el porvenir encierra?
De la vida los pasos mal seguros
Rige esta duda con su mano yerta.

Que Dios te salve á ti, mujer, al menos,
Del mar del mundo y sus ocultas peñas,
Y olvídame si te hacen venturosa;
Mas no me olvides, no, si tienes penas.

Que al enjugar el llanto inmerecido,
Lícita acaso te será la idea
De que el invierno cano te ofrecía
Lo que no te dió al fin la primavera.

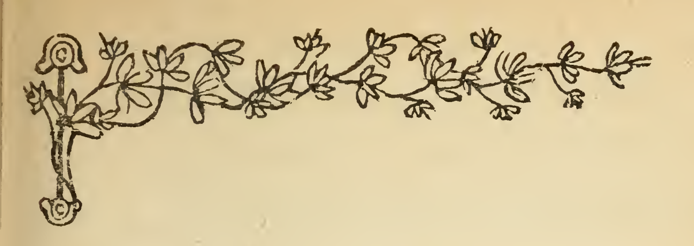
Y yo te quiero tanto, que, á las veces,
Mi loca fantasía se contenta
Con pensar que la injuria de los años
De ser tu amigo me dará licencia.

Feliz cualquier edad será en que logre
Que me ofrezca tu hogar horas serenas,
Siendo tan sólo mi pasión reliquia
En el altar de tu virtud suspensa.

También al fin la escarcha de la vida
Mezclará en tu cabello blancas hebras;
Mas lo suyo le queda siempre al alma,
Y tu alma vale aún más que tu belleza.

Cantaba así cuando, al dejar las olas,
Tornóme ella á mirar, mas ya risueña;
Y huí, porque virtud no me faltase
Para ponerme, sin robarla, cerca.





AL MIÑO

Aguija ¡oh Miño! tu corriente tarda,
Ya que en su verde seno el mar cercano
De riza espuma, como siempre cano,
Y con su eterno cántico te aguarda.

Lo que al hombre, entretanto, le acobarda
De su vida en el breve cauce arcano,
Es que, inquiriendo, lo recorre en vano,
Si el bien que logra el porvenir le guarda.

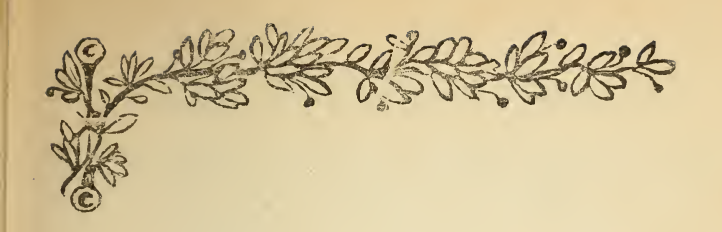
Dígalo yo, que á aquesta luz de luna,
De un río, rival tuyo, en otro estío
Contemplé sin envidia la fortuna;

Y hora estoy tan sin ella, patrio río,
Que tu propia hermosura me importuna,
Porque no tengo cerca al dueño mío.





FANTASIAS



I.

Jamás en aposento solitario
Entrar he visto sin placer la luna,
Y esta noche el cercano campanario
La esconde, y lo reputo gran fortuna.

¿Por qué á ofrecerme su amistad serena,
Cuando estaba pensando en ti, venía?
Si alivio hubiese á mi incurable pena,
Pensar en ti sin tregua lo sería.

Dejen los astros de la noche fríos
En abandono obscuro mi desvelo,
Que para contentar los ojos míos,
Tu recuerdo no más pídole al cielo.

¿Á qué salir de la discreta sombra,
Donde aquí estoy en ocio adormecido?
Mejor dentro de sí te ve y te nombra
El alma de tal suerte y sin ruido.

Falta no hace la luz, pues resplandece
Tu imagen de por sí en mi pensamiento,
Y tu sola memoria desvanece
Cuanta tiniebla engendra el firmamento.

Desde aquí tu mirada siento lenta
Que me abrasa cual sol de mediodía,
Y tus hechizos mi mirada cuenta,
Como á la clara luz los contaría.

Gozo, en fin, con los párpados cerrados,
Pues á tu propia luz en mí te veo,
Y en algo burlo á los contrarios hados
Que robándote están á mi deseo.

Mas ¡ay!, que en tanto que te mira ausente,
Sufre, con todo, el alma enamorada
De un género de sed que de ti siente,
Y no puede apagar de lejos nada.

II.

De cierto claro día,
Topé yo á la alborada
Con una rosa fresca, y tan suave,
Que sin poder dudar, besos pedía,
Aunque el aire, y no más, la lengua sabe,
En que toda encarnada,
Y con llanto de escarcha lo decía.

Cogíla indiferente;
Su aroma respiré; beséla luego,
Cual se besa á los niños en la frente;

Mas no sé, de repente,
Qué interno, extraño fuego,
Qué viva ilusión loca,
Causa de tus agravios,
Á imaginar me trajo allí tu boca,
Y devoré las hojas con los labios.

¿Por qué esas tus miradas rencorosas,
Castigan ya mi engaño?
Mira que es fácil que en error tamaño
Cualquiera incurra aún, si embebecido,
Entre palabras oye deliciosas
Mucho más perfumada que las rosas,
Salir tu voz de su amoroso nido.

III.

Si tú, mi dulce dueño,
Del lecho entre las muelles almohadas,
En mí soñaras cuanto yo en ti sueño
Antes de que la aurora esté despierta,
Tímidas y pausadas
Sintieras mis pisadas
Vecinas de tu puerta,
Nunca á mi anhelo por desdicha abierta.

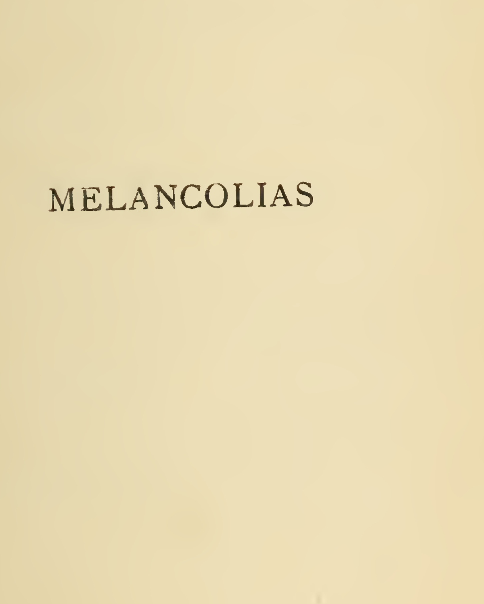
Soñaras quizá entonces,
Que sin crujir los gonces,
Por el resquicio estrecho penetraba,

En tanto que, sin miedo al suelo frío,
Tu cuerpo el lecho virginal vacío
Por magnético estímulo dejaba.
Mas, como al penetrar mi fe amorosa,
Por arte misteriosa,
No más que en puro espíritu entraría,
Sé yo que en el momento
Uno tan sólo con el tuyo haría.
Y así contigo al fin me juntaría,
Cual ves que los perfumes une el viento,
Que en tu cabeza hermosa
Diversas flores á la par exhalan,
Ó como en su armonía
Los pájaros que esconde la espesura
Las voces de distinto son igualan.

Mi soñada aventura
No pasó más allá; pero quisiera

Que hubieses tú soñado eso siquiera
Para igualar en algo mi ternura.
Ni esquiva ya te tapes los oídos,
Porque es mi amor tan puro,
Que en espíritu solo, y por lo obscuro,
Allí se deslizó, dejando fuera,
Bajo cárcel estrecha, los sentidos.
Mas ten, ¡ay!, por seguro,
Que aquestas dichas, al amor negadas,
No siempre han de quedar para soñadas.





MELANCOLIAS



I.

¿Por qué te encuentro en la arboleda verde
Cuando la luz declina?
¿Qué buscas por allá, rayo del alba,
Del alba de la vida?

Triste es de ver la sombra que te sigue
Y rauda se desliza,
Ennegreciendo al par que tu cabeza
Las rojas nubecillas.

Tristes están los árboles confusos
Entre su densa umbría,
Y hasta las aguas, que de luto visten,
Si luna ó sol, no brillan.

¿Qué logras, entretanto, azul de cielo,
Con la tardanza esquiva?
¿No ves que á cada ocaso, de dos soles
El orbe así se priva?

¡Ah! Bien sé yo que el alma enamorada,
Con suerte mal propicia,
No más que en una claridad se goza:
La que lleva en sí misma.

Si tal tienes la tuya, esas tinieblas
Ninguna luz te quitan;
Como no ha de esconder, por muy obscuro
Que el tiempo esté, tu dicha.

Comprendo así que de la sombra seas
Tan consecuente amiga,
Y que desdeñes los seguros triunfos
Con que la luz te brinda.

Los rayos de tu amor, del sol rivales,
El alma te iluminan,
Tan claros de la noche en el misterio,
Como hacia el mediodía;

Mientras alguien la pena de no verte,
Tal vez pensando, alivia,
Que el ocaso del sol no es el que sólo
Te guste á ti en la vida.

II.

Bien quisiera ocultarte que devoran
Mi corazón los celos,
No de hombre alguno, pues te quiero tanto,
Que á sospechar no acierto.

Mas si levanta en tu cabeza el aire
Algún rizo ligero,
Los celos nacen de que no es mi mano
Quien lo torna á su puesto.

Maldigo las violetas que te clavas
Con alfiler al pecho,
Porque no soy perfume alado en ellas
Del que se mete adentro.

Y si al abrir temprano los cristales
Ocupa el sol tu lecho,
Yo no le envidio que ilumine el orbe;
Lo que le envidio es eso.

Más que á la mar aun donde te bañas,
Odio al pez, que recelo
Que pasa y pasa, sin que tú lo adviertas,
Muy vecino á tu cuerpo.

Y detesto á la lluvia, en fin, si logra
Darte en sus gotas besos;
Mas ¿qué mucho, si al verte andar de prisa,
Ser polvo echo de menos?

III.

¡Qué triste hallo al presente la arboleda
Donde verte lograba en otro tiempo;
Las ramas calvas, y sus hojas de oro
Dispersas por el suelo!

Era, ¿te acuerdas?, la apacible hora
Que el fin alumbra del ocaso lento,
Aquella en que un instante ver solía
Tus hondos ojos negros.

Pasabas, cual relámpago de estío,
Dejándome al pasar de amores ciego,
Por este propio sitio en que soy árbol
Cuanto otro de aquí seco.

¡Como el minuto que en venir tardases
Contaba entonces mi impaciente anhelo!
¡Y en qué fúnebre calma vivo ahora
Desde que no te espero!

Al fin el bosque del otoño herido,
Por mucho ya que nos iguale el duelo,
Seguro tiene su follaje verde
Para el vecino invierno.

Mi suerte es otra, que del ser la savia,
Pues te he perdido, para siempre pierdo
Planta sin primavera, aprisionada
Por perdurables hielos.

¿Qué me dicen las tardas nubecillas,
Allá apiñadas al confín del cielo?
Cual ellas era mi esperanza hermosa,
Y, sin embargo, ha muerto.

En balde acá me quejo, ¡oh bella!, en balde,
Que es quien recoge mi palabra el viento,
Y al modo se la lleva que del agua
El inútil estruendo.

Pero, si no contigo, en adelante
Departiré con tu memoria al menos,
Maga invisible, que aunque en mí resida
Siempre me habla de lejos.

Ella me cuenta con su risa alegre,
Que hoy ya me hiere cual agudo hierro,
Los largos días que viví dichoso,
Porque pensaba serlo.

Ella repite, pérfida, á mi oído
El encanto inseguro de tu acento,
Al ofrecerme lo que no me cumples....
¡Y ni quejarme puedo!

¡Ah, pobres hojas que la pompa antigua
Vais arrastrando por el polvo yerto;
No imaginéis que de mi suerte dura
Sois, ni con mucho, ejemplo!

Si os priva al fin, como de vida frágil
Nos priva á todos, el no ser eterno,
Al cabo no guardáis, por vuestra dicha,
Cual yo tales recuerdos.

No el morir, sin saber qué es esperanza,
No el morir, sin querer cuanto yo quiero;
¡Lo duro es ver un bien sin fin soñado
Cuando nos falta luego!

En tanto, cuando aquí cierra la noche
De la arboleda los profundos huecos,
Paréceme, á las veces, que á mi lado
La voy como sintiendo.

Súbito así me encuentro tan dichoso,
Y aún más que nunca, me sentí despierto;
¡Como que pienso que, flotantes, rozan
Mi rostro sus cabellos!

Y hasta imagino que en el aire obscuro
Respiro á ratos su vecino aliento,
Cual si á verme viniera todavía,
Callada y con secreto.

¿Eres tú, de verdad, mi dulce amada?
Diciendo está mi corazón que es cierto;
Pero á punto contigo me ha engañado,
Que ya yo no lo creo.

Mejor creyera que á la media noche
Los linos tiemblen de tu casto lecho,
Porque, soñando, sin querer los mueva
Tu corazón inquieto.

Que al fin las apariencias te condenan,
Aunque juez no te aguarde en mí severo,
Pues te amo mucho para mal pensado,
Y eres aún mi dueño.

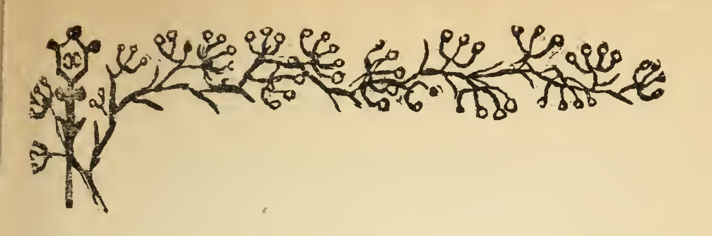
Sólo acuso á la suerte burladora
Que adula, y deja á lo mejor maltrecho;
De ti me bastará con que padezcas
Algún remordimiento.

Y quedad ya con Dios, mujer y selva,
Que de ambas juntas despedirme quiero....
¿Cómo ha de haber hoy verde en estos troncos,
Ni bien donde hay despecho?....





OLAS Y AMORES



I.

Lejos, allá muy lejos,
Viéndote estoy, la blanca ninfa, ahora
Constante burladora
Del agua fácil que tu cuerpo hiende,
Y flotas como flotan los reflejos
De la primera luz que el alba enciende
Sobre los surcos de la mar sonora.
El sol, en tanto, asciende
Del cenit á la ardiente cumbre, y raya

Toda inundando la riscosa playa ;
Mas yo no sé decir cuando á mí llega,
Si en las espumas nace que tú apilas,
Ó te roba más bien de las pupilas
El vivo resplandor con que me ciega.

II.

Yo bien te preguntara,
¡Oh mar azul y fría!,
Si tú pudieras revelar secretos,
Los de la ninfa mía,
Pues que ella, tan avara,
Sin tasa te confía
Cuantos niega á mis ojos indiscretos.

Mas ya que tanto ignore,
Sufre al menos que implore
De tus labios de espuma desiguales
Un beso, por el beso
Que hora le das y mi pasión no alcanza

Siquiera en esperanza
De sus honestos labios virginales.

Espuma que tal peso
Sobre su lomo frágil ha sentido,
No importa que esté amarga,
Y aun el besarla yo parece exceso;
Porque si al postre mido
Dichas tan cortas con pasión tan larga,
Á menos salgo de lo que hoy te pido.

III.

Deja el agua espumosa, sin recelo
De que mi vista tu pudor empañe;
Pues donde quiera que ella te acompañe,
Ha de mirarte como mira al cielo.

Y si fuera por mí, la arena parda
Siempre pisaras en la niebla oculta,
Que por lo mismo que te quiero tanto,
Si otro que yo te aguarda,
Conque él sospeche tu menor encanto,
Ya pienso yo que tu pureza insulta.

Ni hubiera claros días,
En que verte importuno
Lograra otro ninguno,
Ni aun si estuviese en mí, mujer serías,
Sino tan sólo idea
De las que Dios, en su esplendor sereno,
Como lo sumo de lo bello y bueno,
Más para sí que para el hombre crea.

Pero ya que este mundo
Te logra, y mujer eres,
Sígueme al menos, y hallarás, si quieres,
Otro mar en mi ser, vasto y profundo:
¡Un mar para ti á solas,
Con mis transportes de pasión por olas!

IV.

Era la tarde; huía
De esta playa, faltando tú, desierta,
Y al son de la campana que tañía,
De un templo humilde me encontré á la puerta.
No bajo el techo obscuro
Paré la planta incierta,
Sino en la hierba, alrededor nacida,
Que, por fúnebres losas oprimida,
De paz me pareció lugar seguro.

¿Cómo te aparecistes
En él también, mi dueño,
Con rostro amigo, y como está risueño

Cuando á la mar, intrépida, resistes?
No lo sé; mas quisiera
Que si por fin la vida se me acaba
Sin ti, cuidaras de volver á veces
Adonde la primera
Decirte pude ya lo que te amaba,
Para pagar mi fe siquiera en preces.

Y, ¡oh, si un tiempo llegaras allí amante
Por ver mi tumba! mármoles ni bronces,
Ni ángel lloroso de cincel divino,
Envidiara ya entonces,
Que tú para mi gloria eres bastante.
Ni es mucho desatino
Pensar en esto yo; que si el destino
La dicha que me niega en otra parte
Allí me ofrece, y solo he de tenerte
Donde reina la muerte,
Quisiera pronto ir para aguardarte.

V.

¡Cuán triste en estas rocas,
Cuán triste zumba el mar porque te has ido!
Que ya ni su rugosa frente tocas
Con ágil brazo, ni bullendo osada
Su cabellera blanca en dos repartes,
Quedando en medio cual joyel plantada;
Ni ya en girones partes
Con tus caricias locas
Su manto en hondos pliegues recogido,
Y de azul, verde y plata entretejido.

No estás aquí ya, en suma,
Tú que templabas su iracundia impía,

Y el mar convoca la siniestra bruma,
Y á la borrasca llama tronadora
Para azotar de nuevo sus arenas,
Tranquilas ¡ay! un día,
Ó bella nadadora,
Cuando eras de él cuanto de mí señora,
Y juntos arrastrábamos cadenas.

VI.

Dime: cuando á la danza
Por los espacios del salón ardiente
La música te lanza,
Doblada al pecho por pudor la frente,
¿Del todo el agua olvidas transparente
Donde la mar te mece en el verano,
Y aquella de mi amor tenue esperanza
Criada en sus arenas
Y sus brisas serenas,
Que guardo siempre, aunque la guarde en vano?

Vuelve allá, que el destello
Del más claro diamante no se iguala

Al brillo de la gota que resbala,
Cuando sales del mar, por tu cabello.
Siquiera la memoria
Vuelve ya al mar y á mí que en su ribera
De este mundo olvidé ambición y gloria
Por consagrarte la existencia entera.

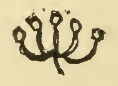
Perennes, entretanto, mis cuidados
Te siguen vigilantes, y mis celos
Acaso despechados,
Por los floridos suelos
Que en el tropel hollando vas ligera;
Y si alguien, mientras pasas, los latidos
De mi azorado corazón notara,
Uno al menos por sílaba contara
De las que al par escuchen tus oídos.

VII.

Cuando te encuentro por el prado verde,
Suele estar ya para morir el día,
Y, al tiempo mismo que el del sol, se pierde
Tu rostro luego entre la sombra fría.
Vívido reverbera
El sol que va á partir, y en haces de oro
Su último rayo envía
Al suelo triste de la roja esfera,
Por los resquicios del pinar sonoro;
Huyendo á aquella hora
La luz crepuscular que te enamora,
Como la fácil ola que estremece
Tu cuerpo allá en el agua á cada instante,
Mientras camina al arenal distante

Donde la espuma de la mar fenece.
No hay duda, todo acaba
En el prado, en la mar, ó en esta vida;
Sólo yo pienso aún como pensaba.
Mas ya con pronto paso
También llega mi ocaso,
Y están mis pensamientos de partida.

Sólo, si el alba de tu ser fecunda
Luz de su luz me presta,
Cabe que ella me infunda
Vida nueva, en que darte amor eterno,
Triunfando así, cual del escueto invierno
El pino triunfa en la inmortal floresta.



SEGUNDA PARTE

QUEJAS Y DESENGAÑOS



SERENATA

Perdóname que cante
De desengaños;
Pues cuanto más te miro,
Tantos más hallo.

No, Luz, pretendas,
Que calle el por qué muero,
Ya que me muera.

Figúrome tu boca
Taza florida,
Y tus dientes rocío
Que la salpica;

Pero no es cierto;
Que sólo dan tus labios
Espinas luego.

De tu hermoso cabello
Los rizos blondos,
Ó rayos de sol fingen,
Ó hebras de oro;

Y son cadenas
Que mi preso albedrío
Arrastra eternas.

Si se inunda de risa
Tu linda cara
Y si hoyuelos en ella
La nieve labra;

Cárceles duras
Son tan blandos albergues
De quien los busca.

Y la luz de tus ojos,
Niña, semeja
Al resplandor lejano
De alguna estrella.

¡Ilusión frágil!
Que el fulgor es que lanzan
Las tempestades.

¿Por qué buscas amantes,
Ya que los matas ,
Ó, viviendo, parecen
Fuentes de lágrimas?

¿No temes que ellas
Te ablanden, como el agua
Que ablanda piedras?

Déjalos, que por malo
Que ande este mundo,
No han de hallar semejante
Dolor ninguno,

Al que padece,
El que, por sus pecados,
Niña, te quiere.

Nunca han sido más ásperas
Que tú las rocas,
Ni tan fríos los hielos
Que las coronan;

Ni tan obscuro,
Cuanto el de mi ventura,
Ningún sepulcro.

Que, aunque tristes, verdades
Al fin ofrece,
Lo mismo que la vida
La austera muerte;

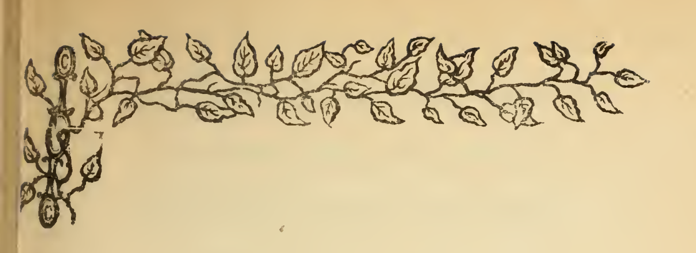
Pero tu cara,
Si de cierto da penas,
Miente esperanzas.

Y las de estas, que inspiras
Con tus hechizos,
Gústate despeñarlas
Por los abismos;

Que á tus enfermos
Les receta la muerte
Su propio médico.

No te apartes, con todo,
De la ventana,
Y engáñame siquiera,
Ya que me engañas;

¡Ay, porque anhelo,
Mariposa, en tu llama
Morir ardiendo!



PRIMERAS QUEJAS

No me robes altanera
La luz de tus ojos bellos,
Porque es, Elina, quimera
Pensar que de esa manera
No haya de andar yo tras ellos.

Y en vano esperas que impío
Tu ceño mi amor deshaga;
Pues, aunque niña, bien mío,
Sabrás que por miedo al frío,
El sol su lumbre no apaga.

Con risa me oyes, y al verte
La boca entreabrir serena,
Pienso yo que de igual suerte
Suele abrirse la azucena
Que tanto perfume vierte.

Bien que mires con enojos,
Del Alba nadie antepone
La luz á la de tus ojos,
Ni á sus colores pospone
Los tuyos blancos y rojos.

Y aun dicen que porque fuiste
Copiada del propio cielo,
Con frecuencia pareciste
Tan cerrada á mi desvelo
Cuanto el cielo en noche triste.

¡Ay, pobre del que á tus rejas,
Para ablandar tus rigores,
Cantó unas cuitas ya añejas,
Y viniendo por favores,
Se fué con más duras quejas!

¡Pobre del alma rendida,
Si en querer busca descanso,
Que en este mar de la vida
No ofrece el agua remanso
Para la barca perdida!

Llorando á orillas del río
Un tiempo á solas mis cuitas,
Vi que en su fresco rocío
Regaba el alba de estío
Las pobres plantas marchitas.

¿Por qué, pues tantos dolores
Me causan tus ojos bellos,
Como en el alba las flores,
No logro remedio de ellos
Para mis tiernos dolores?

Bien que amara siempre en vano,
Y cual ardiente verano
Secaras tu propio riego,
Diérale á mi pecho insano
La lástima algún sosiego.

Y no que desdén impío
Tan solo alcanza mi amor,
Con vano empeño, sol mío,
Que para tamaño ardor,
Ni aun tiene el invierno frío.

Y con igual vana espera
Me escondes los ojos bellos,
Elina, cuando es quimera
Imaginar que pudiera
Dejar de ir nunca tras ellos.





CONSEJOS

Niña de pocos abriles,
De honesta y dulce mirada,
La de los cabellos blondos,
La de las mejillas blancas;
Escucha las que te mando
Melancólicas palabras,
Que son de temprano otoño
Hojas, de secas, doradas.

Tú eres lirio que en el valle
Engendran la luz y el agua,
Y el amanecer, tu frente
Ciñe de fúlgida escarcha,
Y todos te envidian, todos,
Cuando por tu lado pasan;
Y robarte todos quieren
Del ramaje que te ampara.

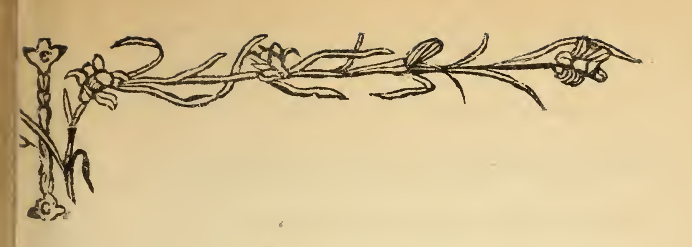
¡Ay de ti si fácil eres!
¡Ay de la rosa temprana
Que al rayo de mediodía
Sus hojas expone incauta,
Ó, en capullo á los cabellos
De una beldad enlazada,
Va á ser de amores reclamo,
Entre las hirvientes danzas!

Tú eres la tórtola tierna
Que de chopo en chopo vaga,
Juntando amantes arrullos
Á los rumores del alba.
¡Ay! Cuenta con que milanos
Por la floresta encumbrada
No acechen tu vuelo, hambrientos,
Para clavarte sus garras,
Y cualquier aire se lleve,
De tu seno desgajadas,
Las doradas leves plumas
Con que vives tan ufana.

Niña de cándido pecho,
La de las mejillas blancas,
No quiero yo, no, que anuble
Mi cautela tu esperanza.
Si enciende el amor tus ojos,

Y á la postre te avasalla,
Bien que obediencia le rindas,
Pura siempre ten el alma.
Y verás, tórtola tierna,
Flor del valle solitaria,
Correr los años tranquilos
Hacia vejez venerada,
Como acaban en la arena
Del mar las espumas mansas;
Como el canto de las aves
Apacible suena y pasa,
Y en las ondas del gran río
Las del breve arroyo paran;
Ó cual se trueca de ocaso
La luz en noche estrellada....
Y hacen punto aquí, ahora mismo,
Estas amigas palabras,
Que acaso no han de dejarte,
Por serlo, regocijada.





AUSENCIA

Ya no te espero, Blanca,
Al lleno de la luna, entre la sombra,
Y ayes la voz me arranca
Siempre que en balde sin querer te nombra.

Ya no te espero; lejos
De mi lado te aparta tu destino:
¿De qué luz los reflejos
Darán hoy claridad á mi camino?

Ni sé ya, amada mía,
Adónde llevaré este paso incierto;
Que, falto de tu guía,
El fuego de mi ser parece muerto.

Cuando la faz redonda
Mire en el cielo, de la dulce luna,
La vista acaso esconda
Por no echar tan de menos mi fortuna.

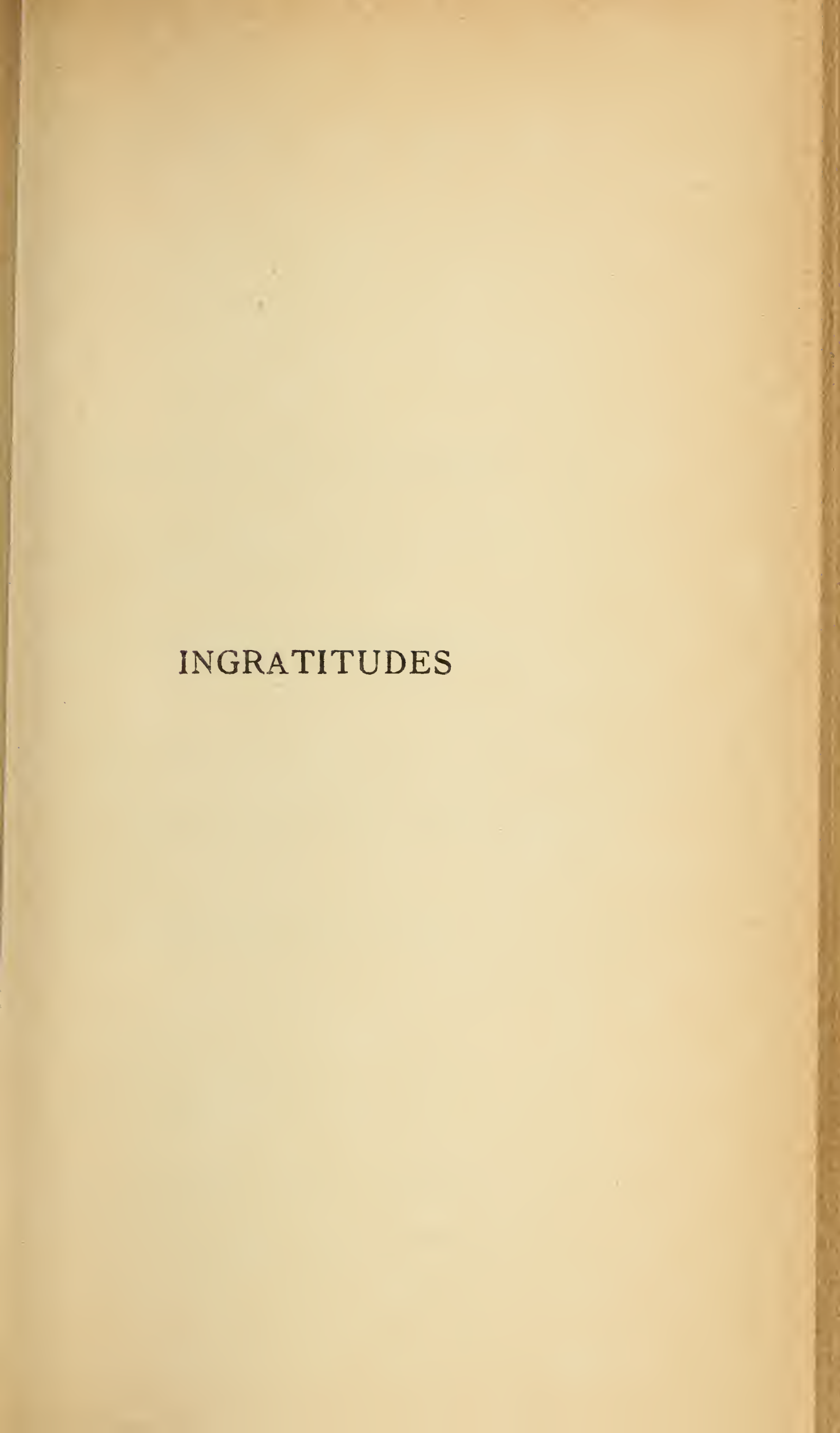
Quizá no busque el viento,
Aunque abrase mi pecho un largo Estío;
Pues tan sólo tu aliento
Vida le daba, respirando, al mío.

Placer ninguno anhelo;
¿Ni cuál será placer que tú no ofreces?
¡Ay! Prefiero al consuelo,
Beber de tal dolor hasta las heces.

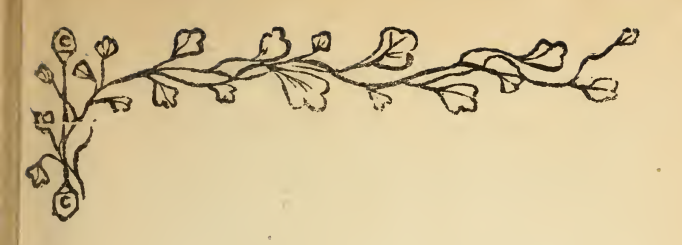
De tanta desventura
¿Quién de hoy más ha de ser amiga cierta,
Si no ya mi amargura
Y el velo triste de la sombra yerta?

¡Blanca, adiós! De mi vida
Has sido un sol, cuanto fugaz, risueño:
Pues noche es tu partida,
Deme Dios pronto y para siempre el sueño.





INGRATITUDES



I.

No pienses que eres tú misma
Quien causando está mi duelo;
Por la falsa imagen lloro
Que engendró mi pensamiento.

Ella al fin era hija mía,
Y es razón que la eche menos:
Quimeras de cortos años
Que nunca ya tornan luego.

La que adoré yo ella era,
Y no más tú que su espejo,
Que en frágil vidrio formado
Quebróse al menor encuentro.

Tú falaz y ella sincera,
Ella amando, tu fingiendo,
Otra te vas tú sin ella,
Yo con ella el mismo quedo.

Y como tengo mandado
Que por ti toquen á muerto,
Si de nuevo hacia aquí vienes,
Te harán la cruz como á espectro.

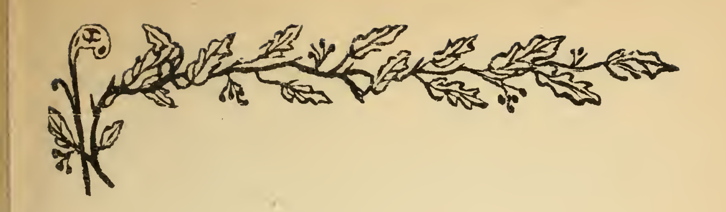
II.

Hojas de una encina en polvo
Guardadas, como recuerdo
Del amor que yo creía
Cuanto el tronco aquel perpetuo;
Con el viento idos ya ahora
Tras de los suspiros tiernos
Con que obtuve de la amada
El dulce favor primero.
Sin duda el materno tronco
Ha de estar siempre contento,
Cual debe, entre los desnudos,
El que nunca se ve seco;

Y acaso recuerde el día
Que me diera alegre asiento
Con mujer que algún capricho
Tomó por formal empeño.
Mas, por Dios, no le contéis
(Que bien se mofára de ello),
Á la encina si os llevase
Para allá otra vez el viento,
Que juzgué mi bien seguro,
Y hasta el punto anduve necio,
De imaginar un instante
Que hablaban verdad los besos.
¡Ay! Ellos, y los suspiros,
Mucho valen, si el aliento
Juntan en uno de dos
Que el amor enciende á un tiempo;
Mas sólo son aire á veces,
Como el que pasa moviendo
De vuestra encina las hojas,
Por maligno pasatiempo.

No retardéis más vosotras,
Pues tenéis licencia, el vuelo,
Ya que en átomos fugaces
Habéis de trocaros luego.
Y si acaso las mudanzas
Que nacen de humanos pechos
Dar á entender pretendéis
Á quien goza de lo eterno,
Procurad, digo, que ignore
Cuánto el bien fué pasajero
De una historia, que conviene
Que pronto mate el silencio.





CONTRADICCIONES DE LA SUERTE

I.

Rara contradicción en ti presenta,
Bella, dulce mujer, la humana suerte:
No teniéndola tú, según se cuenta,
La tienen los demás con sólo verte.

Cuando en los tuyos pasas embebida,
Un triste pensamiento así me asalta:
¿Cómo dar con el bien en esta vida,
Cuando á ti, que eres fuente de él, te falta?

Crüel debe de ser, aun más que incierta,
Cuando te frunce á ti la suerte el ceño,
Ya en el lecho feliz te halle despierta,
Ya en los descuidos del inquieto sueño.

Que no falta quien ser quisiera luna,
Por si burlando entonces tus cristales,
Hurtábate secretos que en ninguna,
Si no es en ti, han de ver ojos mortales.

Otros envidian, por tu causa, al viento,
De ti cercano en invisibles giros,
Que duerme, cuando duermes, en tu aliento,
Y se despierta luego en tus suspiros.

Mas todos tienen de la suerte quejas,
Como las tienes tú; que esa hermosura
Su bien se guarda inútil, y tú dejas
Viéndote, un mal que la virtud no cura.





DESPEDIDA DE ALICIA

Adiós, imagen cara
De un bien que ya he perdido,
Y eterno imaginara:
Oculto blando nido
De mis horas estériles: hoguera
Muerta ya, viva ayer, donde acudía
Por luz y por calor el alma mía.

Mi dicha al cabo era,
Cual todas, pasajera,
Y así se aleja, Alicia, de esta vida,
Como nave ligera
De impensada tormenta perseguida.
Dióteme Dios en vano
Cual dióme ya y quitóme presurosa
Su inexcrutable mano
Padre, madre y esposa.
Beldad altiva y para mí indulgente,
De todo mal consuelo,
Eran bastantes de por sí tus dones
Para que el alma apeteciera el cielo,
Donde deben tamañas perfecciones
Lograrse únicamente;
Mas me faltas también y solo en tanto
Que roto el hilo acaba
De nuestra larga, misteriosa historia,
Contemplo hoy con espanto
Del mundo extraño la corriente brava,

Sin otro confidente que este canto,
Ni más arrimo ya que mi memoria.

Perdona si, indiscreto,
Por eso á la voz fío
Algo de aquel dulcísimo secreto
Que tan sólo hasta aquí fué tuyo y mío.
Y, ¡ay! ¡ójala que el llanto
También corriese por mi rostro á solas,
Como el tuyo, aliviando mi quebranto
Con sus amargas olas!
Que tú lloras, amiga,
No sé por qué, mas lloras; y el hirviente
Raudal que en tu alma brota
Y tus mejillas pálidas fatiga,
Ni riega ya mi frente,
Ni en mi labio se agota.
Juguetes de una suerte, entrambos, triste,
Lloras tú solo, y con los ojos secos

Aquí yo, al par, envío
Á los fugaces ecos,
De aquel bien que me diste,
Por única reliquia el duelo impío
Del corazón vacío.

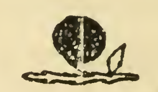
Hubo tiempo en que siempre la esperanza
Forjábanos posible lo imposible,
Mientras la alegre y fácil confianza
Velaba el desengaño aborrecible.
Pero ¿ves? Pasó ya. Como desata
El nudo fácil de la niebla el viento,
Todo, en breve momento,
Cesó, menos tu ingrata
Beldad, Alicia, ahora
Tan grande cuanto fuera
De nuestro amor en la feliz aurora.

Perenne primavera
En ti reina y florece,
Y aun del tiempo la mano pronta y dura,
Si mata mi ventura y tu ventura,
Quizá el hechizo de tu ser acrece.
Cuando la vez postrera
Besé tu boca de pasión temblando,
Corrió más raudo fuego en mis sentidos
Que nunca, y nunca resonó tan blando
Tu adiós, cuanto el postrero, en mis oídos.
Mas ¡ay! que esa hermosura
Sólo puede ser ya memoria arcana,
Que añada á mi presente desventura
Del imposible bien la imagen vana.

¡Oh! Queda adiós, Alicia,
Flor única en fragancia,
De mis ojos ternísima delicia;
Adiós, y tu inconstancia

No culparé, sino que el sueño puro
Que imaginó verdad mi mente ciega
Y yo tomé por inmortal seguro,
Su desengaño dilatar no puede;
Que Dios amor eterno, en fin, me niega
Porque al destino del mortal excede.

Recibe mi adiós último: la tierra,
Donde lealtad y dolo
Riñen continua guerra,
El bien ignora que gocé en tu seno;
Y yo, ¡ay de mí!, lo conocí tan sólo
Para vivir de tus recuerdos lleno,
Cuando ya tan de veras te he perdido,
Que ni logra mi voz herir tu oído.





MENTIRAS DE AMOR

No ha mucho, ¡oh bella!, que por mí llorabas,
Cándida niña, enamorada y sola;
No ha mucho, y ya tu corazón sensible,
Por otro amante, en soledades llora.

Y es que el amor da dichas como rizos
Que el viento coge en las marinas ondas,
Y si los lleva hasta la blanda orilla,
No bien espiran que su arena tocan.

Y es que la luz de la pasión que enciende
La voz del hombre en la mujer que adora,
Como la nube que el ocaso pinta
Se apaga al punto en la vecina sombra.

Y es que el cariño en la mujer es árbol
Que pide á cada Mayo nueva pompa,
Porque, sin falta, en el otoño envía
Al viento fácil sus doradas hojas.

¡Ay! Mentiras dulcísimas que el alma
Olvida cada vez que se enamora;
Seguid, seguid á la beldad sensible,
Que, porque miente, amándola se goza.





INVECTIVA

¡Cuántos azules ojos
Han mentido pureza en tiernos años!
¡Cuántos labios en joven sangre rojos
Abrirse he visto á balbucir engaños!

¡Ah pérfida belleza!
¡Cuán poco dice la verdad tu hechizo!
Para mí no del bien, señal te hizo
De nativa maldad naturaleza.

Como capa de hielo
Que cuanto cubre quema en su frescura,
Si el color la mujer luce del cielo,
Mas pronto da un infierno de amargura.

¿Y qué es cierto ó mentira
En el beso de amor que tan bien sabe?
Quizá mientras mayor delirio inspira,
Menos la hermosa de sentirlo acabe.

¡Oh! Tú, á quien yo creía
Celeste cual tus ojos, y tan pura
Como la intacta nieve en que tenía
Rival tan solo tu falaz blancura;

También el mar ofrece
El propio color tuyo, y en sus olas
Muchas veces el náufrago perece,
Con la terrible inmensidad á solas.

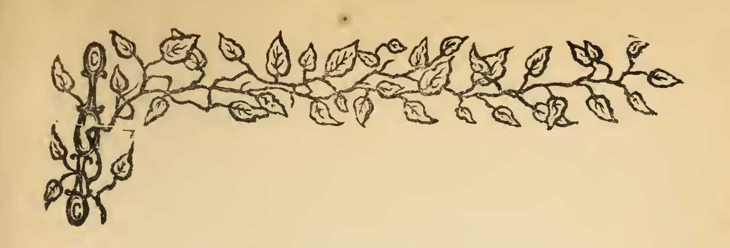
Dechado de inocencia,
Tan sólo en tus adentros desmentido,
Que á mi ver con igual indiferencia
Al pecado que al bien prestas oído;

Cristal, si no de roca,
De transparente al fin y rico vaso,
Que, por de néctar, me llevé á la boca,
Cuando en ponzoña rebosaba acaso;

No más este alma adules,
Sedienta de ideal y de esperanza,
Fingiéndola en tus ojos por azules
Lo que en ningunos de verdad alcanza.

Que apenas mujer eres,
Y no hallo, en suma, en tu belleza clara,
Sino máquina tosca de placeres,
Que, cuando toca al corazón, se para.





EN UNA MALA HORA

Eterno amor me juras....
¿Qué sabes tú, alma mía,
Lo que ha de hacer de ti en horas futuras
La mano del Destino austera y fría?
No jures, no. ¿Me quieres?
Lo dices, y te creo
Cuanto creyera un día
Las promesas de amor de otras mujeres,
Que luego en aire convertidas veo.

Hermosa estás, Inés, y tu hermosura
Con el cariño aumenta,
Que en tus ojos ternísimos fulgura
Y tu franca y sonora risa ostenta.
Ni mentiras ni agravios
Manchan aún tus labios,
Perenne manantial de verdad pura.
No temas, pues, que ingrato desconfíe
De ti, mujer, ahora,
Ni que en sus hielos mi experiencia enfríe
Esta hoguera de amor que nos devora.

Si hay también para el árbol de la vida
Un otoño por cada primavera,
Y sólo su ramaje nos convida
Con fruta pasajera;
Si es de la dicha disoluble el lazo,
¿Qué hacer, ingenua Inés? En mi regazo

Disfruta, mientras dura
En ti el amor, en mí la confianza,
La inefable aunque rápida ventura,
Que en el amar y confiar se alcanza.

¿No te basta?.... Perdona
Que ahuyente ensueños de tu edad temprana;
Esto que digo, y mi experiencia abona,
De ciencia propia lo sabrás mañana.
Mira, Inés, que tan bella
Como tú, Blanca fué: cuantos provoca
Besos la tuya me pidió su boca,
Y en los delirios del amor liviano,
Muchas más veces ella
Juróme eterna fe, y juraba en vano.

Maldíjela yo, llenos
Los turbios ojos de furor y llanto
Algún tiempo, y serenos
La ven ya, si la encuentro, sin espanto.
Ni aun quiero, cual quería,
Que mi memoria sus recuerdos huya,
Porque harto enseña la experiencia impía
Que no fué culpa suya:
Túvela yo, pues que la amaba tanto;
La tiene el necio que de amor se fía.

Mas entiende ahora bien, que en ti confío
Y pienso, Inés, que á todos me prefieres,
Pues que lo dices, y eres
Incapaz de fingir el desvarío
Conque el amor nos presta sus placeres.
Cierto es el tuyo, cual sin duda es cierta,
Mientras que vela al sol por un instante,

La niebla obscura y yerta;
Como la breve llama rutilante
De que es reliquia la ceniza muerta;
Muy cierto, pero pasa, y algún día
Mentira acaso te parezca ó sueño
Esto de ser tan mía,
Al verte ya en los brazos de otro dueño.

Pues lo contrario piensas y lo dices,
Es, Inés, justa cosa,
Que, amándonos los dos, sin pena alguna,
Vivamos hoy felices,
El porvenir pintando de oro y rosa.
Ni sé por qué importuna
De pronto, fijo en él, viene á mis ojos
Una lágrima, una,
Que amarga esta fortuna,
Llenándome de inútiles enojos.

Que otras son tus caricias,
Parece, y que más frío esté tu seno;
Nublado en parte nuestro amor sereno,
Cual de la tarde turba las delicias
El eco á veces de lejano trueno.

Loco debo de estar pues todo pasa,
Y eterna, sin embargo, te quisiera;
Sé bien que el tiempo cuanto eleva arrasa,
¿Y ves? Persisto en la fatal quimera;
En mentiras, por fin, mi ser consumo,
Palpando el aire y persiguiendo el humo.

Refresque ahora tu llanto,
Mujer, mi lacia frente,
Y déjale que corra y corra, en tanto

Que no acierte yo á hablarte alegremente.
¡Cómo no ha de acabar cuanto queremos,
Si acabamos también nosotros mismos,
Y de la dicha, mientras más extremos
Tocamos, más á nuestros pies tenemos
Abiertos del sepulcro los abismos!
Triste consuelo acaso;
Mas no sé de otro para ti, querida,
Ya que te apena el natural ocaso
De este sol que hoy te ve conmigo unida.

¡Ay! Todo acaba, Inés, todo; y es triste
Seguir corriendo mundo,
Cierto ya de que al tiempo no resiste
Ni el amor más profundo.
Morir, después, sin que piadoso el eco
De voz amada y fiel un punto anime
La postrer llamarada de la mente;

Cayendo al fin como del árbol seco
Ríndese el tronco al golpe indiferente
Con que el forzudo leñador lo oprime.

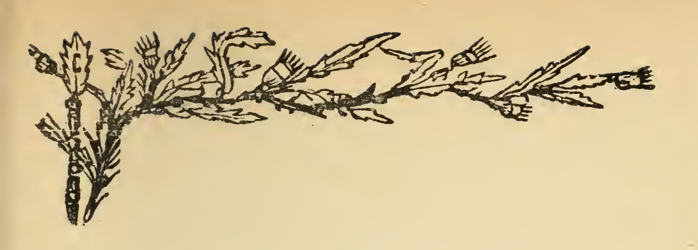
¡Mas, al paso, qué mísera mentira
Quien sueña amor eterno fantasea!
Nunca el cielo en su ira
Tanto de un hombre amargará el destino
Cuanto al hacer que imaginada sea
Por éste, á fin que la fatal idea
Le vaya atormentando en su camino.

Mejor fuera aunque necio,
Que una vez y otra del amor burlado
Ni sospechara que el objeto amado
Pudiese al cabo merecer desprecio;

Al desengaño el hombre endurecido
Podría eternamente amar, y amara
Por manera tan rara....
Mas ¡lloras, Inés, lloras!
Perdón una vez más, perdón te pido:
¿No te basta que sepa que hoy me adoras,
Que buena y firme hasta el presente has sido?
Ser suele empeño vano
Buscar fe ciega bajo el pelo cano.
¡Y si vieras cuán ruda
Es esta lid con la perpetua duda!

¡Ah! Por mucho que anheles que te crea,
Óyeme, Inés: no tanto
Podrás jamás apetecerlo, cuanto
El propio que hoy te aflige lo desea.





¡QUEJAS AL BALSAIN!

Bien os recuerdo, los perennes pinos,
Confidentes de amores pasajeros
Que inmortales pensé como divinos,
Y ni sé ya si fueron verdaderos.

Lóbrego está mi corazón ahora
Cuanto el espacio que pobláis frondosos;
Que más no espero, cual de tarda aurora,
Los pasos de la amada misteriosos.

Fué falsa aurora que mi ocaso triste
En roja luz y espléndida encendía,
Por capricho no más, que donde viste
La roca el musgo, á vuestros pies, mentía.

¿Lo recordáis? Tocábala, cual toca
La limpia luz del sol vuestra corteza;
Bien que llegase á merecer su boca,
Donde quien ama á delirar empieza.

Pero, bien pronto, más que dé rumores
La noche al campo cuando está vecina,
Temerosos, inciertos, bullidores,
Con que á temblar el corazón se inclina;

Indicios tuve de traición, primero
Que desligase la verdad mis ojos....
¿Y para qué, si á tal punto la quiero,
Que no he ganado sino más enojos?

¡Ah! ¡quién fuera también, hijos del monte,
Del cielo obscuro y de la nieve hermano,
Que no os insulta alegre el horizonte
Cuando sentís del leñador la mano!

Al hierro de éste iguala la mentira,
Que el casto amor cuanto el infame jura....
¿Cómo puede mujer que amante mira,
Luego mirarnos inconstante y dura?

Es cierto que la sed de amor que siente
Dentro el alma de sí, no en los sentidos,
Nunca la apaga el agua de una fuente
Con sus reflejos vana, y sus ruidos;

Que no ama de verdad mujer ninguna,
Si está de ser amada satisfecho
El femenil orgullo, tumba y cuna
De cuanto basta á alimentar su pecho.

El amor, de tal modo ansiado en vano,
Lógrase, si se logra, á la ventura;
Que el no buscado sólo es hondo y sano,
¡Todo fidelidad, todo ternura!

Y en cambio el alma á la mujer esclava,
Por cobarde, el imperio de ella afrenta,
Que la que al fin humilde amante acaba,
Primero en balde subyugar intenta.

Del vano ensueño, escarnio de la vida,
Puesto en mujer por ángel reputada,
Sólo así ofrece realidad cumplida
La que ama más que se conoce amada.

Ni hay que seguirla, porque á solas ella
El ídolo fabrique de su culto;
De oro ó barro, es igual; la luz destella
Por fin en él de su capricho oculto.

Merece sólo que beséis su planta,
Aquella que besárosla quisiera;
Ángel de veras que el amor levanta,
Del musgo entonces á la empírea esfera;

Y aun ella mentirá cuanto la esquiva
Que me mintió en el Balsaín mil veces,
No bien de un imprudente amor perciba
Que el suyo se le paga ya con creces.

Ha de ser, pues, ó parecer de roca,
Quien firme afecto de mujer desea:
¿Por qué, no obstante, anhela mi alma loca,
Lo que ella, y no más que ella, fantasea?

¡Mujer de pensamiento tan sereno
Cuanto su busto de belleza eterna!
¡Cándido dentro como afuera el seno,
Á par que la mirada el alma tierna!

¡Oh, quimeras, partid! Cuando mi frente
Se desplome en la fúnebre almohada,
Que no tenga á la ingrata ya presente,
Atormentando mi postrer mirada.

Ni me traigáis entonces, negros pinos,
Recuerdos de ella y de su gran mentira,
Porque pueda apagar con los divinos
Todos aquellos que me infundan ira.



LOS AMORES DE LA LUNA



I.

De noche tenebrosa nació un día,
Que halló de Caria en la llanura estéril
Al vagabundo Endymïon despierto.
No atiende ya, en sus ocios, al donaire
De la desnuda saltatriz, que apenas
Con los rápidos pies el suelo toca,
Ni ya visita el húmedo Ninfeo
Donde retoza el manantial, en brazos
De la hiedra piadosa, con que vive
La mal segura ancianidad del muro;
Y ha tiempo que los ciervos cautelosos

Tranquilos pacen por los prados, cerca
Del arco inútil con que á dicha obtuvo
De diestro cazador alto renombre.

Helo pálido allí, dudoso y lento,
Por donde opaco el sol de Latmos frío
Breves momentos entre nubes, dora
La cumbre blanca y la arboleda, ejemplo
Con sus desnudos troncos solitarios
De instable suerte á quien la suerte engríe.

Helo ya errante, en la del tardo río
Margen doliente que habitó contento,
Por alguien preguntando. Muda calla
Naturaleza alrededor, y vuelan
Unas tras otras fáciles las horas
Nueva noche trayendo á Caria, y luego
Van por el alba, y por el rojo ocaso
Después irán hasta que el tiempo acabe.

Insomne, en tanto á la alborada, insomne
Á la tarde igualmente, el duro vuelco
De su fortuna, cuanto el humo frágil,
Lamenta Endýmïón con roncas voces.

II.

Mujer, si diosa no, dudoso grita;
¿Quién eres, di, quién eres, que te ausentas
Al tiempo en que tan bien contigo estaba,
Que la vida á guardar sin ti no acierto?

Si este mundo te enoja, al que prefieras
Llévame luego, y trocaré gozoso
Por éste aquél; mas por si acaso paras
En alguna región terrestre, dime:
¿Quién así te ha de amar, ni cuál alegres
Hará tus horas, cuanto aquellas, Luna,
—Ya que este nombre preferir solías,—

Aquellas, digo, en que tu amor y el mío
Tales forjaban dichas inefables,
Que el astro á Venus consagrado pudo,
Por justa envidia, apresurar el paso?

¡Ay! Nadie, no; que si de aquí el destino
Por siempre te apartare, de perderte,
Consuelo, al menos, me dará muriendo,
El que en ti he disfrutado amor tan grande
Que en otro corazón no cabe humano.

Pero imposible que me olvides creo,
¡Oh Luna! tú que entre la sombra incierta
Viniste á mí de los primeros años.
Brillante luego en las borrascas broncas
Tu disco vi, como remota llama
Que al puerto, en alta mar, errante guía
La solitaria vela pescadora
De súbito huracán llevada lejos.

Si tarde, á cambio de tu afecto, el vivo
Te dije que inspiró en mí de repente
Aquel tu blando hechizo, culpa sólo
Mi exceso de pasión, que al nacer ella
Se mide lo honda que es por el respeto.

Mas siempre apeteciendo verte, cuando
Por fin te hallaba, con sospechas leves
De merecer tu amor dichoso era;
Y cuando con el alba me dejabas,
Harto más que del sol la luz, mis ojos
Anhelaban la tuya; que ya entonces
En secreto abrigaba amor tamaño
Cual este que publico triste ahora.

¡Qué recuerdo! Al crepúsculo en un bosque
Del floreciente Mayo perfumado
Con sus copiosas lilas pasajeras,
Estábamos los dos; tú pensativa,

Y en ira yo, de contemplar, celoso,
Que no eran sólo para mí tus rayos.

Entró la noche, y mi inquietud extraña
Tu vista hirió, nublándola. De pronto
En tu carroza alzásteme, y rompimos
Juntos la sombra de los aires vagos;
Sólo quizá por conciliarme el sueño
Besásteme después con faz tranquila;
Mas yo á tus pies caí con ansia loca,
No bien ardiente recogí en los labios
De tu pálida boca un dulce néctar
Que sediento bebí. Las inmortales
Glorias del cielo, en éxtasis mi mente
Por breve instante reflejó en seguida,
Y con suspiros tenues alternados,
Las letras de tu nombre al eco dije,
Que nunca supo repetirlo entero.

———

¡Instante sin igual!: de aquellos largos
Que en ti pensé, sin esperanza, opima
Recompensa por fin. De allí adelante,
Bien que tu faz menguara, bien creciera,
Bien te ausentaras tras la noche, al alba,
Seguro siempre te aguardé, que nunca
De la ausencia pasado el plazo breve,
Tus citas encontré ya más desiertas.

Si á la hora apacible en que la tarde
Su manto de carmín plegaba encima
Del llano fértil, mi ligera planta
Buscábate; con disco á veces de oro
Coronabas ya el monte, y pronta, pronta
Lugar me dabas en el áureo carro.

¡Oh, cuántas veces recorrí con risa
Las riberas así de esta corriente
Donde fuí tan feliz!; que si misterios

Ansiaba nuestro amor, púdicos olmos
Medio ocultos realzaban tus hechizos
Entre el follaje verde, que tejía
Con la sombra y la luz alfombra al suelo.

Ni olvidarás cuando bajaste al prado,
Rindiendo con el leve pie las hierbas
Que acuden prestas á la voz del río;
Y allí, trono y dosel, un sauce umbroso
Nos prestó suplicante. ¡Ah, cuán alegre
Volaba el tiempo aquel; lejos, muy lejos
Del bullicio del mundo y las estrellas!
¡Cuáles y cuántas, sin querer, oía
Promesas tiernas de tu amor el mío!

De vez en cuando el cielo mal propicio
Nos envió, cruel, las tempestades
Que fáciles engendran los veranos,

Brevemente naciendo á morir breves,
Y á las citas dichosas, las tinieblas
Te impidieron llegar: enfurecido
Dudara de ti ya, si en clara noche
No te hubiera encontrado luego, al mundo
Tranquilizando cándida, y asiento
No hallara al lado tuyo nuevamente.

Así, de este, sin ti menguado río,
Á aquel de hermosas flores nunca escaso,
En cuya margen la palmera dócil
Y el pino audaz, por el espacio aéreo
Sin miedo siguen de los vientos roncos
El vuelo de las aves con sus tallos,
Me llevabas; y así á las espumosas
Riberas de la mar, porque allí viese,
Cual esparcidos granos de diamante,
Del agua inmensa relumbrar las gotas,
Que el dique ataja de inestable arena.

———

¿Te acuerdas? Del collado descendiendo,
La corriente cruzó tu argénteo carro
Que los naranjos olorosos baña
Entre el monte y la mar, la tarde tibia
En que en un manto rojo me envolviste,
Porque tu luz gozara más á solas.

De peregrinas hojas, en los valles
De Caria ignotas, y pintadas flores,
Cuales no vió jamás el sol, tu cetro
En ramo allá juntaste: tu corona,
¡Oh reina de la noche!, las estrellas
Eran, que luego en derredor llamaste,
Por afrentar su brillo; y yo tu esclavo.
¡Esclavo que ojalá nunca limada
De cautiverio tal los grillos viera!

Contento, de ellos te seguí mil veces
Al perfumado romeral, que viste

La áspera cumbre con sus tallos frescos
Del lloro matinal; y sin dejarlos
Á ti, perenne, que al pajizo estío
Y al invierno desnudo desafías,
Osé subir, ¡oh cedro gigánteo!

Una brisa del mar se posó errante
En tu flexible copa, y te meciste
Con la brisa á compás. Alcé los ojos,
Y en la punta flotar vi, de mi amada
La clámide ligera, desprendida
De los ebúrneos hombros, que su frente
Con fácil vuelo, cual celeste nimbo,
Coronaba inmortal. Sobre tu tronco,
Celoso el corazón, lancéme, y luego
Me hallé en la cima excelsa, donde estaba,
Como á la espera del amor, la hermosa
Brindándome en sus labios nacarados
Y de emoción ya trémulos mil besos.

Jamás, jamás los pájaros que anidan
En la floresta varia al mayo, tantos
Formar supieron trinos amorosos
Cuales yo murmuré junto á su oído;
Del cielo cerca, y en sus brazos, pude
Más que humano juzgarme; ¿que los dioses
Tanto lograron del Olimpo, acaso?

Mas tú de mi sacrílega soberbia
Quisísteme curar, Luna, y á un templo
No lejos de Mileto me llevaste,
Que entre laureles y menudos mirtos
Alzase allí á Diana flechadora.

« Ven, me dijiste, adorarás devoto
» Á la deidad que quiere que en ti eterna
» Alguna cosa cuando menos brille,
» ¡Oh mimado mortal! Ven, y ante el ara
» Jura á inconstancia terrenal del pecho

»No abrir las puertas nunca, pues que gozas
»Cuanto no á la verdad los inmortales.»

Ya de la mano me conduce, hierbas
De olor cogiendo, al paso, junto al tronco
De un acopado plátano, vecino
Del pórtico marmóreo que severo
Su dórica belleza ostenta ufano;
Ya deposito mi sencilla ofrenda....
Mas por acaso la miré y al punto,
Ni las que el noble tímpano sostienen
Graves columnas, ni la celda sacra
Que visten alabastro y bronce, pude
Tranquilo contemplar. Arrebatado,
Los áureos granos recogí del ámbar,
—Ni sé si fué en sus labios,—que en la hoguera
De la cóncava piedra echar debía,
Porque propicia fuese al juramento
La diosa de mi fe; nubes azules
De incienso, ¡oh Luna!, juntos levantarse

Vimos luego á la atmósfera serena
Del cielo á la sazón. Aún me parece
Que aspiro aquel olor; ¿y tú lo olvidas?

¡Ay de mí; puede ser! Que en vano busco
El suave abrigo ya del blanco seno
Donde mi frente recliné, mirando
Subir el humo de la llama viva,
Que tú y yo alimentamos de aquel ara.

¿En dónde, en dónde estás, que ni en la roca
Donde rompe la mar, como otras veces
Solías, hoy me esperas? ¡Cuántas, cuántas,
Del mar dejando el fondo verdinegro,
En mis brazos te vi tierna y tranquila
Reinar también sobre el salado espacio!

Te he amado mucho allí cual donde quiera,

Mujer, lo sabes y lo sabe Venus,
La estrella solitaria que atendía
Con dulce pena á nuestro amor. Sentados
Debiónos ver, los besos que las olas
Al apartarse cambian de las peñas
Que incesantes azotan, con los labios
Imitando quizás, ó en el abismo
Mecernos á compás, ni de las nubes
Ni de las olas el furor temiendo;
Tal como naves que atrevidas buscan
El bien que allá en el puerto aguardan, sea
Que en su profundo seno hierva el agua,
Ó en monótono son baje del cielo.

———

Mas un mes y otro ya te invoco en balde,
Y ni en sueños te miro; que no rinde
Mis párpados la noche, ó, cuando duermo,
Antes que goce paz mi fantasía,
Vaga emoción, y súbita, los abre:

Y era grato soñar, Luna, contigo
Durante las amigas noches breves,
Que al sol roban felices los veranos.

Muchas, ¿lo olvidas?, te esperé en el lecho
En rosas, hiedra y pámpanos mullido,
Hasta que lenta al fin y sosegada
Mis ojos entornaba la fatiga.

Y entonces tú,—que de por sí parece
Que no acierte á mentir el sueño solo
Tan al vivo, y tú propia eras sin duda,—
Llegabas hasta allí, en el suelo frío
Los pies desnudos sin rumor sentando.
Paréceme aún sentirte : en voz que apenas
El aire oye, me llamas ; conmovido
Salta del pecho el corazón amante,
Y sólo á medias respirando exclamo :
«¿Es ilusión de mis sentidos? ¿Loco,
»Por ventura, no estoy? No, tu cabeza

»Esta es de mirtos coronada ; aqueste ,
»De violetas tu aliento ; y son los rizos
»De tu frente ardorosa los que ocultan
«Las delicias en balde de tu cuello.
»Y el cándido calor en que iluminas
»Con dulce claridad la gruta, el propio
»Es de tu manto refulgente, ¡oh Luna!

»No hay duda que eres tú : ven que te enjugue
»Del nocturno sereno con los labios
»Las lentas gotas frías y más rosas,
»Perfumadas cual tú, cual tú süaves ,
»Deshoje aquí en el lecho, por si quieres
»Tras de las horas del amor turbadas,
»En él gozar de lánguido reposo.»

Memorias ¡ay! que, á mi pesar, conduce
Al fatigado labio la memoria ,
Llegáis en vano ya, que entorpecida

Con las amargas ondas de mi llanto,
Sonidos al dolor la lengua niega.

¡Oh dejad que morir tan sólo anhele;
Que del perpetuo amor, entre las llamas
Del ara prometido, en vez, ahora
Pídale muerte, si la da tan pronto
Cuanto olvidar los juramentos suele,
Á la que adoro por mi mal en vano,
Antes mujer enamorada, al cabo
Deidad á mi lamento sorda y ciega!

III.

Calló aquí Endymïon. Áspero invierno
Siguió vistiendo, con frecuencia al día
De niebla ó pardo nublo, así velando
Con sus cerradas noches temèrosas
De Caria el suelo á la inocente Luna.

Ella, entretanto, á Endymïon oía
Por los resquicios de la sombra densa,
Y lágrimas de plata derramaba,
Tal vez la ley perpetua lamentando,
Que al sol puso de Rey de todo el orbe.

No le toca á ella, no, cambiar los meses,
Los húmedos trocando por los secos;

Ni contener le es dado que los aires,
Con las nubes holgándose importunos,
Donde está Endymïon las amontonen.

¿Qué importa que lucir en otros valles
Libre pueda su luz creciente ó llena?
Piensa ya solo en que el invierno tardo
Llegar á Endymïon no le consiente.

Y ella, sin él, no quiere fabulosas
Las islas de la Grecia, en cuyas aguas
Lascivos faunos tras las ninfas corren;
Ni acierta ya á aliviar á Eco llorosa,
Porque ni en flor á su Narciso encuentra;
Ni del Lacio se goza en los collados
Del romano poder cuna, y en donde
De Nemi el lago alegre por espejo
Le dió la tierra, y por volante fimbria
Recamada en su manto, el agua en hilos,

Con que el dorado Aniene se despeña,
De una caverna huyendo, resonante.

No allá sus galas ostentar pretende,
Ni recrearse en su hermosura anhela,
Pues que le falta Endymïon. ¡Encinas
Que coronáis las aguas silenciosas
De Nemi en hondas cuestas abrigadas;
Castaños frescos de su orilla verde,
De las hiedras amigos; viejo templo
De Vesta en Tibur, que aún presides roto
El valle en que del salto se serena
La cascada hervorosa, y la llanura
De arcos sembrada, y capiteles y altos
Sepulcros, vueltos, como tú, en rüina
Por el tétrico bárbaro triunfante,
Incrédulo en tu diosa; de la Luna
No esperéis, no más ya, serenos rayos,
Mientras le aflija el corazón la suerte
Del triste cazador que insomne gime!

Y, en tanto, sin cesar llanos y montes
Por detrás del nublado el astro espía,
Descuidando del mundo el resto; atenta
No más que á ver si consolar constante
Al hombre logra que la acusa injusto.

Mas ya la nieve en copos, parecida
Al claro de la luna, por los llanos
De Caria, cenicienta esparce el cielo;
¡Bienhadada ocasión! Que los arbustos
Por los abiertos campos ocultaba,
Y de los acres montaraces pinos
Los troncos, la apretada nieve, al paso
Que trémulas volaban las silvestres
Palomas por doquier, en las mejillas
Helando á par el incesante lloro
Del caro Endymïon. Su último instante
Pensó éste ver, y que, piadosa, en suma
Su postrimer demanda oyendo, diera

La Diosa que al amor infiel creía,
Blanco sudario á su vecina muerte.
¿Qué amor no agravia? Con sutiles rayos
La Luna, al tiempo mismo, entre los copos
De la nieve bajó, sin que advirtieran
Aires ó nubes, su feliz descenso.

Y aquella noche en los cubiertos campos
Dudó de Caria el labrador sencillo,
Si la nieve en verdad los blanqueaba,
Ó más bien resplandor de limpia luna
Con las sombras andaba contrastando.

¡Ay del ingrato Endymïon, que ignora
Que es del Destino su fortuna presa,
Y, necio, culpa á quien amor eterno,
Cuanto es eterna en el vivir, le guarda!

Sólo un instante ya la voz querida

De nuevo oirá para decirle: «Duerme»;
Que en letargo profundo sumergido,
Y antes que responder pudiese, al aire
Sus anchísimas alas extendiendo,
La Diosa amiga, entre la nieve envuelta,
Con él huyó de Latmos á la cumbre,
Igualmente de nieve coronada.
Y allí, donde no más que las tormentas
Llegan fugaces, de las bajas nubes
Y de las nieblas el rigor burlando,
Inmóvil desde entonces le mantiene,
De su falta de fe por justa pena.

Mas el soñar aún, que entre las sombras
Tácita llegue á visitar su lecho,
Por alivio á las veces, le consiente;
Y hay quien siga envidiándole, juzgando
Que en esta que logramos, fútil vida,
Tamaña dicha con soñarla baste.

La Luna por su lado se contenta
Con verle á solas y besar callada
Del adormido Endymïon la frente.
Y así por siempre dilatar pudiera
La blanda pena al suspicaz amante.
Que por ley no común ¡ay! de los seres
Ella es mujer, y á la mujer son dados
Los bienes del querer, con aquel solo
Que, contemplando en paz al dulce dueño,
Los ojos dan al alma enamorada.



TERCERA PARTE

RIMAS VARIAS



Á PROPÓSITO DEL MATRIMONIO DE LA INFANTA

DOÑA MARÍA DE LA PAZ

En esas campiñas verdes
Que el Rin orgulloso riega,
El aire azotó algún día
Las españolas enseñas
Que sobre colores varios
Aspas cruzaban sangrientas,
Herencia de Carlos Quinto
Hasta allí guardada ilesa.

No de la Alemania en daño,
Que al Papa rinde obediencia,

Sus banderas y arcabuces,
Sus largas picas enhiestas,
Los viejos tercios de Italia
Trajeron en son de guerra,
Ni al descender de los Alpes
Con el gran duque de Feria,
Ni cuando el Prelado-Infante,
Malcontento con su Iglesia,
Guió de sus escuadrones
Las ordenadas hileras
Á los campos de Nordlinghen
Contra la hueste proterva.

De Nordlinghen, gran Señora,
Del palacio aquel bien cerca
Donde en feliz himeneo
Conlleváis la patria ausencia;
Y ¡oh cuántos recuerdos, cuántos
Cabe su recinto encierra,
Para entusiasmar, sin duda,

Una alma como la vuestra,
De mujer y de española,
De princesa y de poeta!
Preguntad allá sin miedo
Lo que de los vuestros cuentan,
Que aunque la fama no siempre
De justicia es mensajera,
Sé yo que en esta ocasión
Os ha de dar buenas nuevas
Del Infante, de los tercios
Y de su dichosa empresa.

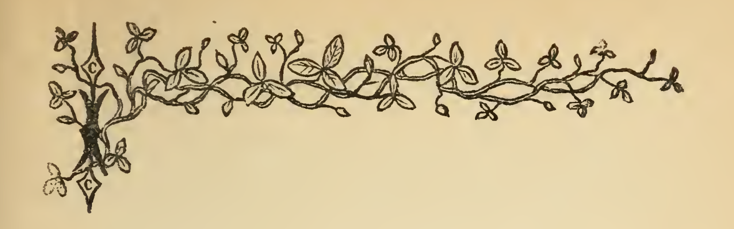
«Aquí, Señora,—os dirán,—
»Veis la colina y la selva
»Que sepulcros rojos fueron
»De la audaz milicia sueca.
»Polvo pisáis de soldados,
»Rayos puros de la guerra,
»Que pasaron cual vos misma
»Sus tempranas primaveras

»Donde presto al Manzanares
»Se bebe su ardiente arena,
»Y cerca del padre Tajo
»Que á Aranjuez, por hijo, besa;
»Cuando no orillas del Ebro
»Y al pie del muro de sierras,
»Que tantos y más que riscos,
»Recios varones engendran;
»Ó ya del Miño frondoso
»En las pobladas riberas,
»Ó donde su gran Sevilla
»El Guadalquivir ostenta.
»Aquí las tudescas lanzas
»Con austriacas banderas,
»También su poder probaron
»En la larga lid horrenda;
»Mas nunca negaron, nunca,
»Que los valientes no niegan
»De amigos ni aun de adversarios
»Las militares proezas,

» Cuánto al Infante debieron
» Y cuánto á la gente vieja,
» Que tanto tiempo de España
» Mantuvo en pie la grandeza.»

Hoy, Señora, ni en las armas
Es ya tal la gloria nuestra,
Ni dar de amistad podemos
Á Alemania iguales pruebas;
Pero mucho que le damos
Con daros á vos, Princesa;
Paz en el nombre, y de paz
Dulce y perdurable prenda.





Á UNA AFICIONADA Á LA MÚSICA

Bastara, linda María,
Para adivinar qué piensas,
Poner atento el oído
De tu piano á las teclas;
Que sus dóciles marfiles,
Lo que escondes tan discreta
Del corazón en los pliegues,
Muy bien entender nos dejan.
Más confidentes no tienes
De tus sentimientos que ellas,
Quizá porque son tan puros
Que en otro idioma no quepan.

Y escuchándolas advierte,
Si no es negado, quienquiera,
Aunque tus ojos no mire
Ni el metal de tu voz sienta,
Que en tu floreciente tronco,
Nido puso un alma buena,
Donde toda virtud nace
Y jamás las culpas entran;
Que es de tu boca encarnada
La verdad huésped eterna,
Que el candor mide tus goces,
Y tu hechizo la modestia;
Y que, si al herir á tantos,
Te hieres tú misma y sueñas
Con el amor, y le logras,
Has de querer con fe ciega.
Celestes bienes, en suma,
Brinda tu beldad ingenua
En los mágicos acentos
Que al fiel piano le prestas.

Y, ¡ay triste del que oiga y pase
Con bárbara indiferencia,
Sin mirar lo que en ti pierde,
Ya que ganarte no pueda!
De mí, te sabré decir
Que no peco por torpeza,
Mas en nacer tuve prisa
Y hoy pago la prisa aquella,
Con envidiar, mal que pese
De mi pecho á la nobleza,
Á los pocos de este mundo
Que sé yo que te merezcan.





HORA DE CONFIANZA

Cuando del mundo los engaños miro,
Jamás de vos me acuerdo;
Mas, si pienso en el bien, de mi memoria
No andáis nunca muy lejos.

Porque en la luz de vuestros ojos claros
No cabe fingimiento,
Y es vuestra frente, despejada y blanca,
De la bondad espejo.

Si la mentira á vos también llegase,
Poco juzgara cierto;
No sólo en este mundo, mas acaso
Ni en el espacio inmenso.

Ojalá que no llegue, y que me fíe
De una mujer al menos;
Pues de este punto á confiar en otras,
Llegar es fácil luego.

¡Oh! ¡Bienhaya la fe, que, aun no debida,
Le da al alma sustento!
¡Triste de aquel á quien sus dudas nieguen
La pobre paz del sueño!

Si á veces al pasar, señora, os sigue
Mi vista con anhelo,
Debe de ser porque mi fe vacila
Y la busco de nuevo.





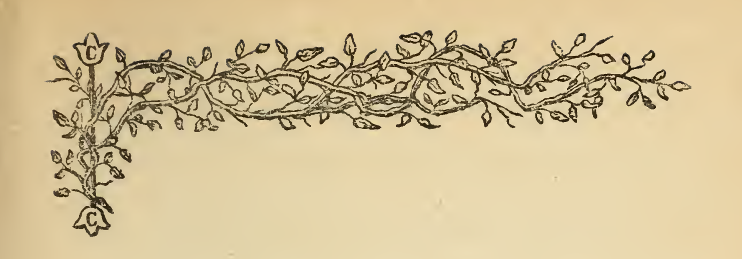
EN UN ÁLBUM

No os he dicho, señora, lo que pienso
Jamás de vuestros ojos;
Porque sé que no amáis el vano incienso,
Y os diera quizá enojos.

Mas no por eso indiferente sigo
Su luz, ni envidio menos
Á aquel á quien por deudo ó por amigo
Miran ellos serenos.

Sabedlo, pues, señora, y si no alcanza
Tal bien la suerte mía,
Siquiera consentidme la esperanza
De merecerlo un día.





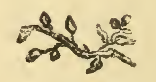
PARA UNA BELDAD NACIENTE

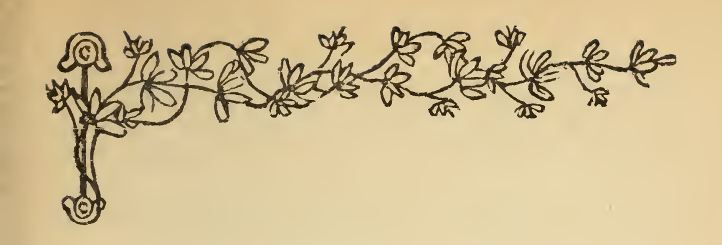
Es tu belleza tal, que afrenta al arte,
Y el sumo bien de los humanos bienes
Será, niña, lograr tu amor y amarte,
Si dulce el alma como el rostro tienes.

No es ya mucho á estas horas lo que pienso
Tocante á tu belleza viva y casta,
Que allá remota en el espacio inmenso,
Con saber de la estrella el brillo basta.

Para ciencia mayor de ti ya es tarde,
Mas no para alabar hasta que muera
La luz de aurora que en tus ojos arde,
Tu tez de rosa blanca en primavera.

Otros te han de decir cuanto no digo,
Y lo oirás con razón de mejor gana,
Mas para ser tu admirador y amigo,
¿Estorba acaso la cabeza cana?





A FRANCIA

CON MOTIVO DE OCUPAR SU TRONO LA CONDESA DE TEBA

Flor es nacida en los amenos huertos
Que plantaron los árabes señores,
Donde Dauro, al pasar, convierte en flores
Los escombros de alcázares inciertos.

Si están tus ojos al placer despiertos,
Disfruta de su luz y sus colores,
Ya que al cesar los cívicos furores,
Te la dieron de amor dulces conciertos.

Mas si nueva tormenta y ronca fraguas
Con que encender el mundo en vasta pira,
Las dulces flores, sin piedad, quemando;

¡Ay! Torna, ¡oh Francia!, tórnala á las aguas
Y al aire en que meció su cuna; mira
Que la Alhambra feliz la está esperando.





Á ROMA GENTÍLICA

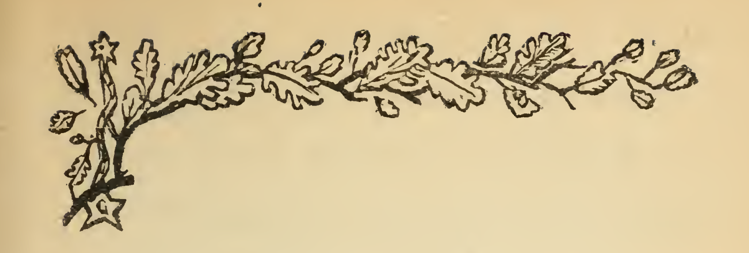
Tiempo ha, Roma, que el águila reposa
En la hierba que afrenta tus colinas;
Y en vano dan, perennes, las encinas
Civil honor á tu virtud ociosa.

Acaso el Tíber que te vió gloriosa
No corra ya con aguas cristalinas,
Por no copiar en ellas las ruinas
De tu foro y campaña silenciosa.

El curioso extranjero los jirones
De tu túnica admira á paso tardo,
Si, por azar, tu cielo está sin niebla;

Y en tanto con sus roncas oraciones
Te ayuda á bien morir el monje pardo
Que donde quiera tus escombros puebla.





EN EL CAMPO DE LAS NAVAS

EPÍSTOLA Á UNA DONCELLA [1].

Si piensas, por oirlo á más de cuatro,
    Que todo se hace viejo,
En grande error estás, aunque lo digan
    No sólo cuatro, ciento.

Verdad es que las torres se derrumban
    De larga edad al peso;
Verdad que el roble añoso al cabo queda
    Descortezado y hueco;

[1] Durante un ligero descarrilamiento.

Y aun si quieren decir que tus perfiles,
De gracia y color llenos,
Poquito á poco borrarán las horas,
¡Ay, por tu mal!, es cierto.

Todo caduca, hasta la fama antigua
Del más alto suceso,
Y en esta ocasión misma en que te escribo
No sin pena lo advierto.

Sobre el suelo que piso, cuanto mieses
Hoy siega, segó el hierro
Innúmeras cabezas que hacen parte
Ya aquí del polvo seco.

De la esforzada gente vencedora,
Nieta es esta que veo
Que el retraso lamenta en su jornada,
Más que estima el recuerdo.

Triste es, pues, y seguro, que la gloria
Ó el torreón roquero,
El árbol recio ó la mujer más bella,
Todo sucumbe al tiempo.

Mas yo sé de algo aún, que no le rinde
Tan fácilmente el cuello;
Por quien los meses y los siglos pasan,
Quedándose él entero.

¿No lo adivinas? Del amor te digo
Que es cuanto el sol intenso,
Sino que éste, en su luz, verte nos deja,
Y, en la suya, aquél, ciegos.

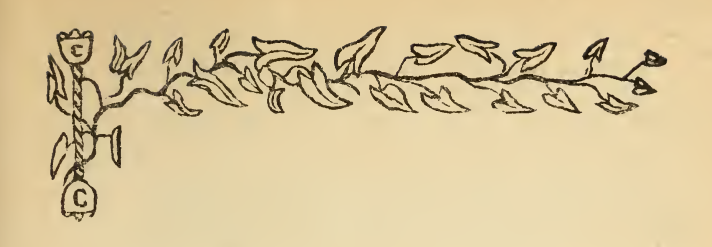
Como de Tisbe fabulosa un día
El corazón añejo,
Arder también verás el tuyo cuando
Tu Píramo esté presto.

Vendrá de oculto y de la edad en alas,
Á sorprender tu pecho,
Cantando la canción que á tus abuelas
Cantaron tus abuelos.

Y tú le oirás, y como quieren todas,
Querrás, por nuevo ejemplo
De que si todo lo envejece el mundo,
De eso está amor exento.

Que si prueba mayor pretendes, oye,
Óyeme este secreto:
¿Ves cuánto ha que nací? Pues por mi parte,
Como siempre lo encuentro.





Á UNA MALAGUEÑA

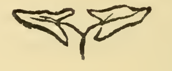
Si vas, hermosa, á la ciudad querida
Que en jazmín y azahar labró tu cuna,
Dila que paso en lamentar la vida
Que de ella me separe la fortuna.

Dila que estimo más la rota piedra
De sus adarves y castillos moros
Que ostentan por pendón ramas de hiedra
Y en que el vulgo soñar suele tesoros;

Más la mar cuando á hurtarle se adelanta
De su Guadalmedina la corriente
Cerca del campo que la vista encanta
Y el pecho ablanda con su tibio ambiente;

Que el alcázar real, honor de España,
Ó el rumor de la corte esplendorosa,
Y las aguas del gran Tajo que baña
Muros insignes y arboleda umbrosa.

Dile, en fin, que soy yo la golondrina
Que busca al sol estivo extraño cielo,
Mas de nuevo á su patria el ala inclina,
No bien corona á Guadarrama el hielo.





MI NOMBRE

Á MI QUERIDO AMIGO DON SALVADOR SOLIER Y PACHECO.

Ya que me niega la contraria suerte
Que al seno amigo de mi patria torne,
Tú, que respiras sus dichosas auras,
Dilas mi nombre.

Cuando las olas de la mar ligera
Broncas gimiendo sus escollos toquen,
Al claro aljófar, que salpica el aire,
Dile mi nombre.

Cuando los rayos de la estiva luna,
Sobre las aguas de su mar se posen
Con blando sueño adormecidas, dilas,
Dilas mi nombre.

Cuando sus juncos, fugitivo el viento,
Dóciles cimbre, ó murmurando choquen
De los arroyos las flexibles cañas,
Diles mi nombre.

Cuando la flor de la silvestre adelfa
Del seco arroyo entre las guijas brote,
Antes piadoso que de sed espire,
Dila mi nombre.

Cuando las vides, que pomposas cubren
Con rico manto los natales montes,
Al aire den las amarillas hojas,
Dilas mi nombre.

Y donde quiera que los patrios valles
Te ofrezcan risas, donde quiera lloren
Horas pasadas tus felices ojos,
Di, di mi nombre.

¡Ah! ¡Quién orillas de la mar me diera,
Decir yo mismo, con la luna, al borde
De algún arroyo, entre las rojas vides,
También mi nombre!





Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

EN SU VIAJE Á MÁLAGA.

No aquí, señora, su inexhausta fuente
Da al mar el rey de ríos cristalino,
Ni labró en artificio peregrino
Palacio ó templo aquí bárbara gente.

Montes azules á la luz poniente,
Verde llano y angosto al mar vecino,
Naves que buscan su fugaz camino,
Y el humo de las máquinas hirviente;

Eso halláréis, á par que reclinada
En su sierra, de pámpanos vestida,
Ó sus torres de fábrica moruna,

Una ciudad espera entusiasmada
Que, si en beldad pudiera ser vencida,
Ni en amor ni en lealtad cede á ninguna.





EN LOS DÍAS

DE CIERTA JOVEN AMIGA

(ENVIÁNDOLE UNAS VIDAS DE SANTOS.)

Como la gota pura de rocío
Sólo á brillar nacida,
Que vive y muere sin que á turbio río
Jamás camine unida;

Cual blanca rosa que de noche apenas
Se entreabre en la enramada,
Todas sus hojas de perfume llenas
Guardando á la alborada;

Tal eres, y aun por eso en este día
Mi fatigada mano,
No más que flores de virtud te envía
Del gran huerto cristiano.





A UNA VIAJERA

Ninguna flor del vendaval herida
Tantos hechizos pierde,
Cuantos han de faltar á tu partida
De esta montaña verde.

Pero si esperas, como pienso, lejos
Con más tranquilas tardes
Auroras de más vívidos reflejos,
¡Ah! No, ni un punto aguardes.

Parte, y que goce de tu hermoso encanto
Aquel alma, si alguna
Hay, que merezca á tus bondades tanto,
Ó tanto á su fortuna.

Y haber hallado baste al peregrino
Que rinde la fatiga,
Por este instante breve en su camino
Tu grata sombra amiga.





MEMORIAS DE MÁLAGA

Parte, vuela, dichosa golondrina,
Tras de la luz del fugitivo estío,
Que ya á mi techo rápido avecina
Sus nubes densas el invierno frío.

Parte, mas antes de cruzar ligera
La mar, esquiva á tu nativo suelo,
Para, porque te muestre en la ribera
Una ciudad, como ninguna, el cielo.

Donde nunca la niebla esconde al día,
Ni se agostan las flores del verano,
Ni hórridas noches el invierno envía,
Ni el pecho anhela por amor en vano.

Descansa allá, sobre la torre parda,
Sustento un tiempo del imperio alarbe,
Que para el vulgo codicioso tarda
En rendir á la edad el ancho adarve.

Acaso entre sus piedras carcomidas,
Que las olas del mar buscan inquietas,
Verás blancas ventanas escondidas
En la hierba que dan las hondas grietas.

Y al modo allí, que en el caliente nido
Tus hermanas descansan bulliciosas,
Si no es tu vuelo ni tu canto oído,
Mujeres mil sorprenderás hermosas.

Nacieron de la mar, y cual espuma
Que traen las olas en sonoro alarde
Al rayo arde de sol que alza la bruma,
Así la lumbre de sus ojos arde.

Ojos que son reliquia peregrina
De la belleza de las madres moras,
Con sus pupilas de color de endrina,
Con sus negras miradas burladoras.

Estrecho el talle, largos los cabellos,
Que rivales del ébano parecen,
Son los matices de su tez aquellos
Con que de ellas al par las rosas crecen.

No tiendas sin gozar de su hermosura
De nuevo al aire, golondrina, el vuelo,
Y, al contemplarlas, mide la ventura
Que yo troqué por mi presente duelo.

Y di, sin que te asusten sus enojos,
Diles, que fiel, aunque perdí sus huellas,
Sólo amor he sentido ante sus ojos,
Y no hallo dicha sino cerca de ellas.

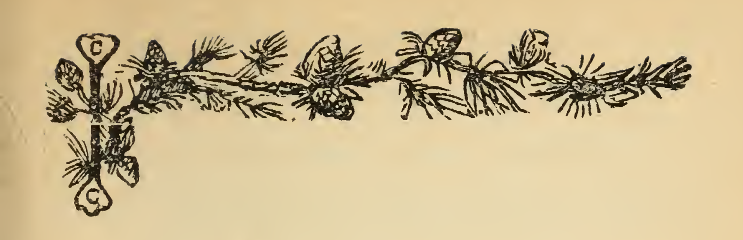
Diles ¡ay! que primero enflaquecida
Piedra á piedra caerá la vieja torre,
Que la fugaz corriente de la vida
De mí el recuerdo de sus nombres borre.

Y que primero tú con tus hermanas
Que ahora partís al cálido desierto,
Los nidos conservando en mis ventanas
Cantaréis á compás del aire yerto;

Que de mí se separen sus memorias
Ó el patrio amor de mi ciudad moruna,
Ni prefiera otras glorias á sus glorias,
Si dármelas quisiera la fortuna.

Y cuando vuelvas á habitar mi techo
Con los calores del futuro estío,
Dime también si guarda allí en su pecho
Una á lo menos el recuerdo mío.





EN GRANADA

Los que juntáis, felices trovadores,
El canto dulce al arpa regalada,
¿Sabéis ya qué es amor y qué son flores?
¿Habéis visto los valles de Granada?

¿Sabéis qué son los trinos de sus aves
Ó el perenne murmullo de sus fuentes,
De sus plantas los hálitos süaves,
Los rayos de su sol resplandecientes?

¿Su noche visteis ó su blanda aurora
y su espléndida luz de mediodía
Cuando en eterno azul y oro colora
De los arcos la aérea celosía;

Y al par caer los surtidores claros
Sobre los patios de arrayán vestidos,
Ó lamiendo al manar mármoles raros
En los regios salones embutidos?

¿Visteis de adelfas y jazmín y lauro
La bóveda gentil que se dilata,
Por donde silencioso corre Dauro
Y en su cauce al correr nieves desata;

Y aquellos manantiales que destila
Gota tras gota sobre el hondo río,
Mientras baja á bañarse en la tranquila
Onda los pies, Generalife umbrío?

Si no, callad aún, que no hay reflejos
De belleza tamaña en vuestros ojos,
Y con solo á Granada ver de lejos
El canto antiguo os causará sonrojos.

Sin luz el alba, sin aroma el viento,
El lauro sin verdor, y sin blancura
Las flores juzgaréis ya con que lento
Tejiéndose el jazmín va en la espesura;

Y habréis de hallar muy pálida la lumbre
De la luna, que amiga os acompañe
De una reja á los pies, y en su vislumbre,
Á la hermosa que espere el rostro bañe.

¡Ah! No cantéis aún; mas presurosos
Allá el amor buscad y allá sonidos;
Que tales hallaréis, que deleitosos
Os hechicen el alma y los oídos.

Y entonces cantaréis como se canta,
Sin querer ni pensar, por aquel suelo
Donde secreta inspiración levanta
La mente flaca, y la remonta al cielo.

Y entonces enviaréis á las hermosas
De esperanza ó de amor tales querellas,
Que, cuando pareciesen desdeñosas,
Tarde ó temprano os amarán por ellas.

Diréis de Vivarrambla el gran torneo,
Donde el dolo trocó lanza por caña,
Ó de la Alhambra el esplendor, trofeo,
Tras larga lid, de la cristiana España.

Diréis lo que sepáis de los amores
De la sultana y de su amarga suerte;
Y de cuando los claros surtidores
Con sangriento raudal manchó la muerte;

Y el furor del cristiano prisionero
Y el llanto honesto de la dulce esclava,
Y qué lides venció el buen caballero
Que contó por Maestre Calatrava.

¿Ni qué importa cantar lo que cantaron
De Granada otros ya y de sus historias?
¿Por ventura, sus flores se acabaron
Y tras ellas murieron sus memorias?

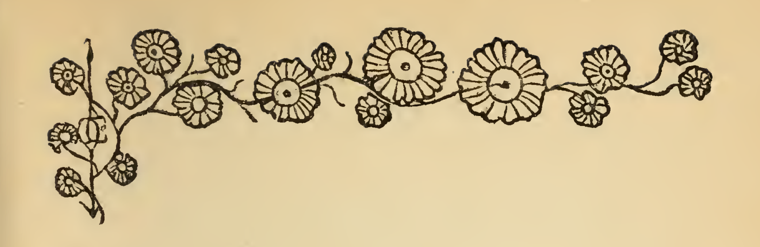
¿No corre Mayo, como siempre, verde
Por las orillas de Genil risueñas,
Y cobra el oro que entre arenas pierde
Dauro en las flores de sus pardas peñas?

¿No está la Alhambra sobre escombros yertos,
Y hermosa aún se ostenta en su ruina?
¿No esconde alegre el Albaicín en huertos
Su muerte, al peso de la edad, vecina?

¡Oh! Si no es que tenéis los trovadores
La garganta sin voz ó el arpa rota,
Id y cantad: las fuentes ni las flores
Ni allí la vieja inspiración se agota.



1847 y 1849



ILUSIONES Y DESENGAÑOS [1]

I.

ROMA.

Dejad, torpes naciones,
Libres y esclavas, de vagar sin tino;
Tirad vuestros blasones,
Rasgad vuestros pendones
Para que Roma alfombre su camino.

[1] Ni una palabra he alterado en esta y la siguiente composición, que modifique la expresión de los sinceros sentimientos del autor en su juvenil edad, y durante la crisis tremenda de 1847 á 1849.—Las correcciones, que no son pocas, han tenido por único fin aclarar conceptos y mejorar su forma.—Por lo demás, ilusiones y desengaños que padeció un Pontífice como Pio IX, nada tiene de particular que por un estudiante de jurisprudencia se padeciesen.

Y callen cual callaron
Al rechinante son de sus cadenas,
Aquellas que habitaron,
Donde huellas quedaron
De Cartago rival, Menfis y Atenas.

¡Ay! ¡también por vencidos
Nuestros pueblos que el hierro tarde doma,
Tornaron afligidos
Al yugo vil uncidos
La suplicante vista un tiempo á Roma!

Águila que altanera
Sobre los siglos se posó importuna;
Triunfó noble guerrera,
Cayó infame ramera,
Sin faltarle por eso la fortuna.

Y cuando su cuchilla
Los siglos envidiosos destemplaron,
Acaso fué mancilla,
Ir tras ella en traílla
Los mismos luego que su frente hollaron.

Prodigio de ciudades,
Roca de bendición, tesoro humano,
Las míseras edades,
Cual sordas tempestades
En torno tuyo rugirán en vano.

Sierva tuya es la historia,
Y en tus escombros, como nunca, altiva
Hoy florece tu gloria,
No menos que en la escoria
Del sepulcro tal vez la *siempreviva.*

¿Qué importa que Cipiones
No engendre ya del Tíber la ribera,
Si en tus cien torreones,
De Reina de naciones,
Clavó el destino el cetro y la bandera?

Mirad.... En la ardua cumbre
Del Gólgota, Jesús puso su solio;
Mas hoy la muchedumbre
Para gozar su lumbre,
Va á la cumbre no más del Capitolio.

Nido de la paloma
De celestial espíritu, en su cima,
Leyes el mundo toma;
Que es el triunfo de Roma,
Y el crimen le quedó sólo á Solyma.

Más tarde el grito amado
Se oyó, por fin, de libertad del hombre;
Doquiera el pueblo armado
Lidió desesperado,
Y halló, á lo más, de libertad el nombre.

Sangre dieron los Reyes,
Sangre los pueblos con fecunda vena,
Y se mudaron leyes,
Y trocáronse greyes
Sin quebrantar un punto la cadena.

Mas tú en tanto reías,
Roma, nacida á perenal ventura;
Pues harto conocías
Que por seguras vías
Caminar sin tu rienda era locura.

¿Qué son otras naciones
Para querer medirse por tu historia?
¿Cuáles Napoleones
Ganaron tus blasones?
¿Ni quién su gloria igualará á tu gloria?

Echa otra vez, valiente,
Tus legiones invictas al camino,
Que por el aire ardiente,
De nuevo irá á su frente
El lábaro triunfal de Constantino.

Á ti, Roma, te toca:
Despliega una vez más hoy tu bandera
En la inmutable roca,
Y al pie de ella convoca,
Vasalla aún, la humanidad entera.

Y tú, padre glorioso,
Pontífice inmortal, eco del cielo,
Camina presuroso,
Que es tu pecho amoroso,
De toda humana enfermedad consuelo.

De ti la tierra espera
Nueva luz de eternal sabiduría;
No estorbe tu carrera
La democracia fiera
Con vergonzosa, ignara tiranía.

¡Ánimo, Pío Noveno!
Nadie á tus pies alcanza en esa roca;
Y no aflija tu seno
De la tormenta el trueno,
Que en humo al fin la deshará tu boca.

¡Ánimo! Las naciones
Contigo nunca vagarán sin tino:
Que sirven sus blasones
Tan solo y sus pendones
Para alfombrar en Roma tu camino.

II.

ITALIA [1].

Recoge tu bandera
Del alto muro ó la agitada popa
De la nave guerrera:
No más asombre á Europa
Lo que es Italia, y lo que Italia era.

Tente, nación caída,
Que en vano á tu señor muerdes las plantas;
¿Por qué para vencida
Del polvo te levantas
Donde tu raza duerme esclarecida?

[1] Estos injustos conceptos se inspiraron en el mismo sentido que los de Petrarca ó Leopardi contra la sumisión de Italia al extranjero, y cuando se escribieron todavía Venecia resistía.

Arroja ya el acero,
Que el brazo tardo á la contienda honrosa
Llevar debe primero
Fresca guirnalda hermosa
De jazmín y de mirto al extranjero.

¡Por contentarlo flores
Te ofrecen amorosos tus veranos,
Y hay pájaros cantores,
Y fuentes en tus llanos,
Y el sol te da divinos resplandores!

Porque él goce tus auras
Son rico manantial de melodías;
Y mármoles restauras
Y entre azucenas crías
Tus honestas Beatrices y tus Lauras.

Helo; cansado llega
De herir tus lares ó violar tus hijas;
Ni las esposas niega:
Con manos ¡ay! prolijas
Múllele el lecho á las afrentas ciega.

Y canta, porque el sueño
Pronto acuda á sus ojos, y á su brava
Ira deshaga el ceño,
Que tuya es por esclava
La rabia, y suya la quietud por dueño.

Acorre, Italia, acorre,
Y en tus soberbias ruinas desoladas,
Porque todo se borre,
Ni puertas almenadas,
Ni consientas que en pie quede una torre.

Dispersa con tus manos
Las piedras que los Césares unieron,
Las obras de romanos
Que de tu imperio fueron
Eternos guardas, pero guardas vanos.

Y arroja en la laguna,
Donde aun gime Venecia en agonía
La imagen importuna
De aquel león, que un día
Rindió á San Marcos la turquesca luna.

¡Malhayan las historias,
Testigos del honor de otras edades!
¡Tus héroes y victorias,
Tus campos y ciudades,
Que hoy son vergüenzas porque fueron glorias!

Y ¡oh, cuánto de esperanza,
En nuestros pechos juveniles hubo,
El día en que tu lanza
Vibró y venció, y obtuvo
Del *¡ay!* del ruego, hacer *¡ay!* de venganza!

Mas lluvia en primavera
Tu esfuerzo fué; relámpago encendido,
Que raudo la ancha esfera
Cruza, y muere perdido;
Rosa tronchada sin abrirse entera.

¡Y yo, Italia, te amaba!
¡Y en ecos de esperanza y de ventura
Tu nombre á mí llegaba!
¡Y allá, en la noche obscura,
Tal vez gloria y virtud de ti soñaba!

Matrona imaginando
Que del de Urbino fueras; como aquella
Que amó Petrarca blando,
Ó de las bellas, bella
Que Bellini inmortal murió cantando;

Mas de alto y noble aliento,
Cuanto aquellas de Roma venturosa,
Que el lujurioso intento
Del opresor violento
Con su sangre lavaban generosa.

Sobre la alpina sierra
Tal vez, del Etna en los hirvientes huecos,
Ó donde en polvo encierra
Sus foros y sus secos
Laureles Roma, apellidando guerra;

Verte pensé, y que, alzada
De tus héroes la muerta muchedumbre,
Llegaba apresurada
La infame servidumbre
Contigo, en hierro, á redimir armada.

Y aun ver pensé, ya en duelo,
Al extranjero huir de tus legiones,
Y, descender del cielo,
Ya sobre tus pendones
Al águila romúlea en fijo vuelo.

¡Sueño no más! Tus ojos
Lágrimas cubren de terror y mengua,
Y tu frente sonrojos:
En tanto que mi lengua
Te da hoy por sobra de cariño enojos.



¡CIERRA ESPAÑA!

CANTO DE GUERRA CON OCASIÓN DE UN INSULTO INFERIDO EN NUEVA ORLEANS Á NUESTRA BANDERA.

¿No ves, España, que á la opuesta orilla
Del mar que en Gades te saluda undoso,
De vulgo rumoroso
Feroz turba te humilla?
¿No ves?.... Acaso ahora
Colón abra su tumba, y á la cumbre
Del Morro vuele, y tu pendón ocioso
Blandiendo allí del sol á la vislumbre,
Grite: *¡Isabel! ¡Castilla!*
Mas ¡ay!, clama á deshora,
Que la brisa no encuentra ya tus velas,

Ni agita por doquier el mar la prora
De tus viejas tronantes carabelas.

¡Oh! ¿Qué tardas, qué tardas, madre mía,
Patria fecunda en pechos valerosos?
Nunca la afrenta, fría
Te halló, ni el son de la guerrera trompa.
Los troncos de los árboles frondosos
Súbito el hacha rompa,
Y, en polvorosa pompa,
Del monte rueden á vestir tus aguas;
Y al hondo son de las hirvientes fraguas
El metal en tus peñas escondido,
Cual líquido raudal corra encendido;
Y á la venganza apresta que te inspira
El brazo no vencido,
Armas, y naves, y tremenda ira.

Mira cómo pasea
El ojo avaro por la playa hermosa
Que tu rico blasón enseñorea,
Si infiel á Dios, al beneficio ingrata,
La hueste licenciosa
De tus contrarios en feroz caterva;
Ni su bajel pirata
Sin ti esa mar incógnita y medrosa
Hallar supiera amiga;
Ni ellos, fruto fatal de planta acerba,
Reposo al pie encontraran vagabundo,
Si de tus hijos la inmortal fatiga
No les abriera por asilo un mundo.
¿Y anhelan hoy, traidores,
Con mano impune desatar los lazos
Que á Cuba forman tus maternos brazos?
¿Y coronar pretenden su grandeza
Con el lauro postrer de tu cabeza?

¡Ay, qué tardas! ¡Al mar! Sobre la entena
Suelto vague á la brisa el ancho lino,
Y atrás dejando la natal arena,
Las olas den á tu furor camino.
¡Harta, nación valiente,
Regó tu suelo sangre fratricida!
Hora te vuelve á la extranjera gente
Que á lides te convida:
¡Sus! ¡Sus!.... Que nunca el brazo armipotente
Rinda el cansancio ó la mortal herida,
Ni cese hasta vencer, por mar y tierra,
La antigua voz de *¡Cierra, España, cierra!*



CUARTA PARTE

CANTOS LÚGUBRES



Á LA TRASLACIÓN Á ITALIA

DE LAS CENIZAS DEL REY CARLOS ALBERTO.

¿Adónde vais? El viento polvoroso,
Caras cenizas, que rugiendo os trajo,
Vuestro nombre nos dió. De sus bridones
Suelta la rienda, el eco temeroso
Por las orillas lo esparció del Tajo,
Y en sus valles y huecos torreones;
Y los rápidos sones
En su retiro oyendo, que las linfas
Del dorado raudal guardan incierto,

¡Loor!, gritaron las desnudas ninfas;
¡Loor, loor á ti, Carlos Alberto!

Nombre feliz, monarca sin ventura;
Temido ayer y grande, y desdichada
Ceniza ya, que vario arrastra el viento.
No más, no más te aqueje la amargura
De la cautiva patria desolada,
Ni el grito audaz del vencedor cruento.
El dulce, amigo acento
Oye aquí de las ninfas lusitanas,
Ó de las selvas el murmullo grato,
Que vivo esconden con amor de hermanas
El gran recuerdo que dejó Viriato.

Viriato, honor de la dichosa tierra
Que el Tirreno y Atlántico espumosos
Ciñen á un tiempo en su cristal luciente.
Pastor primero, rayo de la guerra
Cuando movió sus ímpetus sañosos

Al bien y gloria de la patria gente.
Levántase, y valiente
Del extraño opresor las viles artes
Desdeña, corre, triunfa donde asoma;
Y rasga sus invictos estandartes,
No con espadas, con puñales Roma.

Iguales en valor, de igual historia
Fuisteis. Viriato, como tú, luchaba,
¡Oh, Carlos!, y cual tú cayó vencido.
Así te dió sus alas la victoria,
Tu pecho así la libertad ansiaba
Del patrio suelo, al opresor rendido.
Y en el llano florido
Que el Po fecunda, al redoblado encono
De innúmeros adversos escuadrones,
Supiste audaz contraponer tu trono
Por ejemplo de siglos y naciones.

Y también te vendieron: te vendieron

Los hijos de la patria envilecida ;
Tu Italia, ¡oh, Rey!, tu Italia tan amada.
Solo en la arena reluchar te vieron,
Y nadie te acorrió; nadie á tu vida
Dió amparo en su broquel ó su celada.
Y tu bandera, alzada
De libertad al generoso acento,
Por tierra ya, sin hojas los laureles,
Entre el confuso deshonor sangriento,
Alfombra fué de indómitos corceles.

¡Ay! ¡ay de Italia, que feroz dormía
Un tiempo allá entre cetros y banderas
Que al mundo sus legiones arrancaron,
Y en ancha arena, al despertar, pedía
Sangre á un tiempo á los hombres, y á las fieras
Que Hircania y Lybia con horror criaron!
Rindióse al fin. Vengaron
La traición á Viriato, hijos del hielo
En tosca muchedumbre irreverente,

Y la ira de Dios ató á aquel suelo
El carro del germano armipotente.

Las copas de Falerno deliciosas
Del labio vil arrebató el soldado
Por aliviar su estúpida fatiga.
Á sus sienes ciñó nardos y rosas
Y apio y mirto con tejo entrelazado
Mientras Tarento le ofreció su espiga;
Y Tíbur dióle amiga
Cuanto Horacio en sus campos celebrara,
Hollando á par los de Virgilio, y cuanto
En la piedra el cincel perpetuara,
Ó eterno hicieran el pincel y el canto.

Y los templos cayeron que en ofrenda
Del mundo recibieron los despojos,
Cuando á Roma rindió el mundo tributo.
Y el vil Coloso que en fatal contienda
Por su arena rodar miraba rojos

Al triste esclavo y al hambriento bruto.
De su crueldad ya el fruto
Italia recogió; que el mármol cubren
Míseras hierbas, y en dolor sus hijos,
Hoy con silencio temeroso encubren
De larga esclavitud males prolijos.

Y ¿allí voláis, cenizas del valiente,
Al duelo muerto de la patria opresa?
¿Iréis en pos del huracán que os trajo?
¿El valle dejaréis que en su corriente
Como libre y señor altivo besa,
En héroes rico, y en honor, el Tajo?
¿Y huiréis el agasajo
De las ninfas y selvas de su orilla,
Con el recuerdo que sus campos llena,
Por mirar de la patria la mancilla
Y el llanto oir de su inexhausta pena?

Tornad, tornad, que el huracán no zumba,

Ni el invierno desata sus rigores
Del Tajo altivo en la feliz estancia.
Tornad, que si no basta que su tumba
Viriato os abra, y que las propias flores
Os presten á los dos dulce fragancia,
Tumbas hay en Numancia,
Para el vencido que cayó con gloria;
Y en Sagunto también, y ciento y ciento
Rocas ó muros de inmortal memoria,
Cunas de libertad y heroico aliento.

Que adonde quiera el Tajo lleve arenas,
Para los héroes brotarán laureles
Y arderá del honor viva la lumbre.
¿Quién á sus hijos forjará cadenas?
Ya las trajeron bárbaros infieles,
Y el hierro exterminó su muchedumbre.
Con ellas, en la cumbre
De Pirene, también asomó un día
Tronante Semidiós, terror del mundo,

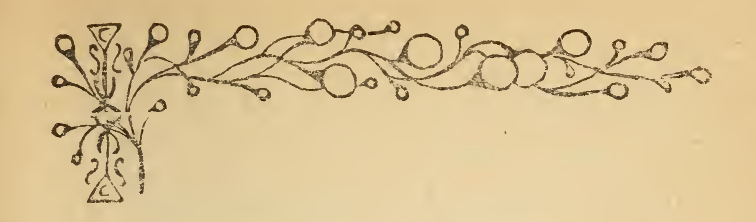
Y, en vano que en revuelta lucha impía,
Herímosle, cayó, rodó al profundo.

¡Ah! Si habitara, como aqueste, el suelo
Donde el hado infeliz meció tu cuna,
También un pueblo, inexorable y fuerte,
Luchando y reluchando sin consuelo,
Torciera pronto el curso á la fortuna,
Los enojos vengando de tu muerte.
Fuera tu polvo inerte
Semilla entonces de virtud preclara,
Y en torno siempre de tu tumba fría
Hierro y clamor belígero sonara,
Hasta que libre el sol la viese un día.

Mas es Italia. Y en dolor y espanto
Yace, ó lleva, corriendo á los festines,
En vil cadena el hierro convertido.
¡Y te escarnece el opresor, en tanto
Que dejas por volver á sus confines

Del gran Tajo el honor, á ti debido!
Ya un grito dolorido
Cruza el campo y el cauce ondisonoro;
Y al par que el eco ronco de mi lira,
De las desnudas Tájides el coro
Revuelto en pardo torbellino espira.





LA INVASION PIRÁTICA DE CUBA

Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.
(HEREDIA.)

En vano tiende, en vano,
Inmenso el Oceano
Entre España y América sus olas.
Las negras tempestades
Con que su diestra armaba prepotente,
Domar supieron naves españolas
Cuando en lejas edades
Nadie el mundo remoto que escondía
Ni el fin del hondo piélago sabía.
Sonó luego de guerra

Redoblado clamor: la ruda lanza,
Harta de sangre en africanas lides,
Y en la francesa ó la italiana tierra,
Allí también alcanza;
Llega, hiere, desata, rompe dura
Cuanto resiste á su valiente encono,
Rayos lanzando de inmortal pavura,
Y á cada golpe derrumbando un trono.

Ni en aguas procelosas
El turbio lago, ni en tajadas peñas
El monte, ni arduo río,
Ni tronante cascada, las enseñas
De España un punto detener lograron.
Díganlo temerosas
Las cumbres de los Andes, la corriente
Del sin par Amazonas, y el hirviente
Niágara, humilde á su triunfante brío.
Quizá del polvo frío,

Resto de pueblos y vencidos reyes,
De templos y de leyes,
Salga un gemido arcano
Que asorde á veces en la tibia noche
Los valles del Perú, del Inca tumba,
Mientras el alto imperio mejicano,
Del valor de tus hijos sobrehumano,
Memoria eterna guardará en Otumba.

¿Cuál, pues, cuál osa el grito
Contra ti levantar, nación temida?
¿Quién de tu Cuba, ¡oh mengua!,
El rito insulta y la preciada lengua
Con lengua extraña y con extraño rito?
¡Ay! Tu grandeza en el horror caída
De la civil discordia embravecida
Por luengos años fué. Se alzó cobarde
El que hasta entonces halagó humildoso
Tus plantas, proclamando en torpe alarde

Su triunfo y tu baldón; y el poderoso
Mas compartido aliento de tus hijos,
No sin rudos, prolijos
Combates sucumbió. De aquellos días
Que en negras hojas apuntó la historia,
Tus émulos conservan vil memoria;
Y aún te juzgan, España, dividida
En carniceros bandos, y rendida
Del largo batallar juzgan tu mano,
Ó roto el hierro contra el hierro hermano.

¡Ah, no, ya no! La dulce mano amiga
El hijo al padre y el hermano fiero
Al hermano tendió. No más obliga
Deber, ó suerte dura
Los ojos á apartar con amargura
Del vencido escuchando el ¡ay! postrero.
Unos tus hijos, una tu corona,
Unos clamor y saña;

¿Qué falta á la grandeza, noble España,
Que el universo aún de ti pregona?
De nuevo al aire tu pendón glorioso
Suelta y flote ostentoso;
Empuña el hierro agudo,
Embraza el viejo escudo,
Y apréstate á lidiar. Ni ya su sangre,
Cual otro tiempo, te darán copiosa
Propias venas ingratas,
De América en los campos sin fortuna,
Que hora será de bárbaros piratas
Sangre criada en extranjera cuna.

Amor de patria augusto,
Alma de las naciones,
¡Cómo retumba por España entera
El eco de tu voz! Con ceño adusto
Volar ya á la ribera
Miro confusa multitud, torrente

Que del monte se lanza semejando;
Rauda, horrenda cruzando,
Cual encendida exhalación ligera
Pasa tonante por la azul esfera.
Ya se arroja á la mar; crujen las naves
Que albergue prestan en su angosto seno.
Sintiendo el peso de las armas graves;
Hinchen brisas suaves
El lino dócil; abre el Oceano
Breve camino á la guerrera tropa,
Fácil entrada al suelo americano.
Y ved los capitanes
Que opuestos bandos de española gente
En la civil contienda gobernaron,
Á aquella mejor lid con ira ardiente
Juntos correr. Los que del Arga y Turia,
Los que del áureo Llobregat regaron
Con sangre hermana las orillas tristes,
Al son infame de la extraña injuria,
Morir ya unidos ó vencer juraron.

Mas llegan, saltan: la opulenta Cuba
Al grito patrio férvida responde
Con fiel acento: ¿En dónde
Los contrarios están? ¿Dónde los hijos
De la extranjera tierra,
Que en tropel insolente
Á Cuba osaron levantar la mente,
Y á España osaron provocar á guerra?
¿Qué tardan? ¡Oh, venid! Alegre día
Fué aquel allí, cuando la nao vinosa
Del pirata feroz la hueste impía
De Cuba trajo á la ribera hermosa.

Serenos caminando,
Los españoles van tras de las huellas
Del enemigo bando,
Y, cierto de victoria,
Con risueño ademán *Enna* los guía
Donde acrezcan su gloria.

Junto á la falda fría
Del áspero, encumbrado Pirineo,
Nació el caudillo, y su preclara cuna
El Isuela arborífero y el Flumen
De estrecho cauce en plácido rodeo
Reflejaron allí. Su pecho aduna
De valor y virtud rico tesoro,
Mientras que el patriotismo en alta llama,
Su grande aliento inflama.
Vedle ya de su gente generosa
El ardor impaciente refrenando;
Vedle después la voz apetecida
De acometer á los contrarios dando;
Del fogoso corcel suelta la brida;
Vedle volar á merecer lidiando
Lauros eternos, ó dejar la vida.

En su soberbia loca,
¿Por qué, alto Dios, el bárbaro extranjero

Con hueste llegó allá incapaz, por poca,
De dar medida del aliento ibero?
¡Ay malogrado ardor! ¿Por qué no envías
Millares de piratas sanguinosos,
República orgullosa, en tus bajeles,
De alma robusta, en armas espantosos,
Con hidrópica sed de oro ó laureles?
Contrarios te pedimos,
Contrarios y no más; que no la paga
Del beneficio antiguo, ó que nos cumplas
El pacto aquel que por tu bien hicimos.
Dignos contrarios al tremendo esfuerzo
Que provocar osaste,
Da ya tan solo, y días
De gloria ó muerte en la revuelta lucha,
Al león que desdeñaste
Y de su noble sueño despertaste.
Inútil voz: no escucha
La plebe infame, que en vecina playa
Fácil victoria espera,

Y huyen al cabo sus guerreros viles,
Rota dejando la infeliz bandera.
En vano en agrios montes levantados,
Y espesos bosques ó rugientes ríos
Buscaron valladar: en vano osados
De su despecho fabricando bríos
Feroces combatieron. Huyen, huyen,
Porque tanto baldón su vida fíe,
Aunque en balde también, y España altiva
No en tanto alegre, de desdén sonríe.

Mas ¡ay! que el llanto las mejillas baña
Con súbita explosión, y en llanto rompen
Cuantos atienden al fatal estrago.
Enna cayó. La aborrecible hazaña
No regocija al invasor aleve,
Que huyó de su cuchilla al solo amago,
Y ni su sombra á contrastar se atreve.
¡Pero murió el valiente! Despedida

Del cobarde arcabuz la bala odiosa,
Hirió su pecho, y le arrancó la vida
Que á más altas empresas
Su patria destinaba belicosa.
De Cuba clamorosa,
Surcando el ronco líquido elemento,
La terrífica nueva á España vino,
Y alzóse en ella funeral lamento,
Y alta y digna venganza se previno.
Venganza que juraron,
Ardiendo á un tiempo en ira,
Los de valor intrépido y constante
Que á restaurar á España comenzaron,
Y los que el Turia en sus verjeles mira;
El catalán sañudo, el arrogante
Guerrero de Castilla, y aquel rudo
Que jamás extranjeros subyugaron
De Cantabria señor; el invencible
Aragonés, y los del seco suelo,
Patria de Hernán Cortés y de Pizarro,

Y también los de vivo ardiente celo,
Que ven nacer Guadalquivir ó Darro.

Enna, tu nombre, en las futuras lides
Que América depare al brazo fuerte
De tu heroica nación, grito de guerra
Será perpetuo; que al sonar tremendo,
Con muchas muertes vengará tu muerte,
Tu gloria esclareciendo;
Si ya en respeto y aún temor profundo
No tiene España con tu ejemplo claro
Al que pretenda más, ó sueñe avaro
Su ancha huella borrar del Nuevo Mundo.





ETHELVINA

¡Pobre niña! La luz del firmamento
Le pareció mezquina,
Y huyó, tornando en plácido contento
Á la región divina.

Nacer quizá y morir vió todo junto,
En la arena que baña
El mar, la espuma ó niebla que en un punto
Fué y no fué en la montaña.

Tal vez sintió en la atmósfera anchurosa
Cesar de un canto el eco;
Y un capullo nacido al alba hermosa
Por la tarde halló seco.

Y bien pudo pensar que á otras regiones
Hubieran levantado
Sus espumas el mar y eco sus sones
Por mejorar de estado.

Y que la niebla huyese placentera,
De tal bien persuadida,
Y que al capullo mismo le ofreciera
La muerte mejor vida.

Irse quiso por eso, y hacia el cielo
Su espíritu inocente
Feliz voló; pero á nosotros duelo
Dejónos solamente.

Cobró el jazmín la tez en él formada
Y la amapola bella
De su boca el color, mas la mirada
Quedóse en una estrella.

Y á mí, que por azar cruzaba errante
De Genil las riberas,
No me consienten ya que de amor cante
Mil voces lastimeras.

Son suspiros del aura perfumada,
Ayes de las corrientes:
¡Del aura de los valles de Granada!
¡Del agua de sus fuentes!

Es de la adelfa que al amor del río
Nació y creció, con ella
Compartiendo las gotas de rocío,
Dulcísima querella.

Y si en Generalife, blando el viento
Algún ciprés inclina,
Como es triste gemir, mi pensamiento
Allí finge á Ethelvina.

Y oigo su nombre en la robusta almena
Que entre lauros asoma,
Donde el espacio de lamentos llena
La tímida paloma;

Bajo el jazmín, que abriga en su ramaje
Los palacios del moro,
Y al pie del arco de menudo encaje,
Bordado en muro de oro.

Todos claman á un tiempo: «¿Dónde, dónde
Está Ethelvina?» Y lloran.
«¿Cómo esta ausencia á nuestro amor la esconde?»
Porque su muerte ignoran.

Y yo no acierto á responder, y exhalo
En ayes sin concierto el dolor mío,
Ó con la mano trémula señalo
Las bóvedas azules del vacío.





CANCIÓN

TOMADA DEL CAPÍTULO XXVI DE LA NOVELA DE TOMASSO GROSSI, TITULADA « MARCO VIZCONTI ».

Golondrina aventurera,
Que, arrimada á mi ventana,
Tu canción cada mañana
Me repites lastimera;
¿Qué me dice cuando trina,
Tu lengua así, golondrina?

Solitaria abandonada
Del ingrato esposo impío,
¿Quieres llanto al llanto mío
Tal vez juntar desolada?

Pues llora en voz argentina,
Pasajera golondrina.

No tan triste cual yo; al menos,
En las plumas te levantas,
Las colinas, los serenos
Lagos corres mientras cantas,
Y á llamarle se encamina
Tu acento al fin, golondrina.

¡Ah, sí, aun yo! Mas aquí el techo
Bajo y breve me lo niega,
Donde luz de sol no llega,
Hasta el aire falta al pecho,
Y apenas se te avecina
Mi propia voz, golondrina.

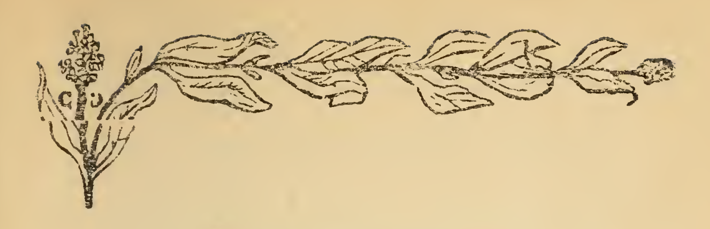
Con Setiembre y sus azares,
Á dejarme te dispones:
Verás lejanas regiones,

Y otros montes, otros mares,
Saludarás peregrina,
En tu lengua, ¡oh golondrina!

Mas yo abriendo, abriendo al llanto
Los mis ojos cada día,
Entre escarcha y nieve fría
Aún oir creeré tu canto,
Que parece que hoy se inclina
Por mí á piedad, golondrina.

Una cruz, en primavera,
Has de hallar sobre este suelo:
Ten aquí á la tarde el vuelo,
Golondrina aventurera,
¡Y dame la paz y trina,
Pasajera golondrina!





EN JULIO DE 1874

(CON OCASIÓN DEL FALLECIMIENTO DE LA CONDESA DE V.)

Todo, el genio, el valor ó la hermosura,
Huyendo de aquí va:
Por eso tú bajo la piedra dura
Te escondes también ya.

Temprano fin. ¿Mas para qué tus ojos
En suave azul ardían?
Campos de sangre fratricida rojos
Su luz no merecían.

Nuestra vida, propensa á desengaños,
De bienes anda llena,
Teniendo buena patria, cortos años
Y una amistad serena.

Mas en el árbol este de la vida,
Cuando una hoja se pierde,
Ni el sitio, en que á su tronco estuvo unida,
Vuelve más á estar verde.

¿Dónde afecto ver ya, cual en tu pecho
Hube yo, y tú en el mío?
¡No desbordado en temporal deshecho!
¡Sino tranquilo río!

Cuando grande, en la guerra, ha pocos días
De nuevo, España, era,
Al vencedor los lauros ofrecías,
Con risa placentera.

¡Ah! Los que el hierro á la sazón probaron,
Fué de africana lanza;
Y más que merecieran conquistaron,
Con solo tu alabanza.

Pero hoy...., perdona si, á la par que gime,
Por ti, en el alma brota,
De otro dolor intenso que la oprime,
De paso alguna gota.

Que si patria en tu ausencia busco ahora,
Apenas que la veo;
Pues no es tal ya la que de oprobio llora
Sino un espectro feo.

Tú, hermosa, en cambio, hasta la muerte diste
Donde quiera alegría;
Y tanto hechizo de verdad tuviste,
Que no cabe en poesía.

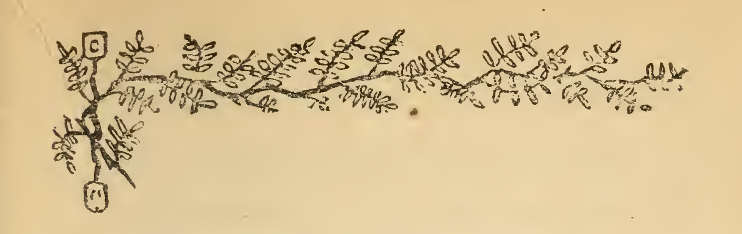
Mas ¡quién dijera tan vecino el llanto
De tu postrera fiesta!
¡Cuál que sólo habitara hoy el espanto
Tu mágica floresta!

No la discordia acallará importuna
Sin ti ya el bronco acento,
¡Y al mirarnos, la paz que da la luna
Tomaba tu aposento!

Término tuvo tu apacible historia;
Mas no, sombra querida,
Eterno adiós te doy, que es tu memoria,
Cual otra dulce vida.

Á mí es á quien me digo solamente
Que es ya negra y menguada,
La que me paso en despedir á gente,
Con quien iba á mi gusto en la jornada.





LA MITAD DE LA VIDA

Llegué por fin. Osado peregrino,
De la lejana cumbre de la vida
Al punto de nacer tomé el camino.

Y en vano me estorbaron la subida
El sendero escarpado ó la maleza
En las peñas estériles crecida :

Con firme planta hollando su aspereza
Vencí, llegué : sobre la ansiada cumbre,
Del triunfo el alma á disfrutar empieza.

Más vivos ya los rayos de su lumbre
Da á mis ojos el sol, y más admiro
De los astros la incierta muchedumbre.

Más puro ambiente desde aquí respiro,
Y al águila real que en alto vuelo
Hiende el aire, á mis pies cansada miro.

Y con las manos á tocar el cielo
Me atreviera tal vez, y desde el monte
Con pena alcanzo á distinguir el suelo.

Mas, ¡ay!, que en otra luz el horizonte
Brilla, y nuevas te ofrece ya, alma mía,
Dudosas lides que tu esfuerzo afronte.

Á buscarlas secreta voz te guía,
Y descender como subiste anhelas,
Sin gozar del pasado triunfo un día.

Desatado huracán hinche tus velas,
Cuitada nave, y del seguro puerto
Donde lograste paz, huyendo vuelas.

Y por el nuevo rumbo que abre incierto
Tu timón en las olas soy movido
Al último horizonte descubierto.

Si otro bien logro ya ver conseguido,
Y esta vida revuelta no reposa,
No sabré, no, dónde encontrarle nido;

Ni más podré vencer ya la escabrosa
Senda, ó las altas, contrapuestas peñas
En que el torrente rápido rebosa.

Alma, dime: ¿por qué, si tan risueñas
Tus horas comenzaron de jornada,
No bien tocas la cumbre la desdeñas?

¿Por qué si el largo caminar cansada
Te dejó, y de subir la gran fatiga,
Pretendes emprender ya la bajada?

¿Qué impulso es este que á trocar te obliga
En larga pena el breve bien que hallaste,
Y el suelo extraño por la tierra amiga?

Tente, y la dicha de mirar te baste
La estrecha y ardua senda que afanosa
Por llegar á la cumbre atrás dejaste;

En la memoria gózate gloriosa
Del vencido dolor, y en la presente
Hermosura y quietud descansa ociosa.

Mas sigues, sigues, y la voz potente
Con que me llamas oigo, y voy cautivo
Tras un nuevo horizonte reluciente;

La nueva cumbre tan ansiada esquivo,
Y en nuevas ansias me consumo, y ciego,
No en lo presente, en lo futuro vivo.

Desciendo ya. Si por ventura llego,
¿Sabrás, alma infeliz, fijarme cierta
Dónde los pasos encamine luego?

¿Del monte siempre á la llanura abierta,
Ó del llano á la cumbre iré cruzando
Tras de la luz del horizonte yerta?

¿Y por seguirla pasaré olvidando
Siempre del sol los vivos resplandores,
Ó el alegre rumor del aire blando?

¿Y ni pararme á recoger las flores,
Que hermosas visten la quebrada senda
Habrán de permitirme tus rigores;

Ni dejarás que al dulce son atienda
Con que el agua en las peñas escondida
Brota y reparte su fecunda ofrenda?

¿Cuál premio en la carrera así emprendida
Te han de dar, si no paras, alma loca,
Del monte al llano tu perpetua huida?

La mano nunca al horizonte toca,
Y en vano lo seguimos orgullosos
De confín á confín, de roca en roca.

Que él los pliegues recoge vagarosos
De su túnica azul, y se adelanta
Á nuestros pobres pasos presurosos;

Porque ni en piedras ásperas quebranta
Su fúlgida carrera, ni de abrojos,
Montones huella su invisible planta.

Cuanto más cerca está, le ven los ojos,
Desparecer más pronto, allá escondido
Entre albas nubes y celajes rojos.

Y así, cuando en el llano apetecido
Estemos ya, bien lejos de la altura,
Donde ha poco sin tregua hemos subido,

Mayor no habrá de ser nuestra ventura,
Ni he de hallar yo ventaja, alma inconstante,
Sobre aquel que su paso no apresura.

Que el horizonte siempre va delante
Del que necio tras él corriendo viene,
Y eternamente sigue tan distante;

Mientras que á aquél los pasos le detiene
La boca del sepulcro tenebroso
Que en su falda por fin un monte tiene.

Porque este breve día, que anheloso,
En bajar y subir se va, es la vida;
Apenas amanece, y ya al reposo
Su misteriosa noche nos convida.





EN 3 DE SETIEMBRE

Á LA MEMORIA DE MI MALOGRADA ESPOSA DOÑA MARÍA DE LA CONCEPCIÓN ESPINOSA DE LOS MONTEROS Y RODRÍGUEZ DE VILLAMAYOR, MUERTA Á LOS VEINTICINCO AÑOS DE EDAD.

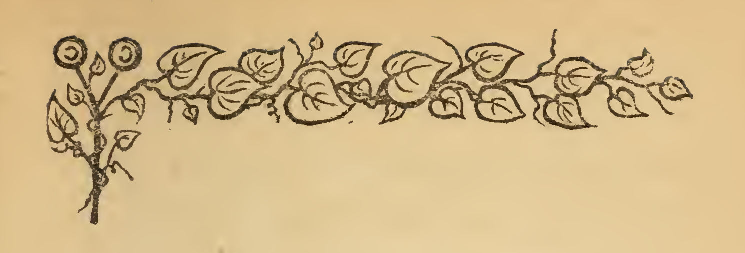
Rayo de luna pálido, sereno,
Que el lecho en que está muerto el amor mío
Plácido besas, como siempre, y frío,
De su desdicha y mi dolor ajeno.

¡Ay, cuántas veces por el valle ameno
Su sombra me mostraste aquel estío,
En que por verla visitaba el río,
Que aún ha de estar de sus recuerdos lleno!

Mas hora ¡oh rayo!, y tú que me la diste
Por ángel de mi hogar, Segura lento;
Del dulce hogar que dejará mañana,

¿Por qué más hondo hacéis mi sentimiento
Con el horror juntando de esta triste
Noche, la imagen de mis dichas vana?





AYER

—

Mis sílabas, al arpa
En versos convertidas,
Son lágrimas que el pecho
Guardar no puede ya,
Suspiros de las cuerdas
Confusamente heridas
Porque de espanto trémula
Mi mano en ellas da.

———

Formadas sin saberlo,
No bien suspendo el llanto,
Acá á mi labio ardiente
Se agolpan en tropel;
Y con el arpa gimen,
Suspiran con el canto,
Derraman como lágrimas
De mi dolor la hiel.

Nacieron cierta tarde
Del fin de un triste estío,
Siniestras como nubes
Que apiña el huracán;
Tarde callada, lenta,
Desde la cual impío,
Mi vida sola y mísera
Tras sí lleva este afán.

Y nunca desde entonces,
Ni al rayo de la luna,
Del arpa el son me deja,
Ni cuando alumbra el sol;
Acompañando al fácil
Vaivén de mi fortuna,
Cual sigue al sol espléndido
Doquiera el girasol.

Mis sílabas tenaces
Me siguen á la arena,
Cuando suspira blanca
La ola al espirar;
Y allá donde de otoño
Quejoso el árbol suena,
Porque el ingrato céfiro
Lo empieza á despojar.

Dijérais que son secas
Hojas que caen, sonora
Onda del mar que acaba
Con lánguido rumor;
Ó acaso que la ausencia
El alba en ellas llora
Del Mayo, en flores pródigo,
Porque ama alguna flor.

Mas no: de aciago día
Son hijas sin ventura;
Dejómelas un ángel,
Que apenas conocí;
De luz de sol ornada
La celestial figura,
Llegó, y partióse súbito
Sin descansar aquí.

Siguiéndole anheloso
Trepé al más arduo monte;
Su voz, su aliento frío
Sentir sin miedo osé;
Mas todo en vano; huía
Mi luz del horizonte,
Y al fin tras un relámpago
Al cielo azul se fué.

Así se nos presenta
Del mundo la esperanza,
Que es iris en las nubes
De la primera edad;
Mas luego desparece
Y ya jamás se alcanza,
Trocado el color mágico
En honda obscuridad.

Ni sé yo si por suerte
Mas dura ó más amiga,
El ángel que me falta,
Dejóme, en cambio, amor;
Y amor que nada espera,
Que anhelo, y me fatiga,
Que alejo, y torna en fáciles
Suspiros de dolor.

¡Oh sílabas! Hermanas
De luto en esta vida,
Que en él cobra perenne
Cualquier dicha fugaz;
Pues que remedio alguno
No tiene ya mi herida,
Del arpa melancólicas
Partid, partid en paz.

Frescura en los Agostos
Al tronco daba pardo
De mi existencia estéril
Aquella verde vid;
Y ¡ay!, cuánto de perderla
Fué en mí el recelo tardo,
Con la evidencia incrédulo,
Trabando necia lid.

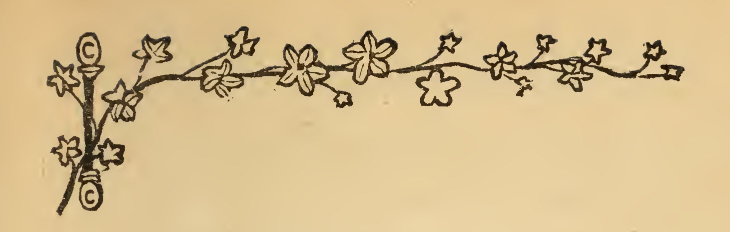
Pero venció á la postre
La realidad sombría,
Y rauda nube y negra
Mi sol claro veló;
Que ni con secos aires
La sierra áspera y fría,
Ni en sus corrientes húmedas
El valle disipó.

El ángel no quería,
Mas, sorda á su deseo
La suerte, de este mundo
Lo arrebató cruel:
Más dura que en sus rocas
Es duro el Pirineo
Cuando la enferma pálida
Remedio busca en él.

Se fué, por tanto, y sólo
Quedé á reñir la vida,
Sin la celeste ayuda
De su inocencia aquí;
Y no sé ya hacia dónde
Ponerme de partida
Buscando aquel ser lánguido
Que por mi mal perdí.

Henchid de nuevo el eco,
Mis sílabas, sonoras,
Porque al morir no muera
Del todo mi dolor;
Y aquesta historia amarga
Oyendo á todas horas
De mi sepulcro incógnito
La cuente en derredor





LAS FLORES DE MI BALCÓN

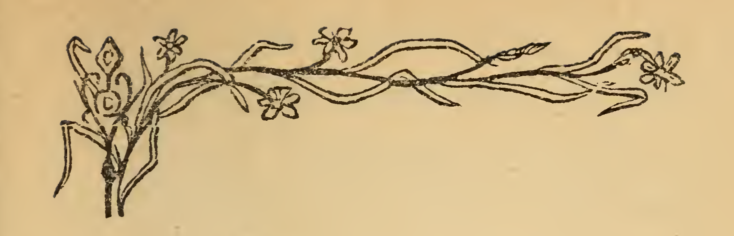
Siempre estaréis aquí solas,
Cual estoy á solas yo,
Si esperar, como yo espero,
Pensáis á la que os crió;
Las moradas florecillas,
Florecillas del balcón,
Que á la luz de las estrellas
Regaba mi muerto amor.

Acudisteis al reclamo
Que hace de hojas y de olor
Á las plantas de la tierra
Por el mes de Abril el sol,
Ignorando á aquella hora
Si la niña estaba ó no,
Que con mano blanca el agua
Derramaba en mi balcón.

Mas ya que sin ella estáis,
¿Quién ha de cuidar de vos?
¿Qué niña el sereno toma
Ó el rostro expone al calor,
Por criar ajenas flores,
Que pues que suyas no son,
No han de ser las mensajeras
Que avisen su propio amor?

¡Ay! De mi bien por memoria
Tan sólo os regaré yo,
Y en ello tendréis fortuna
Que falta á mi corazón;
Pues después de muerta, acaso
Viviréis así, y yo no,
Florecillas venturosas
Que no entendéis de dolor.

Corazón que amor no aguarde
No es sino planta sin sol,
Y el agua con que lo riegan
Salobre tiene el sabor.
¡Ni quién ha de haber conmigo
La cuenta que yo con vos,
Huérfanas flores moradas
De mi desierto balcón!



Á S. M. EL REY D. ALFONSO XII

EN EL FALLECIMIENTO DE SU PRIMERA ESPOSA.

Señor, si lo sufriese mi respeto,
Con vos me comparara,
Que años hace que yo guardo secreto
Dolor como el que nubla hoy vuestra cara.

Mas si algo por igual Dios nos envía,
Sin duda que es el llanto;
No os maraville, pues, que por la mía
Mida la pena que os aflige tanto.

¡Qué soledad, Señor, la que la muerte
En el que vive deja!
¡Con cuánto enojo ve que todo inerte
Se está ó parece mientras él se queja!

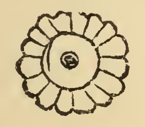
Qué soledad la de las negras horas
Que alarga el sueño ausente!
¡Y cuán tristes asoman las auroras
Para el que á solas respirar se siente!

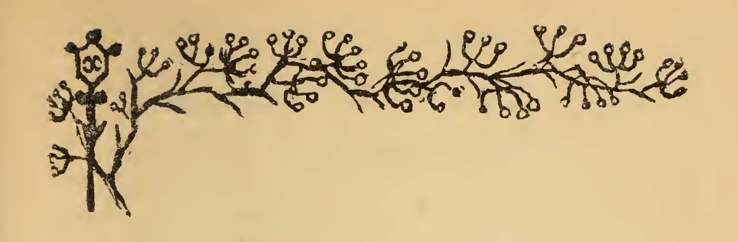
Ya no está allí la sin ventura hermosa,
Y amor la llama en vano,
Que guarda el hoyo obscuro en que reposa
Silencio eterno, de la muerte hermano.

¡Oh, pasad, esperanzas malogradas
De un pueblo sin fortuna!
¡Pasad, porque sus nubes apiñadas
No sufren rayos de apacible luna!

Á solas ya seguís vuestro camino,
Señor, y es entereza
Con que á mostraros digno del destino
Dios, que tan grande os lo fiara, empieza.

No os traigo, en tanto, aquí ningún consuelo
Lloro con vos, y callo,
Que si hay palabras para tanto duelo,
De mí sé yo decir que no las hallo.





EL JUEVES SANTO [1]

Despunta el sol. ¿Y aun hoy resplandeciente
Su luz el hombre mira?
¿Y las nubes, Señor, no trae el Oriente
Preñadas en tu ira?

Oh quién será que á ti la voz levante
Con jubiloso acento!
Quién será que su pecho no quebrante
Derramando lamento!

---

[1] Inspirado el lenguaje de esta composición en una traducción judía de la Biblia, muchos de sus giros son desusados en castellano.

Pecamos, mi Señor, pecamos duros,
Y perdimos tu gloria,
Á los antojos del sentido impuros
Cediendo la victoria.

Si nos diste el amor para ser buenos,
De él ya crimen hicimos;
Y en vil lujuria los ardientes senos
Palpitando sentimos.

Y el anhelo fructífero, en ardiente
Codicia y dolo infando,
Trocar supimos, la feliz corriente
con pecado enturbiando.

Mas ¿qué darás, Señor, al hombre impío
Que no sea desventura,
Si engendra esclavitud en su albedrío,
Y en su ciencia locura?

Ira suelta, relámpago de ira
Que encienda el firmamento,
Y llano, y monte, y selva en ancha pira
Mueran, y mar y viento.

Y acabe, acabe entre la roja lumbre,
De Adán la raza ingrata,
Cual arde el Etna en su preñada cumbre,
Como la seca mata.

¿Qué esperas ya, Señor, del hombre triste
Si de piedad prolijo,
Llegaste á dar por él, y en vano diste
La sangre de tu Hijo?

Ayes pueblan el Gólgotha sublime,
Tinieblas y hondo arcano;
Con espinas la frente, en cruz, redime
Jesús al hombre insano.

Lloran llanto los ángeles del cielo,
Llora la piedra dura,
Mas el hombre infeliz, ¿al alto duelo
Asiste por ventura?

Mira Jerusalén bañada en risas,
Y ebria en vino y amores,
Al arrullo criando de sus brisas
Para guirnaldas flores.

Mira Jerusalén, la ciudad santa,
Señor, de ti escogida,
Cómo de tus enojos no se espanta
En lujuria encendida.

Y acaso porque más que en otra alguna
Fué tu piedad en ella,
La torpe ingratitud á su fortuna
Con sangre tuya sella.

¡Ay de Jerusalén! Sintió tu mano
Armada de venganzas:
De flechas tempestad el aire vano
Trajo, y brotaron lanzas.

De sus puertas rompieron los cerrojos
Las turbas enemigas,
Y cayeron sus hijos á manojos
Como en la siega espigas.

Y allí donde las torres levantaron
Altas sombras, ó hiedras,
Ni para los llorar ojos quedaron,
Ni piedras sobre piedras.

Desataste tu cólera, Dios mío,
En la ciudad bendita;
Mas si roto quedó su poderío,
No su raza contrita.

Que endurecidos á tu amor cual antes
Los hijos de Judea,
Por llano, y monte, y mar cruzan errantes,
Cuantos salvó la tea.

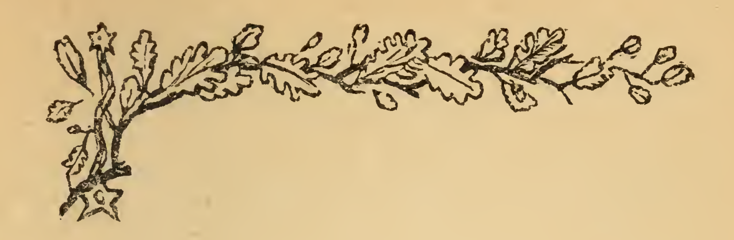
Y aún glorioso el pecado en el recinto
De la ciudad se mira,
Y arduo Cedrón ó ameno Terebinto,
Horno son de mentira.

Ah! No esperes, Señor, que ofrezca el hombre
De su malicia enmienda,
Ni al tierno son de tu amoroso nombre,
Ni á tu cólera horrenda.

Fuerza es que acabe y arda en roja lumbre
De Adán la raza ingrata,
Cual arde el Etna en su preñada cumbre,
Como la seca mata.

Y que al venir las nubes de Occidente
Preñadas en tu ira,
Haga el sol con su lumbre refulgente
Del mundo eterna pira.





ÍNDICE

SEGUNDA PARTE.

QUEJAS Y DESENGAÑOS.

TERCERA PARTE.

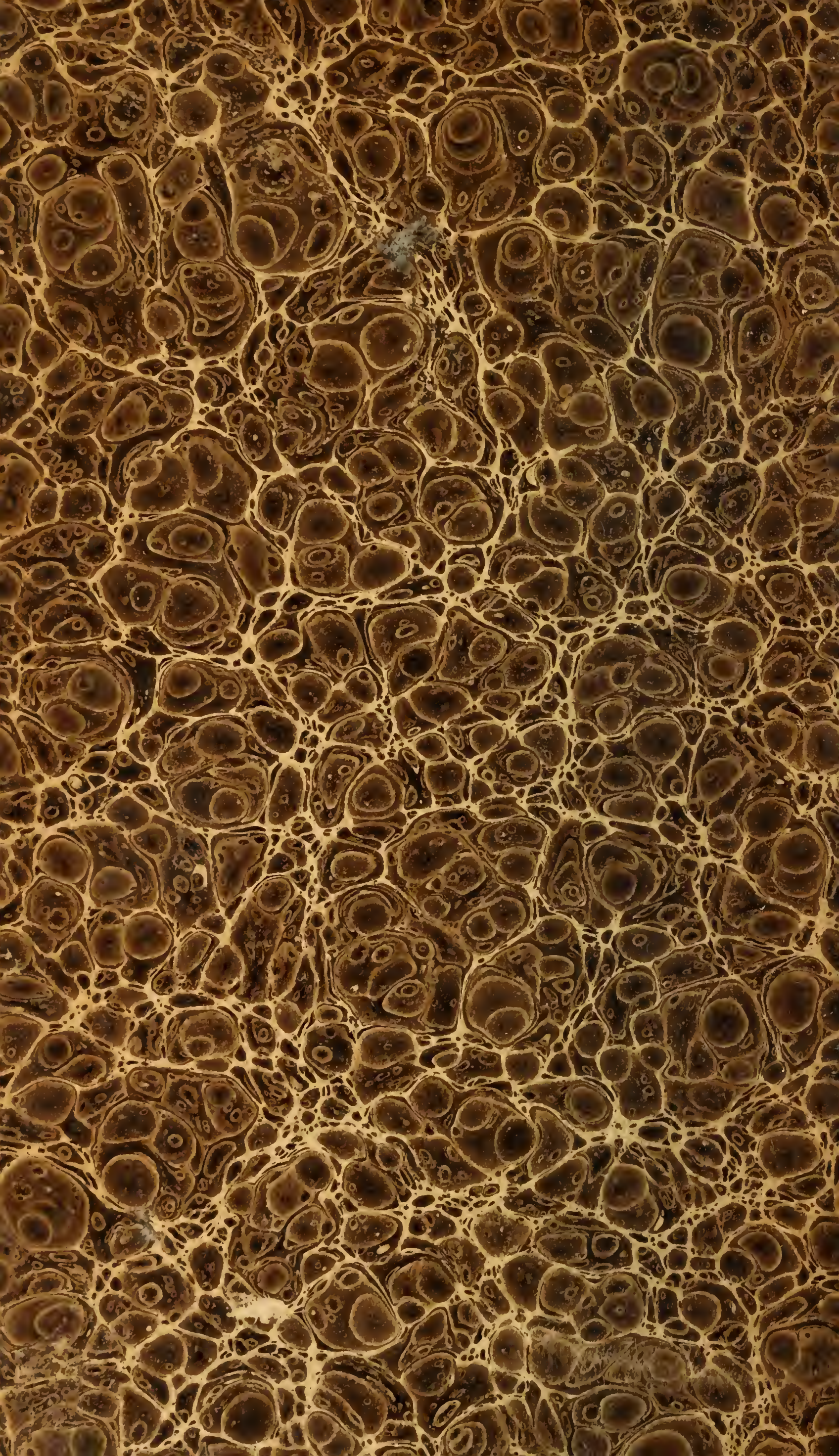
RIMAS VARIAS.

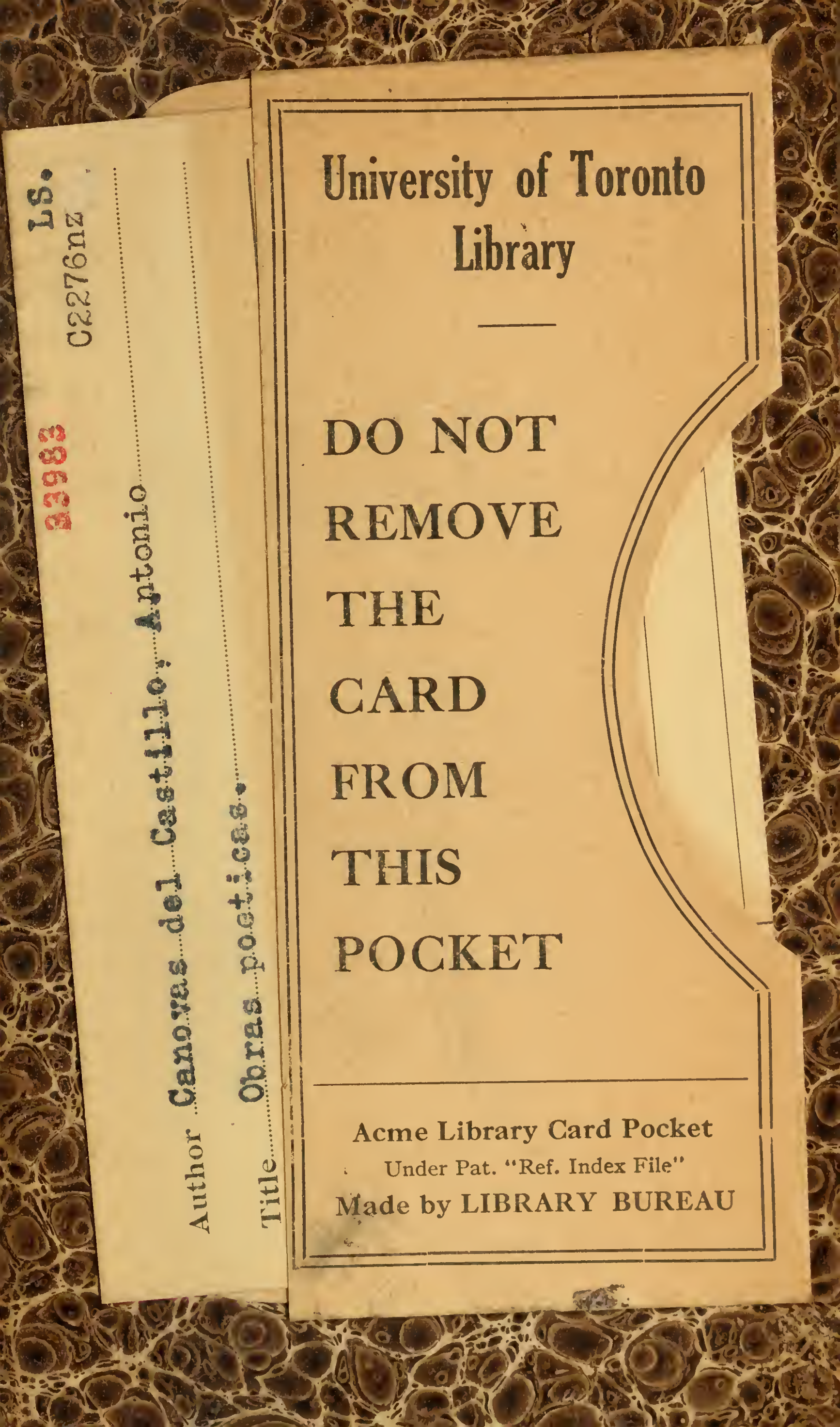
CUARTA PARTE.

CANTOS LÚGUBRES.



Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Antonio Pérez Dubrull,
el día 7 de Mayo
del año de
1887




LS.
C2276nz
33983
Author Canova del Castillo, Antonio
Title Obras poeticas.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

